ALFREDO DE BRAGANZA

GORILA



Un inmigrante tamil atrapado por el crimen.
Huyó de una guerra. Encontró otra.

GORILA

Un inmigrante tamil atrapado por el crimen

ALFREDO DE BRAGANZA

Título: *Gorila*
Copyright © 2026 Alfredo de Braganza
Todos los derechos reservados.

Maquetación: Autopublicamos.com

Este libro digital está licenciado exclusivamente para su uso personal. Este libro electrónico no se puede copiar, revender o entregar a terceros. En caso de desear compartir este libro con un tercero, por favor compre una copia adicional para cada receptor. Si está leyendo este libro y no lo compró, por favor vaya a Amazon y compre su propia copia. Gracias por respetar el duro trabajo de este autor.

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

Web del autor:
https://alfredodebraganza.com/
Web del autor en
Amazon España

Redes sociales del autor:



«El hombre solitario es una bestia o un dios».
Aristóteles

«Para quien ha conquistado su mente, esta es su mejor aliada; para quien no la domina, puede convertirse en su peor enemiga».
Bhagavad Gita 6.6

NOTA PRELIMINAR

El protagonista de esta novela alcanza la costa valenciana a bordo de una patera, dispuesto a dejar atrás un pasado que ha marcado toda su existencia. Ese pasado se enmarca en un hecho histórico real: en su juventud fue miembro del LTTE, también conocido como los Tigres Tamiles.

Esta organización luchó por la creación de un Estado independiente para la minoría tamil del norte de Sri Lanka, la antigua Ceilán. Tras más de veinticinco años de guerra civil, el conflicto llegó a su fin en 2009, cuando las fuerzas gubernamentales de Sri Lanka derrotaron militarmente al LTTE y pusieron fin a su insurgencia. Fue una guerra que dejó decenas de miles de muertos y un profundo sufrimiento para la población, aunque rara vez ocupó un lugar destacado en los titulares internacionales.

Esta es una obra de ficción. El protagonista no está basado en ninguna persona viva ni pretende representar a ningún individuo en particular. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o fallecidas, es pura coincidencia y completamente accidental. Todos los personajes, sus vivencias, diálogos, motivaciones y relaciones han sido creados por la imaginación del autor.

Esta novela no pretende explicar las razones que llevaron a su protagonista a unirse a los Tigres Tamiles, ni juzgarlo por haber

formado parte de esa organización terrorista. Como ocurrió con muchos jóvenes de aquella época, pudo haber sido una decisión marcada por las circunstancias, la coacción o la violencia que definieron toda una generación. Nacido y criado en un entorno dominado por el conflicto, su vida estuvo condicionada desde la infancia por una realidad de miedo y enfrentamiento constante.

Al huir a España, el protagonista no busca riqueza ni aventuras. Lo único que anhela es aquello que nunca tuvo: paz. Sueña con pasar inadvertido, encontrar un trabajo digno, construir una nueva identidad y recuperar la humanidad que el conflicto le arrebató.

A.D.B

PREFACIO

Un hombre de piel morena y evidentes rasgos extranjeros avanzaba con paso inseguro hacia la salida de una discoteca en Valencia. Se tambaleaba de un lado a otro, como si cada zancada fuera una batalla contra el agotamiento. Llevaba cruzada en bandolera una bolsa deportiva cuyo peso parecía arrastrarlo todavía más hacia el suelo.

Su respiración era irregular y fatigosa. Tenía el rostro manchado de sangre.

Caminaba con los hombros vencidos y la mirada fija en la puerta de salida, negándose a detenerse pese a que las piernas apenas le respondían. El estruendo amortiguado de la música electrónica quedaba atrás. Todo cuanto le importaba era abandonar aquel lugar.

Frente a él, la salida aparecía envuelta en un intenso resplandor blanco que contrastaba con la penumbra del interior. Aquella luz se convirtió en su único objetivo, en la promesa de una libertad que parecía encontrarse a tan solo unos metros.

Por detrás, un miembro del equipo de seguridad se aproximó a él, sangrando profusamente por la nariz y con un arma en la mano. Estaba dispuesto a matarlo.

El hombre que llevaba la bolsa deportiva cruzada sobre el pecho era tamil, de Sri Lanka, y estaba decidido a sobrevivir.

PARTE UNO
EL INSTINTO DE SUPERVIVENCIA

Aprende con claridad aquello que debe aprenderse; después, vive de acuerdo con ese conocimiento.
—Sabiduría tamil

1

Una luminosa mañana de principios de otoño, el mar Mediterráneo amanecía en calma frente a la costa valenciana. Bajo un cielo limpio y un sol que apenas empezaba a calentar, una pequeña patera avanzaba lentamente hacia tierra firme, balanceándose sobre un oleaje casi imperceptible.

Entre los ocupantes viajaba Devan Rajaratnam. Permanecía sentado en silencio, con una vieja mochila encajada entre las piernas, la única pertenencia que había conservado tras un largo viaje. Lo rodeaban hombres de origen magrebí, agotados por la travesía, con la mirada perdida entre la incertidumbre y la esperanza.

Devan rozaba los cincuenta años, aunque cualquiera le habría atribuido diez menos. Su espesa barba negra, salpicada apenas por unas pocas canas, enmarcaba un rostro curtido por el sol. El cabello, oscuro y rizado, caía desordenado sobre su frente. Tenía unos hombros anchos y una constitución atlética que delataban años de disciplina física. Permanecía inmóvil, observando el horizonte con la serenidad de quien había aprendido a sobrevivir en las circunstancias más adversas.

Cuando la costa comenzaba a distinguirse con claridad, una potente lancha neumática apareció a gran velocidad desde mar abierto. Estaba ocupada por tres personas jóvenes de piel blanca. Se aproximó hasta quedar pegada al costado de la patera.

Ninguno de los migrantes reaccionó. Permanecieron inmóviles, como si aquella maniobra formara parte de un ritual conocido o, simplemente, comprendieran que no debían hacer preguntas.

Solo el patrón magrebí de la patera y dos pasajeros que actuaban como sus cómplices parecían saber exactamente qué estaba ocurriendo.

Uno de los ocupantes de la lancha, un joven corpulento de expresión dura, llamado José, comenzó a repartir órdenes a los de la patera con absoluta autoridad.

—¡Rápido! ¡Darnos los fardos! ¡No tenemos mucho tiempo!

Dos magrebíes levantaron una lona oculta bajo varios bidones y comenzaron a extraer voluminosos paquetes envueltos en plástico negro, cuidadosamente protegidos del agua.

Trasladaron la mercancía con rapidez de una embarcación a otra, sin dejar de vigilar el horizonte.

A lo lejos, apareció la silueta blanca de una embarcación de Salvamento Marítimo, que avanzaba a toda potencia levantando una larga estela de espuma. Sus tripulantes llevaban tiempo siguiendo aquella ruta, utilizada con frecuencia por organizaciones dedicadas al tráfico de drogas que aprovechaban las pateras para introducir mercancía ilegal en España.

—¡Más deprisa! —gritó José, mientras ayudaba a cargar los últimos fardos.

En pocos segundos, la operación había concluido.

En ese momento ocurrió.

José apoyó mal un pie sobre la borda mojada de la lancha neumática. Perdió el equilibrio y cayó al agua con un fuerte chapoteo, alejándose varios metros de las embarcaciones.

—¡Déjalo! ¡Vámonos de aquí! —vociferó Rodrigo, uno de sus compañeros, al comprobar que la embarcación de Salvamento Marítimo estaba ya a escasa distancia.

Pero el piloto de la lancha no reaccionó a su orden. No podían dejar tirado al jefe del grupo.

Ante la falta de reacción por parte de ellos por socorrer a José, Devan, sin detenerse a pensar, dejó la mochila en la patera y se lanzó al mar.

Nadó con brazadas firmes hasta alcanzar a José, que luchaba desesperadamente por mantenerse a flote. Lo sujetó por un brazo y, haciendo gala de una fuerza sorprendente, lo empujó hacia la lancha neumática. Entre Rodrigo y el piloto consiguieron subirlo a bordo en el último instante.

El motor rugió con estruendo y la embarcación salió disparada mar adentro. Mientras, Devan subía de vuelta a la patera.

La nave de Salvamento Marítimo inició la persecución, pero la lancha, mucho más ligera y veloz, fue aumentando la distancia hasta convertirse en un punto casi imperceptible en el horizonte. Finalmente abandonaron la persecución para atender la patera que había quedado a la deriva.

Poco después, la embarcación alcanzó la costa valenciana. Exhaustos, deshidratados y con la angustia todavía reflejada en el rostro, los recién llegados fueron auxiliados por los equipos de emergencia.

2

La lancha neumática alcanzó una pequeña cala escondida de la costa valenciana, un rincón de arena y roca alejado de las zonas turísticas. Allí no había bañistas ni pescadores. Solo el rumor de las olas y el viento agitando la vegetación que cubría los acantilados.

Nada más tocar tierra, José, Rodrigo y el piloto saltaron al agua y comenzaron a descargar la mercancía con una rapidez perfectamente ensayada. Los fardos, envueltos en plástico negro e impermeabilizados con cinta adhesiva, pasaban de mano en mano hasta la parte trasera de una furgoneta blanca sin distintivos, estacionada junto al camino de acceso con las puertas abiertas y el motor en marcha. Frente al volante, estaba pendiente otro cuarto traficante.

Todo indicaba que la maniobra iba a concluir sin contratiempos.

De repente, el estridente chirrido de unos neumáticos rasgó el silencio de la cala.

Un todoterreno negro irrumpió a gran velocidad por el camino de tierra. Derrapó levantando una nube de polvo y grava antes de detenerse bruscamente en lo alto de la playa.

Las puertas se abrieron de golpe.

Cinco hombres descendieron del vehículo empuñando armas cortas y echaron a correr ladera abajo.

El conductor asomó la cabeza por la ventanilla y dirigió la mirada hacia lo alto de la pendiente. Lo reconoció al instante: Mateo, la

mano derecha de Carlos y uno de los hombres más temidos de su organización, avanzaba entre ellos.

—¡Son los de Carlos! —gritó el conductor, con la voz cargada de desesperación.

José reaccionó sin vacilar. Abrió la guantera de la lancha, sacó una pistola semiautomática y echó a correr por la arena para ganar una posición desde la que cubrir la retirada de los suyos. Se dejó caer tras una roca, alzó el arma con ambas manos y abrió fuego.

Las detonaciones retumbaron entre los acantilados.

Los recién llegados respondieron de inmediato, obligando a los traficantes a buscar refugio tras la furgoneta, la lancha y las rocas dispersas por la playa. La arena saltaba en pequeñas explosiones a cada impacto de bala.

José asomó apenas un instante. Disparó dos veces más.

Un hombre de la banda rival lanzó un grito de dolor y cayó al suelo sujetándose el muslo, mientras sus compañeros lo arrastraban hasta ponerse a cubierto.

—¡José! ¡Déjalo ya! ¡Sube! —rugió el conductor de la furgoneta.

El vehículo comenzó a avanzar sin esperar más. La puerta corredera permanecía abierta.

José se levantó y esprintó por la arena mientras las balas silbaban a su alrededor. Durante unos segundos corrió en paralelo a la furgoneta, estiró el brazo para aferrarse al marco de la puerta y, haciendo un último esfuerzo, se impulsó hacia el interior.

La puerta se cerró de un golpe.

La furgoneta aceleró y desapareció por el camino costero, dejando atrás el eco de los disparos y a la banda rival contemplando, impotente, cómo la mercancía había quedado fuera de su alcance.

3

La mujer repasó detenidamente los documentos que tenía delante. Sentada al otro lado de la mesa, con una carpeta abierta y un bolígrafo entre los dedos, comprobaba cada dato mientras Devan permanecía en silencio, con las manos entrelazadas sobre las piernas.

—Nombre completo: Devan Rajaratnam Kumaran —leyó en voz alta—. Refugiado. Originario de Sri Lanka.

Hizo una breve pausa antes de continuar. Sus ojos se detuvieron en una línea escrita en inglés.

—*Displaced by the civil war that faced ethnic Sinhalese against minority Tamil for years*.

Levantó la vista hacia él y tradujo despacio:

—Desplazado por la guerra civil que enfrentó a la mayoría cingalesa contra la minoría tamil durante años.

Después volvió a mirar el documento.

—*Is this correct?*

Devan asintió con calma.

—Todo correcto, señora. Muchas gracias. Hablo español.

La mujer parpadeó, sorprendida. Intercambió una mirada con la otra trabajadora de la Cruz Roja que estaba a su lado. Ambas habían esperado encontrar a alguien que apenas pudiera comunicarse, no a un recién llegado capaz de desenvolverse en español.

—Vaya... —dijo finalmente la entrevistadora con una sonrisa—. ¿Cómo es que has aprendido nuestro idioma?

Por primera vez durante la entrevista, el rostro serio de Devan se relajó ligeramente. Esbozó una sonrisa tenue, cargada de un recuerdo lejano.

—Un sacerdote jesuita español vivía en mi pueblo —respondió con un marcado acento extranjero—. Era un hombre diferente a los demás. Enseñó español a muchos niños. Decía que conocer otros idiomas era una forma de abrir una puerta al mundo.

La mujer sonrió al escuchar aquella respuesta, aunque percibió algo en la mirada de Devan que iba más allá de la simple nostalgia. Había dolor en sus ojos al hablar del pasado, pero también una serenidad difícil de explicar.

Sin hacer más preguntas, la trabajadora social volvió a concentrarse en los trámites. Firmó varios documentos, estampó los sellos correspondientes y organizó la carpeta.

—Bien, Devan. Ya está todo en orden. Puedes acudir a un centro de acogida para refugiados. Allí tendrás alojamiento temporal, comida y asistencia mientras se estudia tu situación.

Deslizó los papeles hacia él.

—Será un primer paso para empezar de nuevo.

Devan recogió los documentos con cuidado y asintió agradecido.

Para los empleados administrativos que colaboraban con la Cruz Roja, aquellos papeles solo eran un expediente más. Para él, representaban una nueva vida lejos de la guerra, de la violencia y de un pasado que todavía llevaba consigo.

4

Al mediodía, José y sus compañeros entraron en el restaurante Paco por la puerta trasera, evitando la entrada principal y las miradas de los clientes que ya comenzaban a llenar el local. Recorrieron un estrecho pasillo que desembocaba en la cocina, el verdadero corazón del negocio. Allí, entre el ir y venir de los fogones, destacaban dos cocineros de origen chino, siempre silenciosos y atentos a las órdenes del jefe.

A cualquiera le habría sorprendido encontrar a dos asiáticos preparando paellas en un restaurante que se anunciaba como un referente de la «auténtica cocina valenciana». Sin embargo, esa no era la principal razón por la que trabajaban allí. Su verdadera utilidad para el gerente iba mucho más allá de la cocina: eran expertos en dosificar y fraccionar la droga que, posteriormente, sería distribuida.

El olor a comida recién preparada, el vapor de los fogones y el ruido metálico de los utensilios contrastaban con la tensión que todavía arrastraban desde la playa. Habían escapado por poco, pero la adrenalina del enfrentamiento comenzaba a transformarse en una euforia descontrolada.

José abrió una nevera, sacó varias cervezas y las repartió entre sus compañeros.

—Hoy hemos vuelto a nacer —dijo uno de ellos, levantando la botella.

—Uf, de la que nos hemos librado —comentó otro.

Rieron y chocaron las cervezas en un brindis improvisado. Solo Rodrigo permaneció apartado durante unos segundos, con una expresión incómoda que no pasó desapercibida.

Sabía que todo podía torcerse en cualquier momento. Aún tenía grabada la mirada que José le había lanzado al subir a la lancha: fría, dura, imposible de interpretar. Sí, al final habían conseguido que no los atraparan con la droga, pero Rodrigo no podía quitarse de la cabeza lo que había hecho. Había sido él quien había gritado al piloto que arrancara y se alejara, dejando a José atrás, en el agua. Temía que aquella decisión, nacida del miedo, no fuera algo que José estuviera dispuesto a olvidar.

—¿Qué pasa? ¿No brindas? —le preguntó uno de ellos.

Rodrigo dudó un instante. Después esbozó una sonrisa forzada y levantó la botella junto al resto.

—Por haber salido de esta.

Las risas volvieron a llenar la cocina. Durante unos minutos, la tensión desapareció y todos se dejaron llevar por la sensación de victoria.

Hasta que la puerta se abrió.

Paco apareció en el umbral.

El propietario del restaurante, el hombre cuyo nombre lucía en la fachada del local, no era solo el padre de José. Para muchos, era también una figura de autoridad dentro del negocio clandestino que se ocultaba tras aquella apariencia de restaurante familiar.

Era un hombre corpulento, calvo y de barriga generosa, con esa complexión de quien disfruta tanto cocinando como comiendo. Vestía una camisa ligera de manga corta, pantalones cortos y unas sandalias de cuero gastadas, como si el clima veraniego nunca terminara para él.

Su rostro serio bastó para apagar las conversaciones.

Clavó los ojos en su hijo.

—¿Se puede saber qué has hecho? —preguntó con voz grave.

José dejó la botella sobre la mesa. Supo de inmediato que, ante la gravedad y el peligro extremo de lo ocurrido, un infiltrado en la banda de Carlos había decidido contarle a su padre lo sucedido.

Antes de que pudiera abrir la boca, Paco avanzó unos pasos y continuó hablando:

—Has disparado contra uno de los hombres de Carlos. Un empleado suyo. ¿Sabes lo que significa eso?

Nadie se atrevió a responder. Los demás bajaron la mirada, conscientes de que estaban presenciando una conversación que iba mucho más allá de una simple reprimenda.

José apretó la mandíbula. Le molestaba que su padre lo corrigiera delante de todos, pero contuvo la reacción. Sabía que, en aquel lugar, la autoridad de Paco estaba por encima de la suya.

—A partir de ahora tendremos que andar con cuidado —siguió Paco, alzando lentamente el dedo índice en un gesto de advertencia —. Carlos no va a dejar pasar esto. Habrá represalias.

El silencio se hizo pesado.

Paco sostuvo la mirada de su hijo. Ninguno de los dos dijo una palabra. Entre ellos quedó suspendido un entendimiento que los demás no pudieron descifrar. El patrón magrebí de la patera ya le había informado por teléfono de lo ocurrido durante la operación: la caída de José al agua y el intento de Rodrigo de huir.

Paco hizo un leve gesto de asentimiento con la cabeza.

Bastó.

José había recibido permiso.

Sin mediar palabra, José cogió un cuchillo de la encimera y dando unos pasos rápidos se lo clavó a Rodrigo en el pecho.

—Perro, muere —pronunció entre dientes.

Rodrigo, herido, intentó escapar sumido en el pánico, pero cayó de rodillas en el pasillo de la cocina. Comenzó a arrastrarse para alcanzar la salida.

José agarró una cacerola y por detrás le golpeó en la cabeza una y otra vez.

Todos fueros espectadores del crimen.

Paco se dirigió a los compañeros de José.

—Que esto sirva de advertencia para cualquiera que se atreva a dejar a alguien atrás. No se trata solo de José; ante una situación de peligro, tenéis que ayudaros entre vosotros. Prefiero perder la

mercancía antes que dejar que uno de los nuestros quede atrapado por las autoridades. ¿Me habéis entendido?

Todos asintieron. Ganaban muchísimo dinero trabajando para Paco, mucho más de lo que podrían obtener en cualquier otro lugar o desempeñando una actividad legal. Apreciaban que se preocupara por su seguridad, aunque todos sabían que no era un gesto puramente altruista. Paco prefería perder el valor de una mercancía antes que arriesgarse a que uno de los suyos fuera detenido y acabara colaborando con la fiscalía para testificar contra sus negocios.

Mantenerlos bien pagados, satisfechos y unidos era también una forma de protegerse frente a posibles problemas con la justicia. Sin embargo, todos tenían igual de claro que la lealtad era innegociable. Paco siempre había advertido que cualquier traición tendría consecuencias, y que esas consecuencias serían inevitables.

—Deshaceos rápido del cuerpo. Esta noche tenemos el restaurante lleno. Hay muchas reservas para la cena.

Paco hizo un gesto a José para que se acercara. José dejó caer la cacerola al suelo y se aproximó. Después, padre e hijo entraron juntos en el comedor, con un brazo sobre los hombros del otro.

Aunque no había aprobado la actitud de su hijo al obtener un cargamento de droga dentro del territorio controlado por una banda rival, en el fondo lo admiraba por su predisposición a obtener mayores beneficios y tomar iniciativas. Prefería a un hijo travieso e independiente antes que a otro de actitud pusilánime.

Lo que Paco no imaginaba era que aquel comportamiento iba a cambiar sus vidas para siempre.

5

Con su mochila gastada como única pertenencia, Devan abandonó el centro de atención temporal para extranjeros. Un trabajador social lo acompañó durante el trayecto hasta el centro de acogida, explicándole las normas básicas y los pasos que tendría que seguir para iniciar su nueva vida en España.

Él escuchaba en silencio, observando por la ventanilla del vehículo un mundo que todavía le resultaba extraño. Las calles, los edificios, las personas caminando por las aceras… Todo parecía pertenecer a una realidad ajena, una vida de la que había estado demasiado tiempo apartado.

Al llegar al centro, Devan fue recibido junto a otros inmigrantes y refugiados. Después de una ducha y de recibir ropa limpia, apareció con un aspecto muy diferente al del hombre exhausto que había llegado en patera a la costa valenciana. Se había afeitado, se había peinado y su rostro, aunque seguía mostrando las huellas del pasado, transmitía una calma renovada.

Siguiendo las indicaciones del personal, se dirigió al comedor comunitario junto al resto de residentes. El lugar estaba lleno de conversaciones en distintos idiomas, de historias cruzadas y de miradas que compartían la misma incertidumbre.

Mientras esperaba su turno, se detuvo frente a un tablón de anuncios colocado en una de las paredes.

Entre carteles de clases de español, ayudas sociales y ofertas temporales de empleo, una nota llamó especialmente su atención:

«SE BUSCAN REPARTIDORES A DOMICILIO»

Devan leyó el anuncio varias veces.

Un trabajo sencillo. Una oportunidad. Un primer paso.

Más tarde, ya en su habitación, cerró la puerta y se quedó unos instantes en silencio. La estancia era pequeña: una cama, un armario, una mesa y apenas unos objetos personales. Pero para alguien que lo había perdido todo, aquel espacio representaba un lugar seguro, aunque solo fuera de manera temporal.

Se sentó en el borde de la cama y abrió lentamente la mochila.

De entre sus pocas pertenencias sacó un paquete envuelto con cuidado. Retiró varias capas de papel de periódico hasta dejar al descubierto una bolsa de plástico transparente. Dentro había una cantidad de dinero en efectivo que había protegido durante todo el viaje.

Lo sostuvo unos segundos entre las manos.

Aquel dinero era más que un simple ahorro. Era un vínculo con su pasado, una reserva para un futuro incierto y un secreto que no podía compartir con nadie.

Miró alrededor de la habitación. Después abrió un cajón del armario, colocó el paquete en el fondo y lo ocultó bajo la madera.

Cerró el cajón.

Aunque había echado el pestillo de la puerta, Devan no consiguió sentirse del todo tranquilo. Permaneció inmóvil sobre la cama, escuchando.

A través de las paredes le llegaban los sonidos del centro: pasos que recorrían el pasillo a cualquier hora, carreras repentinas, risas, gritos en idiomas que no comprendía, voces apagadas, conversaciones susurradas, puertas que se abrían y se cerraban, algún portazo que hacía vibrar los tabiques.

Para los demás no eran más que los ruidos habituales de un edificio lleno de gente. Para él, en cambio, cada sonido era un recordatorio de que seguía rodeado de desconocidos. Cada golpe, cada voz y cada paso mantenían sus sentidos en tensión, incapaces de concederse el descanso.

Aquella noche tardó en quedarse dormido.

Y cuando finalmente lo hizo, volvió al lugar del que llevaba años intentando escapar.

En el sueño ya no era un refugiado sentado en una habitación desconocida. Era otra vez un soldado.

Vestía uniforme militar y empuñaba un fusil. Permanecía oculto en un frondoso bosque junto a uno de sus compañeros, Narayan, inmóvil entre la maleza. Ambos permanecían agazapados, atentos a cualquier movimiento del enemigo.

Narayan, no solo era un miembro más de su unidad, era huérfano, igual que él, y representaba el primer vínculo de supervivencia que Devan había conocido desde la infancia.

Habían crecido juntos en el orfanato, compartiendo carencias, miedos y pequeñas esperanzas. En el colegio de los jesuitas españoles aprendieron a leer y escribir, descubriendo un mundo que parecía ofrecerles una posibilidad distinta, hasta que unos guerrilleros adultos del LTTE los reclutaron por la fuerza. Poco antes de llegar a la adolescencia, se habían convertido en niños soldados.

Durante quince años habían combatido como miembros de los Tigres Tamiles, unidos por una misma historia de violencia y pérdida. En medio de aquel horror, Narayan era mucho más que un compañero de armas: era la única persona a la que Devan podía llamar hermano en una vida moldeada por la guerra y la necesidad de sobrevivir.

A lo lejos, el estruendo de la guerra rompía el silencio. Disparos secos, explosiones lejanas y gritos perdidos entre los árboles recordaban que el conflicto entre cingaleses y tamiles seguía devorando vidas.

Narayan giró la cabeza hacia él y sonrió levemente.

—Voy a casarme pronto —le dijo.

Devan lo miró sorprendido.

El joven sacó una fotografía cuidadosamente doblada y se la mostró.

Devan observó la imagen y sonrió.

En ella aparecía una mujer sonriente. La reconoció al instante. La había visto en alguna ocasión y, más de una vez, había sorprendido a Narayan hablando tímidamente con ella. Era la hija del dueño de

una tienda de alimentación. Tenía el rostro ovalado, de facciones suaves y bien definidas. La piel era de un tono cobrizo oscuro. Sus ojos eran grandes y de un profundo color castaño. Su cabello, negro como el azabache, caía liso y abundante hasta más abajo de los hombros.

—Quiero que estés en mi boda —continuó—. Eres como un hermano para mí.

Por un instante, en medio del bosque, solo fueron dos amigos recordando quiénes eran antes del conflicto.

Entonces escucharon algo. Un crujido entre los árboles.

La expresión de ambos cambió de inmediato. La camaradería desapareció y dio paso al instinto de supervivencia. Se movieron en silencio, como animales siguiendo el rastro de una presa.

Entre la vegetación apareció un soldado cingalés. Los había descubierto. Sin perder un segundo, echó a correr para dar la alarma.

Devan y Narayan reaccionaron sin pensarlo. Salieron tras él entre los árboles, impulsados por años de entrenamiento. La persecución se convirtió en una cacería.

Cada paso los alejaba más de quienes habían sido. Y cada disparo que sonaba los acercaba más al horror de la guerra.

De repente, Devan abrió los ojos.

Despertó sobresaltado, empapado en sudor, con la respiración acelerada y el corazón golpeándole con fuerza en el pecho.

Durante unos segundos no supo dónde estaba.

Luego reconoció la pequeña habitación, la cama y la oscuridad del centro de acogida.

Se incorporó lentamente y se sentó en el borde de la cama.

Con manos temblorosas, tomó una botella de plástico que tenía sobre la mesita de noche y bebió un poco de agua.

Sri Lanka pertenecía al pasado y el conflicto civil había terminado casi dos décadas antes, pero Devan llevaba consigo una verdad difícil de olvidar: aquella guerra seguía librándose en su interior mucho después de que las armas hubieran dejado de disparar.

6

Aquella misma noche, las luces de la discoteca La Florida iluminaban la entrada mientras en el interior la música hacía vibrar las paredes. Para los clientes, el local era un lugar de fiesta, alcohol y diversión. Pero en las zonas más apartadas del edificio, lejos de las miradas de los asistentes, se estaba tomando una decisión muy distinta.

Carlos, propietario de la discoteca y uno de los hombres con más influencia dentro del negocio del tráfico de droga en la zona, permanecía en una sala privada del local.

Rondaba los cincuenta años. Lucía un abundante pelo blanco, cuidadosamente engominado hacia atrás, que dejaba al descubierto un rostro anguloso y de expresión imperturbable. Vestía siempre con elegancia y transmitía una autoridad serena que bastaba para hacerse notar sin necesidad de alzar la voz.

A su alrededor permanecían varios de sus hombres de confianza. Entre ellos destacaba Mateo, su mano derecha: un hombre alto y corpulento, cabeza rapada y mandíbula marcada. Sus ojos, fríos e inexpresivos, parecían medir a cualquiera que se cruzara en su camino. Tenía un carácter áspero, una personalidad dominante y la disciplina de quien cumplía sin vacilar las órdenes de Carlos, al tiempo que mantenía bajo un férreo control a los hombres que estaban a su cargo.

El ambiente era tenso; nadie hablaba más de lo necesario.

Sobre la mesa aún pesaba lo ocurrido en la playa.

Uno de los suyos había acabado herido por culpa de José, el hijo de Paco. Un disparo que Carlos no estaba dispuesto ni a olvidar ni a perdonar.

Para él, aquello iba mucho más allá de un simple enfrentamiento entre bandas. Era una cuestión de respeto, de autoridad y de territorio.

Era cierto que había intentado quedarse con el cargamento que estaban desembarcando en la playa. Pero, desde su punto de vista, tenía todo el derecho a hacerlo. Aquella era su zona, y José y los suyos nunca debieron haber puesto un pie en ella. Cualquier negocio ilegal que se llevara a cabo dentro de sus límites le pertenecía por derecho. Así habían funcionado siempre las distintas organizaciones criminales: cada una respetaba el territorio de las demás y nadie invadía el de otro sin atenerse a las consecuencias.

Carlos terminó de escuchar el informe de Mateo. Después dejó el vaso que tenía en la mano sobre la mesa y levantó la mirada.

—José tiene que entender que cada acción tiene consecuencias —dijo con calma.

Nadie respondió.

Todos sabían lo que significaban aquellas palabras.

No quería acabar con él. Al menos, no todavía. La intención era enviar un mensaje claro: nadie podía desafiar a Carlos, ni atacar a uno de sus hombres y salir impune.

Con un gesto de la cabeza, dio la orden.

—Darle un escarmiento. Que recuerde quién manda aquí.

Mateo y los demás abandonaron la sala sin hacer preguntas.

Mientras tanto, en la pista de baile, la música no se detenía y los clientes seguían celebrando sin sospechar que, a pocos metros de allí, acababa de desencadenarse un ajuste de cuentas entre bandas rivales.

7

A la mañana siguiente, Devan salió del centro de acogida con la dirección del anuncio «SE BUSCAN REPARTIDORES A DOMICILIO» cuidadosamente escrita en un pequeño papel que guardaba con especial cuidado.

Caminó por calles que todavía no conocía, observando cada detalle del entorno. Los nombres de las avenidas, los comercios, las señales de tráfico, los recorridos de los autobuses… Todo era información que debía memorizar. En un lugar desconocido, orientarse era una forma de sobrevivir.

Después de preguntar a varios peatones por la dirección, llegó al local de la empresa de reparto y entró con paso firme.

Tras el mostrador estaba Fernando, el gerente, un hombre corpulento de barba espesa y semblante afable que revisaba unos documentos.

—Buenos días. Vengo por el puesto de repartidor —dijo Devan.

El hombre levantó la mirada y tomó la hoja de extranjería que le entregó. La leyó con atención, deteniéndose en el lugar de nacimiento.

—Sri Lanka... —murmuró sorprendido.

Después miró a Devan.

—Pero dime una cosa. ¿Cómo pretendes hacer este trabajo si acabas de llegar y ni siquiera conoces la ciudad?

Devan no apartó la mirada.

—Aprendo rápido —respondió con una seguridad que contrastaba con su situación.

Fernando lo observó durante unos segundos.

Había entrevistado a muchos inmigrantes recién llegados que buscaban una oportunidad para salir adelante. Personas con historias difíciles, con ganas de trabajar y de reconstruir sus vidas. Pero nunca había conocido a nadie procedente de Sri Lanka.

—¿Sabes conducir un escúter?

Devan asintió.

—Demuéstramelo.

Fernando señaló un escúter aparcado en el patio trasero. Era una pequeña motocicleta de reparto, con matrícula amarilla y una robusta caja isotérmica de plástico, de color naranja, firmemente anclada sobre la parte trasera. Su aspecto era sencillo y funcional, pensado para recorrer la ciudad de un pedido a otro.

Devan se acercó al vehículo con naturalidad. Revisó la posición del manillar, comprobó los mandos y se subió. No necesitó más indicaciones.

Arrancó y dio una primera vuelta por el recinto.

Después realizó varias maniobras: frenó con precisión, detuvo el escúter junto a una línea marcada en el suelo, estacionó marcha atrás, volvió a subirse, arrancó de nuevo y aumentó la velocidad de forma progresiva. Redujo en la siguiente curva y terminó con una frenada limpia.

Fernando sonrió ligeramente.

No era solo la habilidad para conducir. Era la concentración, la disciplina y la seguridad con la que había ejecutado cada movimiento.

—Bien —dijo finalmente—. Sígueme.

Entraron en una pequeña oficina situada al fondo del local. Fernando le indicó una silla y tomó asiento frente a él.

—Para conducir un ciclomotor de hasta cincuenta centímetros cúbicos tendrás que pasar un reconocimiento psicotécnico, aprobar un examen teórico de veinte preguntas, solo se permiten dos fallos, y superar una prueba práctica en circuito cerrado. Entonces podrás obtener el permiso de conducción AM, que es el nivel más básico del

carnet de conducir. En condiciones normales, el proceso puede alargarse varios meses.

Hizo una breve pausa antes de continuar. Carraspeó.

—Pero, en vuestro caso, el centro de acogida tiene un convenio que agiliza los trámites. Yo me ocuparé de toda la documentación y de pagar las tasas. Si mañana vienes a esta misma hora, podremos dejarlo todo listo para que empieces. La verdad es que ando muy justo de personal y necesito a alguien cuanto antes.

Devan asintió agradecido.

Durante unos segundos lo observó en silencio.

—Dime una cosa, Devan. ¿Por qué has venido a España?

La pregunta parecía sencilla, pero la respuesta llevaba detrás una vida entera.

Devan sostuvo su mirada.

—En busca de un nuevo futuro.

Fernando asintió. Había escuchado aquella frase muchas veces, pero en aquella ocasión percibió algo diferente. No sonaba como una respuesta preparada. Sonaba como una promesa.

—Todos venimos buscando algo —dijo—. Una segunda oportunidad, una meta, una vida mejor. Pero las oportunidades no llegan solas. Hay que perseguirlas.

Hizo una pausa y señaló unos papeles sobre la mesa.

—Si trabajas duro y eres constante, puedes conseguir tus objetivos.

Después abrió un cajón y sacó un mapa de la ciudad.

—Antes de empezar necesito que conozcas la zona —Hizo un circulo grande en el mapa—. Los repartos dependen de la rapidez y de saber moverte. Familiarízate con las calles, los barrios y los puntos importantes. Necesito que estés preparado.

Devan tomó el mapa con ambas manos.

Al acompañarlo hasta la puerta, Fernando se detuvo un instante.

—Llévate esto.

Le entregó una bicicleta.

—Te ayudará a recorrer la ciudad.

Devan agradeció el gesto con un leve movimiento de cabeza y salió a la calle.

Durante el resto del día recorrió la zona de Valencia marcada en el mapa sin descanso.

Pedaleó por aceras, paseos marítimos, calles estrechas, grandes avenidas y parques. Observaba los edificios, memorizaba los cruces, identificaba los lugares más importantes. Cada trayecto quedaba registrado en su mente.

Con un bolígrafo azul, iba marcando sobre el mapa puntos de referencia: plazas, supermercados, zonas residenciales, estaciones, calles principales y rutas alternativas.

Mientras la ciudad seguía con su ritmo habitual, Devan trazaba poco a poco el mapa de su nueva vida.

No conocía aquel lugar.

Pero estaba decidido a dominarlo.

8

Al día siguiente, Devan regresó en bicicleta a la empresa de reparto, antes de la hora acordada.

Llevaba consigo el mapa que había estudiado durante horas y la misma expresión tranquila con la que afrontaba cada nuevo desafío.

Encontró a Fernando en su despacho, dando instrucciones a otro repartidor.

En cuanto el empleado salió, Fernando lo recibió con una sonrisa.

—Puntual. Eso es importante en este trabajo.

Lo condujo hasta el patio trasero, donde varios escúteres estaban estacionados en fila. Revisó unas llaves y le entregó una.

—Este será el tuyo.

Devan observó el escúter durante unos segundos, examinándolo con atención antes de ponerlo en marcha. Era mucho mejor que el que había utilizado para la prueba del día anterior.

Fernando sacó unos documentos de una carpeta.

—Te explico una cosa. No es de tu propiedad, así que una parte del salario irá destinada a cubrir su uso. Tendrás que cuidarla como si fuera tuya. Cualquier golpe o desperfecto por negligencia será responsabilidad tuya. Tienes un carnet provisional, seguro, etcétera. Te daré tu carnet oficial de conducción en unos días. Lleva siempre puesto el casco. No tendrás problemas con la policía. Pero, si alguna patrulla te para, en los papeles que voy a darte está mi número.

Guárdalos en la guantera y diles que me llamen al móvil. Yo me encargaré del resto.

Le entregó unos documentos correspondientes al contrato temporal y al seguro de responsabilidad civil.

—Léelos y, si estás de acuerdo, firmas en un lateral de cada hoja.

Devan recorrió los documentos con la mirada. No tardó mucho. Cogió el bolígrafo y estampó su firma en cada uno de ellos.

Fernando guardó las hojas de vuelta en la carpeta y le dio una palmada amistosa en el hombro.

—Y hay algo más. Las propinas que te den los clientes son para ti. Eso no tienes que compartirlo con nadie.

Devan asintió levemente con la cabeza.

Fernando soltó una carcajada.

—¿Me has entendido? Lo pregunto porque a veces hablo demasiado rápido.

Devan sonrió abiertamente.

—Te entiendo.

Fernando pareció satisfecho.

—Perfecto. Entonces vamos bien.

Volvieron a la oficina. Allí le dio la documentación obligatoria.

—Estos papeles van siempre en la guantera. Ahí tienes el seguro, tu permiso provisional de conducir y mi número. Como te dije antes, si surge cualquier problema, que me llamen.

Le explicó las condiciones del trabajo y le indicó que el salario correspondiente al mínimo establecido se abonaría a final de mes.

Después le preguntó qué teléfono móvil llevaba consigo.

—No tengo ninguno.

Fernando sacó de un cajón uno que parecía nuevo y con un cable lo enchufó en la pared.

—Te doy este. Ya me lo devolverás cuando puedas comprarte uno. Necesito instalarte la aplicación de la empresa.

El dispositivo era un *smartphone* sencillo, con leves marcas de uso, aunque a simple vista daba la impresión de estar casi nuevo. Mientras se cargaba la batería, Fernando descargó la aplicación de reparto y esperó unos segundos hasta que apareció el logotipo de la empresa en la pantalla principal.

—Ahora escucha bien. Esta aplicación será tu herramienta de trabajo.

Se sentó junto a él y comenzó a explicarle el funcionamiento.

Le mostró cómo recibiría los avisos de nuevos pedidos, cómo aceptar un encargo, cómo consultar la dirección del cliente, la ruta recomendada y la forma de confirmar cada entrega una vez realizada.

Devan observaba atentamente cada movimiento de sus dedos sobre la pantalla.

Fernando terminó la explicación y le entregó el teléfono y el cable para cargar la batería.

—¿Te ha parecido complicado?

—No.

Fernando sonrió.

—Muy bien. Saca el mapa que te di ayer.

Lo extendió sobre la mesa, estaba lleno de anotaciones, calles marcadas y pequeños símbolos que solo Devan comprendía.

Fernando señaló un punto concreto.

—Este será tu punto de partida. Cada día empezarás aquí y, después de cada reparto, tendrás que volver antes de salir con el siguiente pedido. Los repartidores tienen un aparcamiento reservado. Además, desde este centro comercial salen muchos encargos, especialmente de la hamburguesería Platoon Burger.

Devan miró la ubicación y memorizó la zona.

Fernando lo observó con atención, como si quisiera asegurarse de que lo había entendido.

—¿Lo tienes claro?

Devan asintió.

—Sí.

Fernando le entregó las llaves del escúter.

—Pues adelante, amigo.

Devan fue al garaje, fijó el teléfono al soporte del manillar para seguir la ruta con el navegador y guardó en la guantera frontal la documentación y el mapa con sus anotaciones, aunque Fernando le había aconsejado que se acostumbrara a utilizar el buscador de

calles del móvil. Después se colocó el casco, arrancó el escúter y emprendió la marcha.

9

Devan llegó al centro comercial siguiendo la ruta marcada en el navegador del móvil. Aparcó el escúter en la zona reservada para repartidores y apagó el motor.

Durante unos segundos permaneció sentado, observando a su alrededor y asimilando aquel nuevo escenario.

Había otros repartidores esperando nuevos pedidos. Formaban un pequeño grupo unido por la rutina y las largas horas de trabajo. Entre ellos había españoles y también hombres procedentes de distintos países de Latinoamérica. Mientras aguardaban, bromeaban, compartían anécdotas sobre la jornada y se ayudaban unos a otros, aconsejándose sobre las mejores rutas o sobre cómo encontrar direcciones en barrios y calles de acceso complicado.

Cuando vieron a Devan, algunos lo saludaron con naturalidad.

—¿Nuevo por aquí? —le preguntó uno de ellos.

Devan respondió con una sonrisa y un breve saludo.

Agradecía la acogida, pero prefería mantenerse en un segundo plano. Todavía estaba aprendiendo las reglas de aquel nuevo mundo. Escuchar, observar y adaptarse siempre habían sido sus mejores herramientas.

Ante él se desplegaba un pequeño universo de consumo y ocio. Había restaurantes de comida rápida como KFC y McDonald's, la concurrida hamburguesería Platoon Burger, tiendas de ropa casual y artículos deportivos, y un complejo cinematográfico con varias

minisalas. Personas de todas las edades caminaban de un lado a otro, entrando y saliendo sin prisa.

El bullicio de aquel lugar le era ajeno, pero también le ofrecía una sensación de refugio. Entre aquellas voces y aquel ir y venir de gente, nadie conocía su historia. Nadie sabía de dónde venía ni qué había perdido por el camino. Allí solo importaba una cosa: hacer su trabajo y recibir un salario al final de la jornada.

Su teléfono vibró.

Había llegado su primer pedido.

Miró la pantalla y comprobó la dirección: Platoon Burger.

Guardó el móvil y caminó hacia la entrada del restaurante.

Nada más cruzar la puerta, se encontró con una decoración que parecía transportarlo varias décadas atrás. Las paredes estaban cubiertas de imágenes y objetos inspirados en los años cincuenta y sesenta: coches clásicos, discos de vinilo, neones de colores y fotografías de grandes figuras del rock and roll y del cine de aquella época.

Allí estaban representados artistas como Chuck Berry, Elvis Presley y Marilyn Monroe, junto a otros actores y músicos que se habían convertido en iconos de toda una generación.

Para Devan, aquellos rostros le eran desconocidos, pertenecían a un mundo completamente distinto al suyo. Un mundo de películas, canciones y recuerdos ajenos a la guerra que había marcado su vida.

Una joven empleada se acercó al mostrador para atenderlo.

Llevaba un uniforme blanco y rojo carmesí. En la pequeña placa metálica de su pecho pudo leer su nombre: Sandra.

Ella se movía con rapidez, organizando comandas y preparando pedidos mientras mantenía una sonrisa constante.

—¿Reparto? —preguntó.

Devan asintió y le mostró la información en el teléfono.

Mientras esperaba, sus ojos se detuvieron durante un instante en el brazo de la joven. Estaba cubierto de tatuajes, formando dibujos y símbolos que para él resultaban desconocidos.

Sandra terminó de preparar la bolsa, comprobó el contenido y se la entregó.

—Aquí tienes. Que vaya bien.

Devan agradeció el gesto y salió del restaurante.

La entrega fue rápida.

Después llegó otra alerta.

Y después otra.

Poco a poco empezó a dominar las calles, los recorridos y los tiempos. Cada pedido completado era una pequeña victoria. Cada dirección encontrada confirmaba que podía adaptarse.

Sintió algo que hacía mucho tiempo no experimentaba. Satisfacción.

No era un soldado. No era un fugitivo. No era un hombre marcado por una guerra que otros habían decidido. Era un trabajador haciendo bien su trabajo.

Y estaba orgulloso de ello.

Esa noche, cuando regresó al centro de acogida, cenó en silencio y se retiró a su habitación. Estaba cansado, pero por primera vez en mucho tiempo aquel agotamiento nacía del esfuerzo y no de la angustia.

Se tumbó en la cama.

Poco después, volvió a quedarse dormido.

Y regresó la guerra.

El conflicto entre cingaleses y tamiles volvía a envolverlo con toda su crudeza.

En el sueño respiraba con dificultad mientras avanzaba entre los árboles.

Sus músculos estaban tensos y sus sentidos alerta.

Otra vez llevaba un arma en las manos.

Otra vez estaba allí.

Devan y Narayan corrían entre la espesura como dos depredadores tras el rastro de su presa. Tenían que encontrar al soldado cingalés que los había descubierto y había huido en cuanto los vio. A su alrededor, el bosque retumbaba bajo el estruendo de disparos y explosiones.

Cada rama rota podía ser una amenaza.

Cada sombra podía ocultar al enemigo.

Cada segundo podía ser el último.

De repente, algo rompió la escena.

Un ruido lejano.

Una voz.

Música estridente.

Devan abrió los ojos bruscamente.

Durante unos instantes permaneció inmóvil, desorientado, con el corazón acelerado y la respiración entrecortada.

No estaba en el bosque.

Estaba en su pequeña habitación del centro de acogida.

El sonido procedía del pasillo. Los residentes de la habitación de enfrente, varios jóvenes magrebíes, estaban celebrando una fiesta. La música sonaba a todo volumen, mezclada con risas y conversaciones.

Devan se incorporó lentamente en la cama.

El presente había conseguido despertarlo.

Pero el pasado seguía esperando en algún lugar de su memoria.

10

Era mediodía cuando José salió del gimnasio al que acudía habitualmente para entrenar. Después de varias horas en la sala de musculación, llevaba todavía la camiseta empapada de sudor y una toalla colgada al hombro. Caminaba con la seguridad de quien se siente dueño de la calle, sin imaginar que alguien lo estaba esperando.

A escasos metros de la entrada, un vehículo permanecía estacionado, con Mateo y varios de sus hombres en el interior.

Desde allí habían estado observando la puerta con paciencia, sin apartar la vista, aguardando la aparición de su objetivo.

En cuanto Mateo vio a José, dio la orden y sus hombres salieron del coche de inmediato.

Cuatro individuos descendieron del vehículo con rapidez y avanzaron directamente hacia él. Sus movimientos eran firmes y coordinados, ejecutados con la seguridad de quienes sabían exactamente lo que iban a hacer. No hubo amenazas, insultos ni una sola palabra. El primer golpe llegó tan rápido que José ni siquiera tuvo tiempo de reaccionar.

Salió despedido hacia atrás y acabó estrellándose contra la pared exterior del gimnasio mientras los atacantes se abalanzaban sobre él.

Reaccionó por instinto y trató de defenderse. Lanzó varios puñetazos, consiguió apartar a uno de ellos, pero eran demasiados.

Lo habían encontrado desprevenido y la diferencia de fuerzas era evidente.

A esa misma hora, Devan realizaba uno de sus repartos por la zona.

Avanzaba en su escúter entre el tráfico cuando unos gritos llamaron su atención. Al girar la cabeza, vio a un grupo de hombres forcejeando junto a la entrada del gimnasio. Por puro instinto redujo la velocidad y detuvo el vehículo junto a la acera.

Al principio creyó que se trataba de una pelea más, una escena desafortunadamente habitual en una ciudad que todavía estaba aprendiendo a conocer.

Pero, un instante después, distinguió el rostro del hombre que intentaba defenderse en el centro de la refriega.

Era el mismo joven al que había visto precipitarse al mar apenas unos días antes. El mismo hombre cuya vida había salvado.

Devan permaneció inmóvil durante unos segundos, incapaz de apartar la vista de la escena.

Mientras tanto, José reunió las pocas fuerzas que le quedaban, descargó un violento empujón sobre dos de sus agresores y consiguió abrirse paso entre ellos. Sin mirar atrás, echó a correr calle abajo, desesperado por huir.

—¡Que no escape! —rugió uno de los hombres.

Los cuatro agresores salieron inmediatamente tras él.

José corría como podía. El dolor de los golpes ralentizaba cada zancada y la respiración comenzaba a fallarle. Sabía que no podría mantener el ritmo durante mucho más tiempo. Al mirar por encima del hombro comprobó que sus perseguidores acortaban distancias con rapidez.

Justo entonces, por encima del estruendo de la calle, escuchó el zumbido de un escúter acercándose a toda velocidad.

Devan apareció a su lado. Sin dejar de conducir, se quitó el casco con una mano para que José pudiera verle el rostro y lo colgó del manillar.

José dejó de correr. Estaba al límite de sus fuerzas.

Devan redujo ligeramente la velocidad y situó el escúter a su altura.

No dijo una sola palabra. Giró la cabeza, cruzó una breve mirada con José y, con un simple gesto de la mano, le indicó que subiera.

José apenas dudó un instante. Comprendió que aquella era probablemente su única oportunidad.

Reuniendo las pocas fuerzas que le quedaban, se impulsó, se aferró al escúter y saltó al asiento trasero.

En cuanto sintió su peso a la espalda, Devan giró el acelerador hasta el tope.

Los perseguidores alcanzaron la esquina justo cuando el escúter arrancaba calle abajo. Uno de ellos intentó seguirlos, pero fue inútil. En apenas unos segundos, la distancia entre ambos se volvió insalvable.

Devan zigzagueó entre los coches con soltura, aprovechando cada hueco que le ofrecía el tráfico. El escúter desapareció calle abajo y, poco después, se perdió por completo entre la circulación.

Durante varios minutos ninguno de los dos dijo una sola palabra.

Devan mantenía la vista fija en la carretera, concentrado en conducir. Detrás de él, José respiraba con dificultad. Con cada inspiración trataba de recuperar el aliento y ordenar las ideas.

Enseguida rompió el silencio.

—Sigue recto... y en la próxima gira a la derecha.

Devan asintió levemente y obedeció sin hacer preguntas.

José fue guiándolo por un laberinto de calles hasta que, finalmente, el escúter se detuvo frente al restaurante Paco.

José descendió del escúter con movimientos lentos. Permaneció unos instantes en silencio, contemplando a Devan sin saber muy bien qué decir.

Fue entonces cuando tomó verdadera conciencia de lo ocurrido.

Aquel extranjero al que apenas conocía acababa de salvarle la vida por segunda vez.

La primera, en el mar.

La segunda, en tierra.

11

José condujo a Devan al interior del restaurante. Atravesaron la cocina entre el ir y venir de los empleados hasta llegar a una estancia más reservada, donde Paco revisaba unos papeles.

Al levantar la vista, se quedó paralizado. El rostro de su hijo estaba lleno de golpes y su ropa, desgarrada y manchada, revelaba la brutal paliza que había sufrido.

—¿Qué ha pasado?

José le relató, sin detenerse demasiado en los detalles, la emboscada a la salida del gimnasio y la persecución. Después se volvió hacia Devan.

—Padre, quiero presentarte a alguien.

Paco dirigió en ese instante toda su atención al hombre de piel morena y aspecto extranjero que lo acompañaba. Lo observó durante unos segundos, en silencio. Su mirada recorrió el rostro sereno de aquel desconocido, su postura firme y la calma con la que permanecía de pie en un lugar extraño, rodeado de personas a las que no conocía.

José dio un paso a un lado.

—Es él. El hombre que me salvó cuando caí al mar. Y hoy ha vuelto a hacerlo. Si no hubiera aparecido, no sé cómo habría acabado todo.

La expresión de Paco se suavizó al instante. Se acercó a Devan y le tendió la mano.

—Entonces soy yo quien debe darte las gracias.

Devan le estrechó la mano con naturalidad.

—Solo hice lo que cualquiera habría hecho.

Paco negó despacio con la cabeza, esbozando una leve sonrisa.

—No. Cualquiera no. Tú le has salvado la vida a mi hijo dos veces. Y eso no se olvida. ¿Cómo te llamas?

—Devan.

—Encantado, Devan. Mi hijo se llama José y yo soy Paco.

Después señaló una silla cercana.

—Siéntate un momento.

Devan permaneció de pie.

Paco lo observó en silencio durante unos instantes antes de volver a hablar.

Devan seguía de pie.

Aquello no era habitual. Cuando Paco invitaba a alguien a sentarse, no era una sugerencia. Era una orden. Y nadie se atrevía a desobedecerla. A juzgar por su actitud, resultaba evidente que aquel extranjero ignoraba por completo quién era el hombre que tenía delante.

Optó por no insistir en que tomara asiento.

—Los que han atacado a mi hijo trabajan para una organización rival. Controlan buena parte del tráfico de droga de esta zona y no les gusta que nadie interfiera en su negocio.

Lo dijo con absoluta serenidad, como quien habla del tiempo o del precio del pan. Precisamente esa calma hacía que sus palabras resultaran aún más inquietantes.

Después cambió de asunto.

—Dime una cosa. ¿De dónde eres?

—De Sri Lanka.

—¿Cuánto tiempo llevas en Valencia?

—Poco.

—¿Y a qué te dedicas?

Las preguntas llegaron rápidas, precisas. No eran simples muestras de curiosidad. Paco estaba evaluando a aquel desconocido, intentando averiguar quién era realmente el hombre que tenía delante.

Un extranjero recién llegado podía ser una oportunidad o un problema.

Devan respondió sin alterar la expresión.

—Trabajo como repartidor.

Paco lo observó unos segundos más. Después metió la mano en el bolsillo trasero del pantalón, sacó la cartera, extrajo varios billetes y se los tendió.

—Toma. Es lo menos que puedo hacer para agradecértelo.

Devan bajó la mirada hacia el dinero y negó despacio con la cabeza.

—No, gracias —dijo, levantando ambas manos con un gesto respetuoso.

Paco arqueó una ceja.

—No es un regalo.

Señaló a José con una media sonrisa.

—Es el pago por el reparto.

José, sentado en una silla con una bolsa de hielo envuelta en una toalla sobre el pómulo, soltó una carcajada al escuchar el comentario.

Pero Devan volvió a negar con la cabeza.

—No es necesario.

Paco permaneció observándolo unos instantes.

La mayoría habría cogido el dinero sin dudarlo.

Aquel hombre, no.

—Me gusta la gente como tú —dijo al fin—. La gente que actúa por convicción, no por dinero.

Guardó los billetes de vuelta en la cartera y tras unos segundos de silencio, añadió:

—Quiero que trabajes para mí.

Devan estaba a punto de responder cuando el teléfono móvil vibró en el bolsillo de su pantalón.

Lo sacó.

En la pantalla apareció una nueva solicitud de reparto.

Durante un instante, sus ojos y los de Paco se cruzaron.

Devan bloqueó la pantalla, guardó el teléfono y dijo con tranquilidad:

—Tengo que volver al trabajo.

La expresión de Paco se endureció casi de forma imperceptible.

—¿No me has entendido? —preguntó con voz serena—. He dicho que quiero que trabajes para mí.

—Se lo agradezco, pero estoy bien donde estoy.

Aquellas palabras quedaron suspendidas en el aire.

Paco no recordaba la última vez que alguien había rechazado una oferta suya. Mucho menos después de comprender quién era y el poder que ejercía sobre todo cuanto lo rodeaba.

Dio un paso hacia Devan.

—Creo que no eres consciente de la situación en la que te encuentras.

Abrió lentamente los brazos, señalando el restaurante.

—Has entrado aquí. Has visto este lugar. Y también has entendido que este negocio es solo la fachada de otros negocios.

Su voz no se elevó, pero perdió cualquier rastro de cordialidad.

—¿De verdad crees que puedo permitir que alguien que conoce todo eso salga por esa puerta... como si no hubiera pasado nada?

El silencio se adueñó de la estancia.

Varios empleados dejaron lo que estaban haciendo y dirigieron la mirada hacia Paco y Devan. Entre ellos estaban los dos cocineros de origen chino.

Devan permaneció inmóvil.

No bajó la vista. Habló despacio, sin desafío, pero con firmeza.

—Yo no participo en ninguna actividad ilegal. He ayudado a su hijo porque estaba en peligro. Tengo un trabajo honrado. Estoy en España para empezar una nueva vida.

Hizo una breve pausa.

—Y puede estar tranquilo. No tengo intención de acudir a la policía ni de hablar de usted o de su restaurante. No es asunto mío.

Inclinó ligeramente la cabeza, en un gesto de respeto.

—Le deseo un buen día.

Después se dio la vuelta y comenzó a caminar hacia la salida.

No llegó muy lejos.

Apenas había dado unos pasos cuando los dos cocineros de origen chino se adelantaron al mismo tiempo y le cerraron el paso.

Ambos sostenían cuchillos de chef con una naturalidad que los hacía aún más amenazadores.

El ambiente quedó sumido en una quietud absoluta.

Devan no mostró miedo. Tampoco sorpresa.

Simplemente dejó escapar un leve suspiro y esperó.

Observó a los hombres que tenía delante con calma, estudiando sus posiciones y sus movimientos, no como alguien que buscara una pelea, sino como alguien que estaba preparado para cualquier posibilidad.

José miró a su padre.

—Papá...

Paco no respondió. Sus ojos seguían clavados en Devan, inmóviles, cargados de una ira que no parecía dispuesta a ceder.

—Déjalo marchar —pidió José.

Por unos instantes pareció que aquel ruego no había surtido efecto.

Durante unos segundos, nadie se movió.

Paco observó al extranjero que tenía delante.

No tenía miedo. No había súplicas. No había intentos de negociar.

Solo una tranquilidad desconcertante.

Y eso fue precisamente lo que más le llamó la atención.

Finalmente, Paco levantó una mano.

Un gesto simple.

Una orden.

Los empleados se apartaron.

Devan pasó entre ellos sin decir una palabra.

Paco permaneció inmóvil, siguiendo su figura hasta que desapareció al otro lado de la puerta.

Algo en aquel hombre no encajaba.

Aquella serenidad no encajaba con la de un inmigrante recién llegado.

Devan era diferente.

Había algo en su forma de mirar, en la calma con la que acababa de afrontar aquella situación, que había despertado una extraña sensación en Paco.

Cualquier otra persona habría bajado la mirada.

Habría dudado. Habría intentado justificarse o buscar una salida.

Devan no hizo nada de eso.

Paco había conocido a hombres violentos, hombres peligrosos y hombres capaces de esconder sus verdaderas intenciones tras una sonrisa.

Una pregunta empezó a rondarle la cabeza y no consiguió apartarla:

¿Quién era realmente aquel hombre?

Paco sabía a quién recurrir. Sus contactos en la policía le darían las respuestas.

12

Desde el primer día, Devan demostró ser un trabajador serio y eficiente.

Llegaba siempre antes de la hora prevista. Revisaba el estado del escúter, comprobaba que todo funcionara correctamente y se aseguraba de tenerlo todo preparado antes de comenzar la jornada.

Había aprendido con rapidez el ritmo de la ciudad: las calles más rápidas, los mejores atajos, las zonas donde el tráfico se volvía impredecible y los lugares donde cada entrega podía convertirse en un desafío.

Cada mañana recogía el escúter en el garaje de la empresa de Fernando y comenzaba su recorrido por Valencia.

Su destino habitual solía ser Platoon Burger. Allí había encontrado algo que no esperaba: un pequeño refugio de familiaridad en medio de la ciudad. Le gustaba coincidir con Sandra, la joven empleada que siempre lo recibía con una sonrisa.

—Buenos días, Devan.

Pronunciaba su nombre con una naturalidad especial, como si no fuera un recién llegado, como si llevara mucho tiempo formando parte de aquel lugar.

Sandra era amable con él. Se preocupaba de que el pedido estuviera listo, le preguntaba cómo iba el día y, en ocasiones, intercambiaban unas pocas palabras antes de que él continuara con el reparto.

Cuando le preguntó de dónde era y él respondió que de Sri Lanka, ella tuvo que sacar el móvil para buscar dónde se encontraba aquel país. Después quiso saber cómo había aprendido a hablar español tan bien, a pesar de que en ocasiones dudara al elegir algún verbo o alguna palabra y de que su pronunciación conservara un acento muy marcado.

Una vez más, él explicó que, de niño, había estudiado en un colegio dirigido por jesuitas españoles. Aquella respuesta solía despertar la curiosidad y la admiración de quienes la escuchaban.

Eran conversaciones breves, sencillas, casi insignificantes para cualquiera que las observara desde la distancia.

Pero para Devan significaban mucho más.

Eran pequeños instantes de normalidad. Pequeñas señales de que, poco a poco, empezaba a encontrar un lugar al que pertenecer.

Después de recoger los pedidos, Devan recorría la ciudad realizando las entregas con la concentración de quien sabe que cada detalle cuenta. Cada calle, cada dirección y cada minuto tenían importancia.

Algunos clientes le dejaban propina. Otros apenas levantaban la vista al recibir el pedido. Pero Devan siempre respondía de la misma manera: con educación, respeto y una discreta sonrisa.

Al terminar la jornada devolvía el escúter al garaje. Lo limpiaba con cuidado, revisaba que todo estuviera en orden y se aseguraba de dejarlo preparado para el día siguiente.

Para muchos, aquel podía parecer un trabajo sencillo.

Para Devan era mucho más que eso.

Era la satisfacción de levantarse cada mañana para hacer un trabajo que disfrutaba, un oficio digno que le permitía sentirse útil y realizado. Pero, sobre todo, era la puerta de entrada a un futuro que hasta hacía poco parecía inalcanzable. En España, por primera vez, podía imaginar una vida estable, construir un porvenir en un país europeo y hacerlo con el fruto de su propio esfuerzo.

Aquella noche, después de aparcar el escúter en el almacén, pasó un paño por el manillar y realizó una última revisión antes de marcharse. No lo hacía por obligación, sino por la misma razón por

la que cuidaba cada pequeño detalle desde que había llegado: porque aquel vehículo representaba una oportunidad.

Cuando estaba a punto de salir, Fernando apareció en la puerta.

—Buen trabajo hoy.

Devan levantó la mirada.

Fernando llevaba un sobre en la mano.

—Tu primera paga.

Se acercó y se lo entregó.

Devan lo recibió con cuidado, casi con respeto. Aquel pequeño sobre no contenía solo dinero.

Era una prueba.

La confirmación de que, después de todo lo que había dejado atrás, estaba empezando de nuevo.

—Gracias.

Devan guardó el sobre en el bolsillo interior de su chaqueta.

Fernando sonrió. Devan no había abierto el sobre ni contado el dinero. Tampoco hizo comentario alguno sobre la cantidad, a pesar del trabajo y la dedicación que había demostrado durante aquellos días.

Aquel gesto aumentó la admiración que Fernando ya sentía por él. Devan parecía valorar más la oportunidad que tenía por delante que el dinero inmediato. Por primera vez, Fernando pensó que quizá aquel hombre no había llegado a Valencia solo de paso. Tal vez, de verdad, estaba dispuesto a quedarse y construir allí su futuro.

—Ven. Te invito a una cerveza en mi despacho.

Entraron en la pequeña oficina situada al fondo del garaje. Fernando abrió la pequeña nevera, sacó dos latas y se sentó frente a él.

Durante unos minutos hablaron de cosas sencillas: el trabajo, la ciudad, el ritmo de los repartos. Conversaciones sin importancia aparente, hasta que, poco a poco, Fernando empezó a dejar ver una parte de sí mismo que rara vez mostraba.

—¿Sabes? Yo tenía otros planes.

Señaló una de las paredes de la oficina.

Allí colgaba un viejo cartel con una frase escrita en letras grandes:

«Viaja; el dinero se recupera, el tiempo no».

Fernando lo observó durante unos segundos.

—Siempre quise viajar. Conocer otros países, descubrir otras culturas, encontrarme con gente diferente. Incluso llegué a pensar en montar un negocio lejos de aquí.

Una sonrisa breve apareció en su rostro, aunque no tardó en desaparecer.

—Pero la vida decidió otra cosa.

Hizo una pausa.

—Un matrimonio que terminó mal. Deudas. Responsabilidades. Al final me quedé.

Bajó la mirada hacia la lata que tenía entre las manos.

—Y sin darme cuenta... me convertí en un árbol.

Devan frunció ligeramente el ceño, sin comprender del todo.

Fernando sonrió.

—Un árbol echa raíces. Crece donde lo plantan y, con el tiempo, deja de moverse. Aprende a vivir en el mismo lugar porque cree que ya no tiene otra opción.

Después levantó la vista y señaló a Devan.

—Pero recuerda algo: si algún día sientes que el lugar donde estás no es el sitio donde quieres echar raíces, cambia.

Su voz se volvió más seria.

—Viaja. Muévete. Busca otro camino. No permitas que las circunstancias elijan por ti. No te conviertas en un árbol.

Devan permaneció en silencio.

Aquellas palabras encontraron un lugar dentro de él.

Porque él sabía mejor que nadie lo que significaba cargar con unas raíces que nunca había elegido.

Asintió con una leve sonrisa.

—Si algún día llega ese momento, seré yo quien te invite a una cerveza.

Fernando soltó una carcajada.

—Trato hecho.

Más tarde, de regreso al centro de acogida, Devan guardó el dinero de su primera paga en el mismo escondite donde conservaba sus escasos ahorros. Abrió el cajón, dejó el sobre con cuidado y volvió a cerrarlo.

Aquella pequeña cantidad de dinero apenas cambiaba su situación, pero para él significaba mucho más que unos billetes.

Era el primer fruto de una vida construida en paz.

Fuera de la habitación, la tranquilidad duró poco.

Desde el pasillo llegaban risas, puertas que se abrían y se cerraban de golpe, conversaciones en varios idiomas y la música de un grupo de jóvenes que cantaba rap en francés con el volumen demasiado alto.

Devan se dejó caer sobre la cama.

El cansancio pudo más que él. El sueño lo envolvió lentamente.

Cuando cerró los ojos, la habitación desapareció.

Y, con ella, Valencia.

El bosque cingalés regresó.

La humedad impregnaba el aire. La oscuridad se extendía entre los árboles y el olor a pólvora volvía a mezclarse con el de la tierra mojada.

Devan avanzaba junto a Narayan, su compañero guerrillero. Ambos caminaban con el fusil preparado, siguiendo un rastro casi invisible entre la maleza.

Eran cazadores.

Sabían que su presa estaba cerca.

Y lo encontraron.

El soldado cingalés intentó huir, pero apenas recorrió unos metros antes de tropezarse y caer al suelo.

Los dos levantaron sus fusiles y lo encañonaron.

Durante unos segundos, el tiempo pareció detenerse.

El enemigo dejó de parecer un enemigo.

Era apenas un muchacho.

Ante ellos había un joven aterrorizado, con el uniforme cubierto de barro, las manos temblorosas y la respiración entrecortada. Sus ojos, desbordados de miedo, iban de un fusil al otro buscando una esperanza que no encontraba.

—Por favor...
La súplica apenas fue un susurro.
—No me matéis.
Devan mantuvo el dedo junto al gatillo.
Pero algo acababa de cambiar.
Ya no tenía delante a un soldado enemigo.
Tenía delante a un ser humano.

13

Al día siguiente, Devan recogió el escúter y comenzó su jornada.

Como cada mañana, llegó al centro comercial y aparcó en la zona reservada para los repartidores. Los más veteranos entraban y salían sin descanso, recogían pedidos, consultaban sus teléfonos y comentaban qué calles convenía evitar para esquivar el tráfico de la mañana.

Devan aguardaba con calma su primer pedido del día.

Había aprendido que, en aquel trabajo, la paciencia también formaba parte del oficio.

De pronto vio a Sandra.

La joven salió de Platoon Burger cargando varias bolsas de basura. Caminaba hacia los contenedores intentando repartir el peso mientras apartaba con un gesto distraído los mechones de pelo que el viento le llevaba al rostro.

Devan se acercó.

—Déjame ayudarte.

Sin esperar respuesta, tomó dos de las bolsas.

Sandra sonrió.

—Gracias.

Cuando terminaron, ella se apoyó en la pared y sacó un paquete de tabaco del bolsillo del delantal. Lo encendió. En seguida volvió a sacar otro.

—¿Quieres uno?

Devan negó con la cabeza.

—No fumo.

Ella miró el cigarrillo unos segundos antes de volver a guardarlo.

—Mejor. Es una costumbre horrible. Pero tampoco es que fume mucho. De hecho, llevaba una semana sin probar un cigarrillo. ¿Ves? Puedo pasar perfectamente sin fumar. Esta mañana encontré el paquete casi vacío en el bolsillo de este uniforme y, después del primer café, me apeteció uno. Pero será el último. Cuando termine este, no volveré a fumar. Mira lo que voy a hacer.

Sacó el paquete del bolsillo, lo estrujó hasta convertirlo en una pequeña pelota y lo lanzó al interior del contenedor de basura.

Se hizo un breve silencio.

A Sandra no parecía incomodarle.

Al contrario.

Era de esas personas capaces de convertir cualquier pausa en el comienzo de una conversación.

Mientras fumaba, habló con la naturalidad de quien no necesita pensar demasiado lo que dice. Saltaba de un tema a otro con una energía contagiosa, sin preocuparse por seguir un orden.

—Ayer fui al cine. La película tenía unos efectos especiales alucinantes, pero ya no hacen películas como las de antes. Ahora todo son explosiones, pantallas verdes y ruido. Salí del cine con más dolor de cabeza que emoción.

Ni siquiera esperó una respuesta.

—Después me fui a Primark. Solo necesitaba un par de cosas... y acabé saliendo con dos bolsas. No sé cómo lo hago. Siempre caigo. Aproveché las rebajas.

Lanzó una bocanada de humo.

—Luego por la noche no podía dormir y encendí la televisión. ¿Sabes qué película estaban poniendo? *Frankie y Johnny*. ¿La has visto?

Devan negó con la cabeza.

—Es una de mis favoritas. La he visto un montón de veces. Me encanta Michelle Pfeiffer. Me siento muy identificada con su personaje: una camarera que arrastra las heridas de relaciones que nunca salieron bien. Hay un diálogo que me pone la piel de gallina. Dice algo así: «Tengo miedo de estar sola. Tengo miedo de no

estarlo. Tengo miedo de lo que soy, de lo que no soy, de lo que podría llegar a ser y de lo que quizá nunca llegue a ser. No quiero seguir en mi trabajo el resto de mi vida, pero tengo miedo de irme. Y estoy cansada, ¿sabes? Estoy tan cansada de tener miedo».

Rio.

—Me sé algunos diálogos de memoria.

Devan la escuchaba, absorto en sus ojos, en su sonrisa, en su desparpajo, sin decir nada.

O, al menos, eso parecía.

En realidad, apenas prestaba atención a sus palabras. La observaba.

Había algo en Sandra que despertaba su curiosidad. Su espontaneidad, la facilidad con la que decía lo que pensaba y aquella manera de reír sin reservas resultaban completamente ajenas al mundo del que él procedía.

Era luminosa.

Y esa luz contrastaba con todo lo que Devan había conocido hasta entonces.

En su mundo, cada palabra podía tener consecuencias.

En el de Sandra, las palabras fluían con la misma naturalidad con la que ella sonreía.

—Por cierto... —dijo ella de pronto, mirándolo fijamente—. Tienes unos ojos muy bonitos.

Devan parpadeó, sorprendido.

Sandra sonrió.

—Y tu cara... no sé cómo explicarlo. Es diferente. Me gusta.

Lo dijo con una naturalidad desarmante, como si acabara de comentar el tiempo. Devan no supo cómo responder. Ignoraba si aquello era un cumplido, una simple observación o una costumbre habitual en ella.

Antes de que Devan pudiera decir algo, Sandra consultó el reloj.

—Tengo que volver.

Arrojó el cigarrillo al suelo y lo apagó con la suela del zapato.

—Que seas testigo. No fumaré más.

Después le dedicó una sonrisa antes de regresar apresuradamente al interior de la hamburguesería.

Devan la siguió con la mirada hasta que desapareció tras la puerta.

A lo largo del día, una de sus compañeras se acercó a Sandra.

—Oye… llevo un tiempo fijándome en cómo atiendes a ese moreno.

—¿Moreno? ¿De quién hablas?

—Sí, ese repartidor. No te hagas la tonta, sabes perfectamente de quién hablo.

—¿Y?

—Nada. Que estás especialmente simpática con él. Mucho más de lo normal. —Sonríe—. Y él podría tener fácilmente el doble de tu edad, o más.

—Anda, no exageres.

—Vale, a lo mejor no lo aparenta. Pero desde luego te dobla la edad.

—¿Y qué pasa con eso? ¿Qué problema hay en que tenga veinte años más que yo?

—Nada, mujer. Solo me ha llamado la atención. Estás hasta coqueta. No lo niegues.

—¿Coqueta? Estoy siendo amable, simplemente.

—Ya, claro. Pero no sueles sonreír así a cualquiera.

—Porque me cae bien.

—Ah…

—Tiene un carácter y una personalidad que me resultan atractivos.

—Sí, sí… —respondió su compañera con ironía—. ¿Ves? Hace falta pincharte un poco y ya estás confesando…

—Qué tonta eres. Me resulta interesante hablar con él.

—¿Hablar con él? Conociéndote, estoy segura de que tú no le dejas hablar y eres tú quien dirige la conversación.

—Qué exagerada.

—¿Y no te importa la diferencia de edad?

—Sinceramente, no demasiado. No creo que la diferencia de edad determine por sí sola si dos personas pueden entenderse.

—Yo creo que le estás dando un poco de cuerda.

—Puede ser. —Se encoge de hombros—. ¿Y sabes qué? No veo nada malo en ello.

—Entonces, ¿te gusta?

—Me gusta hablar con él.

—Eso no es exactamente lo que te he preguntado.

—Ya lo sé. —Sonríe—. Lo demás… ya se verá.

—Mmm. Esa respuesta no me convence nada.

—Pues tendrás que observar un poco más antes de sacar conclusiones.

—Ya, ya… Por eso estás sonriendo así.

Sandra volvió a sonreír con ironía y esbozó una mueca. Luego señaló la cola de clientes que se estaba formando frente al mostrador para pedir sus menús.

—Venga, deja de cotillear y vamos a atender.

14

Aquella tarde, al terminar su jornada, Devan se disponía a marcharse cuando vio a Sandra salir del centro comercial a toda prisa.

El autobús que solía tomar acababa de arrancar. Ella se detuvo junto a la parada y contempló, con resignación, cómo se alejaba.

Devan le pidió a un compañero repartidor el casco de repuesto que siempre llevaba consigo. Después puso en marcha el escúter y se acercó despacio hasta donde estaba ella.

—¿Quieres que te lleve?

Ella lo miró durante unos segundos.

Después sonrió.

—Me salvarías la tarde.

Devan sonrió también y le tendió el casco.

Sandra se lo puso y subió al escúter.

—¿Dónde quieres que te deje?

—Si no tienes prisa, ¿podríamos dar una vuelta? Solo si no tienes ningún compromiso.

—Tengo tiempo. Me apetece.

Durante el trayecto apenas intercambiaron unas pocas palabras. El murmullo del tráfico y el viento hacían innecesaria cualquier conversación.

Devan detuvo el escúter cerca del paseo marítimo.

Estaba atardeciendo.

Caminaron sin un destino concreto, dejando que la tarde marcara el rumbo. A su alrededor, la ciudad seguía latiendo con su bullicio habitual, mientras ellos avanzaban despacio, disfrutando de una calma que ambos parecían necesitar.

En una esquina, un pequeño grupo de músicos callejeros interpretaba una versión electrónica de *Wicked Game*, acompañada por castañuelas y cantada en español.

Se detuvieron unos instantes para escuchar.

Aquella mezcla de sonidos le resultó a Devan extraña. Y, al mismo tiempo, hermosa.

Continuaron caminando hasta llegar al paseo junto al mar.

Se sentaron en un banco frente al Mediterráneo.

Las olas rompían con suavidad contra la orilla.

Durante un rato permanecieron en silencio.

Era un silencio cómodo.

De esos que no exigen palabras.

Sandra giró la cabeza hacia él.

—Gracias por traerme.

Devan se encogió de hombros y le sonrió.

—¿Tienes a alguien en Sri Lanka? ¿Una mujer?

Sin perder la sonrisa, negó con la cabeza.

—No.

—¿Tus padres? ¿Hermanos?

—No conocí a mis padres. Crecí en un orfanato.

Y era verdad. Se había criado junto a un colegio jesuita de su pueblo antes de que los guerrilleros del LTTE, los Tigres Tamiles, lo reclutaran cuando aún era muy joven.

Pero aquella parte de su historia pertenecía a un pasado que no quería compartir con ella en ese momento. No quería que sus recuerdos más oscuros empañaran la calma de estar allí sentado a su lado.

Ella se inclinó y le dio un beso en la mejilla.

Fue un gesto rápido, espontáneo y lleno de afecto.

Una pequeña sonrisa apareció en el rostro de Sandra.

—¿Sabes a qué me recuerdas?

Devan levantó una ceja, intrigado.

—No tengo ni idea.

—A un gorila.

Devan abrió los ojos con sorpresa y, por primera vez en mucho tiempo, soltó una carcajada.

—¿Un gorila?

—Sí. Pero no por lo que estás pensando. —Sandra rio y negó con la cabeza—. No por tu físico. Por la forma en la que actúas.

Devan la miró con curiosidad.

—¿Y eso es bueno o malo?

—Creo que es bueno. El otro día vi un documental sobre ellos. Decían que el macho dominante de la manada no es simplemente el más fuerte. Es el responsable de proteger al grupo, de cuidar de todos los demás. No gobierna porque tenga que demostrar su fuerza, sino porque tiene que mantenerlos a salvo.

Hizo una pausa, buscando las palabras adecuadas.

—También decían que los gorilas prefieren la calma antes que la violencia. Primero intentan resolver los problemas con señales, con paciencia. Solo atacan cuando no tienen otra opción. En realidad son animales bastante pacíficos, incluso tímidos. No buscan problemas.

Devan bajó la mirada con una sonrisa contenida.

—¿Me estás comparando con un gorila pacífico?

—Exactamente. —Sandra sonrió—. Alguien que parece peligroso desde fuera, pero que en realidad intenta evitar hacer daño. Alguien que solo se vuelve agresivo cuando tiene que proteger a alguien.

Devan negó con la cabeza, divertido.

—Nunca me habían dicho algo así. ¿De verdad esa es la impresión que doy?

Sandra lo observó, conteniendo la risa.

—Sí —respondió al fin, incapaz de aguantar más, y soltó una carcajada.

Él terminó riéndose con ella.

Después, Sandra lo miró fijamente.

—Tengo una pregunta.

—Dime.

—En Sri Lanka hay gorilas, ¿verdad?

Durante unos segundos Devan la observó en silencio. Después soltó otra carcajada sincera.

—No.

—¿No?

—No. En Sri Lanka no hay gorilas.

Sandra frunció el ceño, sorprendida.

—¿Nunca has visto uno?

Devan sonrió.

—No. Si hubiera habido gorilas en Sri Lanka, probablemente habría visto uno... pero no he visto uno en mi vida.

Sandra se echó a reír.

—Perfecto. Te acabo de comparar con un animal que nunca has visto.

Devan sonrió mientras negaba con la cabeza.

—Eso parece.

Sandra se levantó de un salto.

—Venga, que como llegue más tarde, mi padre me mata.

Mientras Devan caminaba junto a ella, sintió algo que pensaba que había quedado olvidado en algún momento de su vida.

No era felicidad, al menos todavía no.

Era algo más sencillo, más difícil de explicar. ¿Amor, quizá?

También era la sensación de que, durante unas horas, podía vivir sin el peso del pasado; como cualquier otra persona, disfrutando de la compañía de alguien y de la sencillez de estar juntos.

Sandra vivía en un barrio humilde, lejos de las avenidas más cuidadas y de los escaparates del centro de Valencia.

Cuando llegaron a la puerta del edificio, Devan detuvo el escúter y ella se quitó el casco.

En ese instante, un hombre apareció tambaleándose por la acera.

Avanzaba con pasos torpes, completamente ebrio. Al intentar entrar en el portal, perdió el equilibrio y tuvo que apoyarse en la pared para no caer.

Sandra reaccionó al instante.

—¡Papá!

Corrió hacia él y lo sujetó antes de que cayera.

Devan también se acercó para ayudar.

El hombre levantó la cabeza con la mirada perdida.

—Estoy... estoy bien...

Las palabras apenas se entendían.

Sandra evitó mirar a Devan.

—Gracias, pero ya me ocupo yo.

Su voz sonó seca.

No era un reproche hacia él.

Era el cansancio de quien ha vivido aquella escena demasiadas veces.

Tras un instante de silencio, añadió en voz baja:

—Es mi padre. Nos vemos mañana.

No hacía falta decir nada más.

Devan asintió con discreción.

Con un brazo alrededor de su padre, Sandra lo acompañó lentamente hasta el portal.

Devan permaneció unos minutos junto al escúter, observando cómo ambos desaparecían en el interior del edificio.

Después se colocó el casco y emprendió el camino de regreso.

Durante todo el trayecto no logró apartar de su mente la expresión de Sandra.

No era solo vergüenza.

Era una tristeza serena, de esas que nacen cuando una herida lleva demasiado tiempo abierta.

15

Aquella noche, después de dejar a Sandra y devolver el escúter al garaje, Devan caminó hasta un pequeño restaurante de kebabs situado a pocas calles de allí.

Pidió un menú con patatas fritas y buscó una mesa apartada.

Después del día que había tenido, solo quería cenar tranquilo.

Pero aquella calma no duró mucho.

—¿Puedo?

La voz llegó antes de que tuviera tiempo de levantar la vista.

José ya estaba frente a él.

Sin esperar respuesta, apartó una silla y se sentó.

—Tenemos que hablar —dijo de sopetón. Sonrió con despreocupación. Alargó la mano, cogió una patata frita del plato de Devan y se la llevó a la boca—. ¡Qué buena!

Masticó con calma antes de continuar.

—Mi padre tiene una teoría sobre ti.

Devan no dijo nada.

José tomó otra patata.

—No cree que seas simplemente un refugiado que huyó de Sri Lanka por la guerra y que ahora necesite que lo acojan por motivos humanitarios y todo eso.

Devan lo miró fijamente.

—¿Y qué es lo que cree?

—Cree que hay algo más detrás de tu historia.

José sostuvo su mirada. Dejó pasar unos segundos antes de continuar.

—Cree que perteneciste a un grupo terrorista llamado Tigres Tamiles... o algo así.

El silencio que siguió fue más elocuente que cualquier respuesta.

José sonrió levemente. Hablaba del pasado de Devan como si esperara que él mismo corroborara cada dato, dejando cada revelación suspendida en el aire.

—Ya imaginaba que pondrías esa cara.

Se inclinó hacia delante y bajó la voz.

—Mi padre está convencido de que no has contado toda la verdad a las autoridades. Incluso cree que puede que Devan ni siquiera sea tu verdadero nombre. Tienes otro. Mi padre lo leyó, pero era tan raro y tan difícil de pronunciar que ni siquiera consigo recordarlo. Según él, es posible que en Sri Lanka te estén buscando por algo que ocurrió durante la guerra.

Devan permanecía inmóvil.

Por fuera no mostraba ninguna emoción.

Por dentro, una única pregunta comenzó a abrirse paso.

¿Cómo habían llegado hasta allí?

José pareció leerle el pensamiento.

—Tenemos amigos en muchos sitios —dijo con una media sonrisa —. En la Cruz Roja... incluso dentro de la policía. Conseguimos tu ficha del centro de acogida. Después, mi padre hizo algunas llamadas y pidió que investigaran quién eras realmente.

Hizo una breve pausa antes de añadir:

—Como sospechaba que podías haber entrado en España con una identidad falsa, tiraron de cámaras de vigilancia y sistemas de reconocimiento facial.

Devan sintió cómo, por primera vez desde que había llegado a España, el pasado empezaba a alcanzarlo.

José se llevó un dedo a los labios.

—Pero tranquilo.

Esbozó una sonrisa.

—Por ahora, ese secreto se queda entre nosotros.

Devan guardó silencio unos instantes antes de responder.

—Dejé mi pasado atrás. —Habló con serenidad, sin rastro de nerviosismo—. Cuando terminó la guerra huí a Tailandia. Después trabajé en Indonesia. Ahora estoy en España porque quiero empezar de nuevo.

José lo observó con atención.

—Entonces lo admites. Tienes experiencia.

—¿Experiencia en qué?

José tomó otra patata y la masticó despacio, disfrutando del sabor. Después levantó la mirada hacia él.

—En matar.

Hizo una breve pausa antes de continuar.

—Estás acusado de haber matado a muchas personas. Mi padre me dijo que le contaron que acabaste con treinta soldados a sangre fría, poco antes de que aquella guerra terminara.

Devan permaneció en silencio. No tenía ninguna necesidad de justificarse y mucho menos de hablar de un pasado que prefería dejar atrás.

José se inclinó ligeramente sobre la mesa.

—Ven a trabajar con nosotros.

Devan no respondió.

José insistió.

—Necesitamos a alguien como tú. Alguien que haya vivido situaciones límite, que sepa mantener la cabeza fría y que no se eche atrás cuando las cosas se complican.

Esbozó una sonrisa confiada.

—Juntos podríamos controlar una parte importante del negocio en Valencia.

Devan negó despacio con la cabeza.

—No.

José frunció el ceño.

—Piénsalo.

—No hay nada que pensar.

Su voz seguía siendo tranquila, pero firme.

—No quiero formar parte de ninguna actividad ilegal. Y tampoco fui un terrorista. Combatí en una guerra. Son cosas muy distintas.

Hizo una breve pausa.

—He venido a este país para vivir en paz.

José dejó escapar una breve carcajada.

—¿Vivir en paz?

Negó con la cabeza, divertido.

—La paz no paga las facturas, Devan.

Se incorporó lentamente de la silla.

—Mírate. Repartes hamburguesas para llegar a fin de mes cuando podrías ganar cien veces más trabajando con nosotros.

Devan no contestó.

José apoyó ambas manos sobre la mesa.

La sonrisa seguía en su rostro, pero sus ojos habían dejado de sonreír.

—Hay otra cosa que deberías tener en cuenta.

Golpeó suavemente la superficie de la mesa con los nudillos.

—No eres tú quien decide si esta conversación termina aquí.

Dejó que el silencio hiciera el resto.

—Sabes demasiado sobre nosotros.

Se enderezó de nuevo.

—Me caes bien. Por eso voy a darte tiempo para pensarlo.

Su sonrisa regresó.

—Pero si mi padre recibe una respuesta que no le guste, alguien presentará una denuncia ante la policía. Y entonces veremos cuánto dura esa nueva vida que tanto te ha costado construir.

José se dio la vuelta y abandonó el local.

Devan permaneció sentado unos minutos, inmóvil, observando el plato que tenía delante sin apenas tocar la comida.

Cuando por fin se levantó, regresó al centro de acogida.

AQUELLA NOCHE CAYÓ EN UN SUEÑO PROFUNDO.

Otra vez estaba en el bosque.

Otra vez era un soldado.

Narayan apuntaba al joven cingalés que habían capturado.

Devan bajó el arma.

El muchacho apenas parecía un enemigo. Era casi un adolescente.

Suplicaba por su vida.

—Vete.

El joven no se movió. No confiaba en él. Incluso pensaba que si escapaba, su compañero acabaría disparándole por la espalda.

En ese instante, para asustarlo, Devan levantó el fusil y disparó al aire.

—¡Te he dicho que te marches!

El soldado huyó.

Narayan le puso una mano en el hombro.

—Has hecho bien, Devan. Yo estuve a punto de dispararle... y si lo hubiera hecho, esa muerte me habría acompañado toda la vida.

Comenzaron a regresar por el bosque.

Algo los detuvo.

Un sonido.

Una presencia.

Se quedaron inmóviles.

Alguien se acercaba.

Apuntaron hacia la oscuridad.

Un soldado cingalés apareció frente a ellos, pero con las manos levantadas.

Devan comprendió demasiado tarde lo que sucedía.

Era una trampa.

El joven al que habían dejado marchar apareció detrás de ellos con un arma preparada.

Disparó.

Narayan cayó al suelo, pero antes disparó, matando al soldado que tenían enfrente.

Cuando el otro soldado se giró hacia Devan, este reaccionó.

La lucha fue breve.

Violenta.

Devan no vio a un joven soldado.

Vio a un asesino despiadado, a alguien en quien parecía haberse extinguido cualquier rastro de humanidad.

Lo habían dejado marchar con vida. Habían tenido compasión por él. Entonces, ¿por qué había vuelto armado con otro soldado? ¿Por qué había regresado con la intención de matarlos? ¿Qué clase de

odio o de crueldad podía llevar alguien dentro para volver después de haber sido perdonado?

Con un movimiento rápido, Devan desvió el arma del joven soldado cingalés y lo hizo caer al suelo. Recuperó su fusil y acabó con él antes de correr a arrodillarse junto a Narayan.

Intentó detener la hemorragia con todas sus fuerzas.

Presionó la herida una y otra vez, como si sus propias manos pudieran impedir que la vida se escapara.

Gritó su nombre.

Le pidió que resistiera.

Que no se marchara.

Pero no pudo salvarlo.

Con los ojos llenos de lágrimas, cargó el cuerpo de su amigo sobre sus hombros y comenzó a avanzar entre los árboles. Cada paso era una lucha. Cada respiración, un esfuerzo por no rendirse.

Tenía que llegar al campamento central. Tenía que conseguir ayuda. No podía dejarlo allí.

Pero la distancia era demasiado grande.

El cansancio, demasiado profundo.

Poco a poco, sus fuerzas lo abandonaron.

Las piernas dejaron de responderle y cayó al suelo, abrazado al cuerpo de su amigo.

De pronto escuchó algo.

Los soldados enemigos se acercaban.

Los disparos comenzaron a romper la noche.

Los proyectiles impactaban alrededor.

Un mortero cayó a pocos metros.

Después otro.

Devan tomó el arma y la munición de Narayan.

Podía huir.

Podía esconderse.

Podía sobrevivir.

Pero algo dentro de él se había roto.

Se levantó.

En vez de huir, Devan, con su fusil en las manos y el de Narayan en bandolera, se internó solo en el bosque disparando a los soldados

cingaleses en actitud suicida.

Causó una matanza.

PARTE DOS
LA FUERZA DE LA MANADA

Así como el loto crece según la profundidad del agua, la grandeza de una persona crece según la grandeza de su espíritu.
—Sabiduría tamil

16

La primera luz de la mañana bañaba una pequeña cala escondida de la costa valenciana, lejos de las playas concurridas y de cualquier mirada indiscreta, cuando una lancha rápida apareció entre las suaves ondulaciones del mar.

El motor se apagó y, durante unos instantes, el único sonido fue el del oleaje.

En la orilla de la playa aguardaban dos hombres de Carlos. El primero era Mateo, su mano derecha, que, como de costumbre, asumía el mando con la autoridad que le otorgaban los años y la absoluta confianza de su jefe. A su lado estaba Antonio, unos diez años más joven, alto y desgarbado. De carácter más reservado y menos dominante, aceptaba sin objeciones las decisiones de Mateo y se limitaba a cumplir las órdenes.

Llevaban más de una hora esperando la llegada del cargamento. No habían ido a pescar, aunque cualquiera que los viera pensaría lo contrario. Habían clavado dos cañas en la arena y dejado una caja térmica junto a ellas para dar credibilidad a la farsa. A aquella hora temprana de la mañana, si algún paseante o una patrulla de la policía reparaba en su presencia, solo vería a dos pescadores pacientes, no a dos hombres vigilando el horizonte a la espera de un alijo de droga.

Al ver la lancha, los dos permanecieron alerta, recorriendo los alrededores con la mirada mientras un miembro de la tripulación

desembarcaba y se acercaba hasta ellos con una bolsa deportiva de gran tamaño.

El traficante le pasó la bolsa a Mateo. La dejó sobre la arena, descorrió la cremallera y examinó el contenido para asegurarse de que la mercancía era la acordada. Satisfecho, alzó apenas la vista y asintió. El traficante respondió con un leve gesto de despedida antes de marcharse de vuelta a la lancha.

Después recogieron las cañas y la caja térmica. Se dirigieron al vehículo, oculto bajo la sombra de unos árboles, unos metros más atrás. Abrieron el maletero y depositaron la bolsa deportiva en su interior, y lo demás en los asientos de pasajeros.

Abandonaron la cala por un estrecho camino de tierra que serpenteaba entre rocas, matorrales y vegetación baja. El terreno era abrupto y estaba lleno de surcos y piedras sueltas. Avanzar por allí resultaba un suplicio.

—Mantén la segunda —ordenó Mateo.

Antonio refunfuñó.

—A este paso no saldremos nunca de aquí.

—Hazme caso.

El coche volvió a traquetear al superar otro desnivel.

—Cuesta mucho más salir que entrar.

—Porque al venir todo era cuesta abajo. Ahora, si fuerzas el motor o pierdes tracción, nos quedamos tirados.

Cada bache sacudía la suspensión y arrancaba un crujido del chasis. Las ramas arañaban la carrocería mientras las ruedas levantaban una nube de polvo y pequeñas piedras.

Eran conscientes de que estaban destrozando el coche, pero no tenía otra opción.

Debían alejarse de allí cuanto antes.

Cuando por fin alcanzaron la carretera principal, Antonio dejó escapar un suspiro de alivio.

Duró poco.

Apenas habían recorrido unos metros cuando un ruido seco surgió del motor.

—¡Joder! ¿Qué ha sido eso?

—Eres un imbécil. Te dije que no metieras tercera, que te mantuvieras en segunda.

El motor dio un tirón, perdió fuerza y comenzó a echar humo por debajo del capó.

Antonio hundió el pie en el acelerador, pero el vehículo no respondió.

El coche apenas avanzó unos metros más antes de detenerse por completo en mitad del camino.

—Creo que tenemos un problema.

—Antonio, no lo creo. Lo tenemos. Y es culpa tuya, por imbécil.

—Insultarme no va a hacer que el coche vuelva a andar.

—¿Ah, no? Pues al menos me desahogo.

—Maldita sea...

Antonio bajó de un salto y recorrió el vehículo con la mirada. Después inspeccionó los alrededores. No había un alma. El camino permanecía desierto y el silencio solo lo rompía el leve crepitar del motor al enfriarse.

Regresó junto a la ventanilla y miró a Mateo.

—Será mejor que informemos a Carlos.

—Ni hablar. Ahora no.

—Entonces, listo, ¿qué propones? ¿Quedarnos aquí perdiendo el tiempo mientras me sigues insultando?

Mateo salió del coche.

—No seas tan sensible. Escucha. Coge la bolsa y sigue a pie hasta el cruce que hay más adelante. Allí para el primer coche que pase y que te deje en un sitio con gente, en el centro. Cuanta más gente haya, menos llamará la atención que lleves una bolsa deportiva.

—¿Y tú?

—Yo me quedo intentando arreglar el coche.

—Podríamos esperar aquí los dos.

Mateo soltó una risa seca.

—Por eso digo que eres un imbécil. Si aparece una patrulla, que estoy seguro de que no tardará en llegar, y decide identificar a dos tipos junto a un coche averiado, a estas horas y cerca de una ruta utilizada por el narcotráfico, estamos vendidos. Registrarán el coche,

encontrarán la bolsa y se acabó. En cambio, si estoy yo solo y me preguntan qué hago aquí, puedo decir que he vuelto de pescar. Pero si tú ya no estás aquí, reducimos el riesgo. Además, dos hombres haciendo autostop juntos por esta zona costera también llamarían la atención, ¿no te parece?

Antonio guardó silencio unos segundos. Sabía que tenía razón.

—Está bien.

—Vete. Yo llamaré a Carlos y le explicaré lo que ha pasado. Cuando llegues a un sitio seguro, llámalo tú y dile dónde puede enviar a alguien a recogerte. Si, cuando se enfríe el motor, no consigo reparar el coche, avisaré al seguro para que envíen una grúa.

—¿Y si llamo a un taxi?

Mateo alzó la vista al cielo con gesto de hastío y después volvió a mirar a Antonio.

—De verdad... ¿estás de coña o es que quieres hacer el imbécil? ¿Con la mercancía encima? Para empezar, hay conductores que son policías nacionales y hacen de taxistas como segundo trabajo porque están mal pagados. Y muchos llevan cámaras que graban a los pasajeros. No creo que tu cara, tu aspecto y esa pedazo de bolsa pasen precisamente desapercibidos.

Hizo una pausa y negó con la cabeza.

—Así que hazme caso y haz lo que te he dicho. Joder, qué cansino eres.

Con esfuerzo, empujaron el vehículo hasta el arcén.

17

En la discoteca La Florida, la mañana era el único momento del día en que el local mostraba su verdadero rostro.

Lejos de las luces de neón y el bullicio de la noche anterior, el establecimiento estaba inmerso en una intensa actividad. Varias empleadas de la limpieza barrían, fregaban y desinfectaban los suelos mientras otras recogían vasos olvidados, retiraban botellas vacías y devolvían el mobiliario a su sitio. La lejía y el detergente habían logrado imponerse al persistente olor a alcohol derramado, perfume y sudor, que parecía haberse incrustado en los suelos, los asientos, las barras y la pista de baile.

Tras las barras, distribuidas por el perímetro del local, varios camareros ordenaban las estanterías, reponían cajas de bebidas y alineaban botellas y copas con meticulosidad. Otros comprobaban las cámaras frigoríficas y preparaban todo para la apertura de aquella noche.

A pesar de lo temprano de la hora, la música sonaba con fuerza en una sala privada situada al fondo del local.

Allí, sentado frente a una mesa, Carlos observaba a varias jóvenes que ejecutaban contorsiones y acrobacias propias del pole dance. Estaba realizando entrevistas y necesitaba comprobar cómo se desenvolvían las candidatas en un ambiente lo más parecido posible al de una noche de trabajo.

A su alrededor, cuatro de sus hombres de confianza aguardaban sus órdenes.

Sin embargo, aquella mañana apenas era capaz de concentrarse. Su mente estaba ocupada en asuntos mucho más importantes.

Mateo lo había llamado para informarle de la avería del coche. Tras varios intentos infructuosos por repararlo, no le había quedado más remedio que avisar al seguro para que enviara una grúa.

Desde entonces, Carlos esperaba con impaciencia la llamada de Antonio desde algún lugar concurrido para enviar de inmediato a alguien a recogerlo. El cargamento tenía mucho valor y su mayor preocupación era que acabara en manos de la policía.

Antes del amanecer había enviado únicamente a Mateo y a Antonio a la cala para recibir la lancha y recoger la mercancía. Cuantas menos personas participaran en la entrega, menor sería el riesgo de llamar la atención de los guardacostas, de algún madrugador que paseara por la playa o de una patrulla de la Guardia Civil. Una operación que debía ser sencilla se había torcido por un imprevisto.

Cuando el teléfono móvil vibró sobre la mesa, desvió la mirada hacia la pantalla y respondió sin perder un segundo.

—Habla, Antonio. ¿Dónde estás?

Escuchó en silencio mientras Antonio empezaba a explicarle el contratiempo con el coche.

Su expresión se endureció.

—Todo eso ya me lo ha contado Mateo. Lo que necesito saber es dónde estás ahora.

—En un centro comercial cerca de Rascaña.

Carlos se incorporó ligeramente en el asiento para escuchar con atención la dirección que le indicaba.

—No te muevas de ahí. Voy a enviar a alguien a recogerte.

Hizo una pausa.

—Dime algún punto de referencia.

Al otro lado de la línea, Antonio miró a su alrededor.

Vio los carteles luminosos, los restaurantes y la entrada de una hamburguesería.

—Estaré esperando dentro de Platoon Burger.

Carlos asintió.

—Perfecto. Quédate ahí y vigila la mercancía.

Colgó.

Después hizo una señal a uno de sus hombres y le explicó lo que tenían que hacer.

Después de la llamada, Antonio se colgó al hombro la pesada bolsa deportiva.

Entró en el Platoon Burger.

Se compró un refresco. Luego escogió una mesa desde la que podía vigilar tanto la entrada como la salida. Dejó la bolsa junto a sus pies, lo bastante cerca para no perderla de vista ni un instante.

Se esforzaba por aparentar tranquilidad, pero cada vez que la puerta se abría levantaba la vista de inmediato.

Ignoraba cuánto tardarían en recogerlo.

Estaba inquieto.

Demasiado inquieto.

Conocía demasiado bien la rivalidad entre las bandas criminales que se disputaban el negocio en Valencia. En aquel mundo, nadie respetaba un cargamento ajeno si veía la oportunidad de arrebatárselo.

Desde su asiento, no dejaba de escrutar los alrededores. Siempre había alguien dispuesto a vender información por un puñado de euros o unas dosis de cocaína. En ese negocio, la lealtad tenía un precio y la traición siempre encontraba comprador.

Mientras tanto, Devan acababa de completar una entrega.

Condujo el escúter hasta el aparcamiento del centro comercial, lo estacionó en la zona reservada para repartidores y apagó el motor. Se quitó el casco y le devolvió el otro que tenía al compañero que se lo había prestado el día anterior.

—A ver si hoy Sandra te deja invitarla a un café —bromeó el repartidor.

Devan respondió con una sonrisa por simple cortesía. Su compañero soltó una carcajada antes de alejarse.

Sacó el teléfono móvil y fijó la vista en la pantalla, a la espera de que la aplicación le asignara un nuevo pedido.

Apenas unos metros más allá, al otro lado de la cristalera del Platoon Burger, Antonio permanecía sentado con la bolsa deportiva apoyada junto a sus pies.

En su interior no había ropa ni material deportivo.

Había algo mucho más peligroso.

Sin saberlo, el destino estaba a punto de cruzar los caminos de Devan y Antonio.

18

En el interior del Platoon Burger, Antonio apuraba lentamente el refresco.

Desde la mesa, situada junto al ventanal, vigilaba la entrada del centro comercial, los vehículos que accedían al aparcamiento y el incesante ir y venir de clientes frente al restaurante. Sus ojos apenas permanecían quietos unos segundos antes de recorrer de nuevo el entorno con la impaciencia de quien espera a alguien que ya debería haber llegado.

La inquietud iba en aumento.

Cada pocos minutos consultaba la pantalla del teléfono móvil. Ningún mensaje. Ninguna llamada. Los minutos parecían estirarse.

Volvió a comprobar la hora.

Había esperado demasiado. Ni siquiera había comido. Pensaba que, en el tiempo que tardaría en hacer cola y pedir el menú, alguien aparecería buscándolo.

Con un gesto nervioso, se puso en pie, agarró la bolsa deportiva y se dirigió a los lavabos procurando mantener un paso tranquilo. Sin embargo, la rigidez de sus movimientos y la tensión de su mandíbula delataban que estaba muy lejos de aparentar normalidad.

Al llegar, encontró un cartel amarillo junto a la entrada. Ni siquiera le dedicó una mirada.

«PRECAUCIÓN. SUELO MOJADO».

El mármol, recién fregado, reflejaba la fría luz de los fluorescentes.

Empujó la puerta, avanzó hasta uno de los cubículos y la cerró a su espalda.

Dejó la bolsa deportiva en el suelo.

Después sacó del bolsillo un pequeño envoltorio.

Aun encerrado en el cubículo, aguzó el oído por si había alguien más en los lavabos. La idea de ser sorprendido lo mantenía en tensión.

Desdobló el pequeño envoltorio. En su interior había un polvo blanco.

Se inclinó y aspiró una raya por la nariz.

El efecto fue inmediato.

Un escalofrío le recorrió el cuerpo y echó bruscamente la cabeza hacia atrás. Durante un instante sintió cómo sus sentidos se alteraban y el equilibrio dejaba de responderle. Intentó recuperar la estabilidad, pero uno de sus pies resbaló sobre el mármol todavía húmedo.

Buscó un punto donde sujetarse.

No encontró ninguno.

Cayó de espaldas y se golpeó la nuca contra el borde de la cisterna del inodoro.

El impacto resonó en el reducido espacio del cubículo.

Después, el silencio.

Su cuerpo quedó desplomado sobre la taza, completamente inmóvil.

La bolsa deportiva permanecía en el suelo, a escasos centímetros de él.

Poco después, Sandra entró en los lavabos después de terminar de limpiar el baño de mujeres.

Llevaba una bolsa de basura nueva para sustituir la del cubo y tarareaba distraídamente mientras repasaba con la mirada que todo estuviera en orden.

Se detuvo en seco.

Un pie sobresalía por debajo de la puerta de uno de los cubículos.

Frunció el ceño.

—¿Se encuentra bien? —preguntó, alzando la voz.

No obtuvo respuesta.

Esperó unos segundos.

Nada.

Avanzó despacio hasta la puerta.

—¿Me oye?

El silencio empezaba a resultar inquietante.

Con cierta aprensión, se agachó y miró por debajo de la puerta.

Lo primero que distinguió fue parte del cuerpo de un hombre tendido en el suelo y una bolsa deportiva apoyada junto a él.

Después vio un pequeño envoltorio abierto junto al inodoro, con restos de un polvo blanco esparcidos sobre las baldosas.

—Este cabrón se ha metido un chute aquí dentro... —murmuró entre dientes.

Golpeó la puerta con los nudillos.

—¡Abra la puerta ahora mismo!

Ni un movimiento.

Ni una respuesta.

En el interior el hombre seguía completamente inmóvil.

La respiración de Sandra se aceleró.

Había algo en aquella escena que no encajaba. No sabía el qué, pero la intuición le decía que aquello iba mucho más allá de un cliente inconsciente por culpa de la droga.

Durante unos segundos pensó en llamar a alguien.

Pero la curiosidad pudo más.

Se incorporó, sacó del bolsillo la llave de servicio y abrió la puerta del cubículo.

El hombre permanecía desplomado sobre el inodoro, con la cabeza ladeada y los ojos cerrados.

Sandra lanzó un rápido vistazo por encima del hombro para comprobar que nadie entraba en los lavabos.

Estaba sola.

Volvió la vista hacia la bolsa deportiva.

Sin darse cuenta, contuvo la respiración.

Dudó.

Durante unos segundos permaneció inmóvil, mirando la bolsa deportiva como si esperara que la respuesta apareciera por sí sola.

Finalmente se agachó, abrió la cremallera y echó un vistazo al interior.

Su expresión cambió al instante.

Dentro había varios paquetes cuidadosamente envueltos y colocados con precisión.

No necesitaba examinarlos.

Sabía perfectamente qué eran.

Cerró la bolsa de golpe.

La sorpresa desapareció, sustituida por una sensación mucho más intensa.

Angustia. Pero apenas duró unos segundos. La adrenalina lo desplazó todo, transformándolo en una extraña euforia. Tenía que actuar. No podía dejar pasar aquella oportunidad. Era ahora o nunca.

Miró hacia la puerta.

Después volvió la vista hacia el hombre inconsciente.

Durante unos segundos se quedó paralizada, atrapada entre la prudencia y la necesidad de tomar acción.

Se decidió.

Agarró la bolsa y se la llevó consigo.

Con rapidez, la introdujo en el cubo de basura, la cubrió con varias bolsas de residuos y se aseguró de que quedara oculta. Después salió del baño intentando aparentar normalidad.

Pero ya no caminaba igual.

Sus pasos se aceleraban con cada metro que la alejaba de los lavabos de hombres.

Unos minutos después, Antonio recuperó lentamente la conciencia.

Abrió los ojos con la mirada perdida.

Durante unos segundos no supo dónde estaba ni qué había ocurrido. La confusión envolvía su mente, todavía pesada y aturdida.

De pronto todo regresó de golpe.

La hamburguesería.

La espera.

La bolsa.

La mercancía.

Intentó incorporarse con dificultad, apoyándose contra la pared del cubículo. Le dolía la cabeza y sentía un latido constante en la nuca.

Miró al suelo.

La bolsa no estaba.

Su respiración se aceleró de inmediato.

—No... Joder.

Buscó con desesperación por debajo de los cubículos de al lado. Revisando cada rincón.

Nada.

No era solo una bolsa.

Era una deuda.

Una responsabilidad.

Una condena.

Sabía perfectamente lo que ocurriría si aquella mercancía no aparecía.

Recorrió los lavabos con la mirada, como si la bolsa pudiera aparecer de repente.

Había desaparecido.

El pánico comenzó a apoderarse de él. Miró su reflejo en el espejo. Era la mirada de un condenado a muerte.

—Por el amor de Dios, ¿qué he hecho? ¿Dónde está la puta bolsa? Joder... Joder...

Notó cómo la garganta se le cerraba y cómo el aire empezaba a faltarle.

Tenía que encontrarla.

Salió casi corriendo y volvió al interior del restaurante. Miró a su alrededor buscando cualquier gesto extraño, cualquier persona que pudiera haber visto algo.

Todo parecía igual.

Los clientes seguían comiendo. Los empleados tras el mostrador de pedidos continuaban con sus tareas. Nadie parecía haberse dado cuenta de nada.

Salió al exterior del local y se quedó junto a la entrada, escudriñando el movimiento del centro comercial.

A su alrededor, la vida continuaba con normalidad. Personas caminaban por la zona común, clientes entraban y salían de las tiendas, familias avanzaban sin prisa.

Nada llamaba su atención.

Hasta que algo cambió.

A unos metros de distancia, entre la gente, distinguió una figura conocida.

Una empleada de Platoon Burger con su distintivo uniforme.

Caminaba deprisa, alejándose del restaurante.

En una de sus manos sujetaba con dificultad las asas de la bolsa deportiva debido a su considerable peso.

19

Sandra caminaba a paso ligero hacia la zona de los contenedores. Ahora sujetaba la bolsa deportiva con ambas manos; su peso le dificultaba avanzar con normalidad.

Mantenía la vista al frente y se esforzaba por conservar una expresión serena, como si únicamente estuviera desempeñando una tarea más de su jornada. Sin embargo, por dentro era un torbellino.

La incertidumbre de los primeros instantes había quedado atrás.

Ahora le dominaba una tensión feroz, una oleada de energía que le agudizaba los sentidos.

No dejaba de pensar en lo que ocultaban aquellos paquetes y en la fortuna que podían valer. Si estaba en lo cierto, aquella bolsa contenía una cantidad de dinero capaz de cambiarle la vida para siempre.

Y esa idea hacía que el corazón le latiera con más fuerza a cada paso.

Desde la distancia, Devan distinguió a Sandra caminando de forma extraña, con una bolsa deportiva en la mano. Alzó la vista y algo llamó su atención: un hombre avanzaba a toda prisa directamente hacia ella.

Al principio pensó que intentaba alcanzarla para decirle algo.

Pero enseguida comprendió que no era así.

Antonio llegó hasta ella sin reducir la velocidad y la sujetó con fuerza por un brazo, obligándola a detenerse.

—Dame la bolsa, zorra —espetó con voz cargada de rabia.

Sandra trató de zafarse de un tirón; de un manotazo apartó la mano que la retenía y retrocedió un paso.

—Vete a la mierda.

Durante un instante, ambos permanecieron frente a frente, sin apartar la mirada.

La mandíbula de Antonio se tensó.

Sus ojos se endurecieron.

Sin decir una palabra, metió la mano en el bolsillo y sacó una navaja.

Con un rápido movimiento del pulgar, hizo saltar la hoja.

El acero brilló.

Sandra se quedó inmóvil.

Por primera vez comprendió que aquel hombre estaba dispuesto a todo con tal de recuperar la bolsa.

El miedo le paralizó el cuerpo.

Antonio dio un paso hacia ella.

Pero una voz surgió a sus espaldas.

—Eh, tú.

Devan estaba a pocos metros de distancia.

Antonio se giró bruscamente hacia él e hizo un movimiento con la navaja hacia su cuello. Devan lo esquivó al tiempo que agarró la muñeca del tipo, se la dobló, invirtió la dirección de la hoja y se la clavó en el corazón. Antonio abrió la boca, pero ningún grito llegó a salir. Un instante después, se desplomó sobre el suelo.

Sandra y Devan permanecieron inmóviles, observando cómo el hombre moría.

Ninguno de los dos dijo una palabra.

Solo se oía la respiración entrecortada de Antonio y el murmullo lejano del centro comercial, ajeno a lo que acababa de suceder.

Devan fue el primero en reaccionar.

—Abre la tapa —ordenó con voz firme.

Sandra lo miró unos segundos, incapaz de procesar lo ocurrido. Todavía tenía el pulso desbocado y las manos le temblaban.

—No.

La voz de Devan adquirió un tono más firme, cargado de autoridad.

—Abre la tapa, Sandra.

Ella dudó unos segundos, pero finalmente obedeció. Levantó la tapa del contenedor.

Devan se agachó con una serenidad inquietante. Limpió el mango de la navaja con una servilleta que encontró en el suelo, eliminando cualquier huella que pudiera incriminarlo. Después sujetó el cuerpo por los hombros y los tobillos y, con un último esfuerzo, lo introdujo en el contenedor.

Sandra permaneció inmóvil, incapaz de apartar la mirada de la escena que acababa de presenciar. Había visto morir a un hombre, pero lo que más la estremecía no era solo la violencia del momento, sino descubrir que había ocurrido a manos de Devan.

Hasta entonces lo había considerado alguien tranquilo, una persona alejada de cualquier forma de violencia, incapaz incluso de enfrentarse a alguien armado. El repartidor que ella conocía era paciente, reservado, casi incapaz de hacer daño a una mosca.

Pero el hombre que tenía delante era distinto.

Había actuado con una rapidez y una precisión que parecían impropias de él, con una agilidad que recordaba a alguien entrenado para situaciones extremas. Sandra sintió una mezcla de miedo y desconcierto. No sabía si debía temer a ese nuevo rostro de Devan o preguntarse cuántas heridas ocultaba detrás de aquella calma que siempre había mostrado.

Cuando terminó, Devan recogió la bolsa deportiva del suelo.

Abrió la cremallera.

Sus ojos recorrieron el contenido apenas un instante.

Su expresión cambió.

No era sorpresa.

Era decepción.

Cerró la bolsa de inmediato y dirigió la mirada hacia Sandra.

—Tienes que deshacerte de esto. Ahora.

Su tono no admitía réplica.

—Esa bolsa solo va a traerte problemas —añadió.

Sandra le arrebató la bolsa y la sostuvo con fuerza. Bajó la vista hacia la cremallera cerrada. Apretó los labios.

—No.

Para ella, aquella bolsa ya no contenía droga. Contenía una salida.

—Tú no eres nadie para decirme lo que debo hacer. —La voz de Sandra temblaba entre la rabia y el miedo—. Has matado a una persona delante de mí. Una persona. Y ahora pretendes que confíe en ti... No sé quién eres realmente.

Devan no respondió de inmediato. Levantó las manos despacio, mostrando que no representaba peligro alguno. Mantuvo la calma, consciente de que cualquier movimiento brusco podía hacer que Sandra se alejara aún más.

Cuando habló, lo hizo pausadamente, pronunciando cada palabra con cuidado para que su marcado acento extranjero no impidiera que comprendiera el mensaje.

—Soy tu amigo. Y quizá la única persona que está intentando protegerte de verdad.

Sandra lo observó sin responder. Aquellas palabras no borraban lo que acababa de ver.

—Pero tienes que entender algo —señaló la bolsa con la mirada —. Alguien va a venir a buscarla. No van a detenerse hasta encontrarla, y cuando descubran que la tienes tú... querrán hacerte daño.

Hizo una pausa antes de continuar.

—Déjala aquí. No merece la pena que arriesgues tu vida por algo que no te pertenece. Quienes vengan a buscarla no tendrán ningún motivo para fijarse en ti. Si la abandonamos ahora, esto acabará aquí y podrás seguir tu vida como hasta ahora.

—Conozco a alguien que puede mover la mercancía —dijo ella sin apartar la vista de la bolsa—. Con ese dinero podría ayudar a mi padre a recuperarse... y yo podría marcharme de aquí. Empezar de cero. ¿No lo entiendes? Estoy cansada de vivir así. No quiero que mi vida siga siendo la misma.

Devan negó lentamente con la cabeza.

—No lo hagas.

Esperó a que ella levantara la mirada.

—No sabes con qué clase de gente te estás metiendo. Esa bolsa no es dinero. Es una condena.

Sandra alzó la cabeza y le sostuvo la mirada. Sus dedos se aferraron con más fuerza a las asas de la bolsa.

—Una condena es seguir viviendo la vida que tengo.

Las palabras quedaron suspendidas entre ambos.

Devan ya no veía únicamente temor en su rostro. Veía desesperación. Y también una determinación que resultaba mucho más peligrosa.

Sin decir nada más, Sandra le dio la espalda y echó a andar.

—¡Sandra!

Ella ni siquiera volvió la cabeza.

Caminaba deprisa, abrazada a la bolsa como si fuera lo único capaz de mantenerla a flote.

Devan permaneció inmóvil unos segundos, observándola alejarse.

Después reaccionó. Subió al escúter, arrancó el motor y avanzó hasta situarse a su lado.

Sandra se detuvo.

Él no pronunció una sola palabra.

Solo inclinó levemente la cabeza, invitándola a subir.

Ella vaciló unos instantes.

Después montó en la parte trasera, sin soltar la bolsa.

El escúter arrancó y se perdió entre el tráfico de la avenida.

Apenas unos metros más adelante, otro repartidor circulaba en sentido contrario.

Al cruzarse con ellos reconoció a Devan.

Y también a Sandra, sentada detrás, abrazando una voluminosa bolsa deportiva.

Frunció el ceño durante un instante. Pensó que pudiera haberle pedido de nuevo el casco. Aquello era una temeridad. Si la policía los viera pudieran multarlos. Luego continuó su camino.

20

El atardecer empezaba a caer cuando un vehículo oscuro entró en el aparcamiento del centro comercial y se detuvo junto a una de las filas de coches.

Tres hombres descendieron del interior.

Habían acudido para recoger la mercancía.

Entraron en el Platoon Burger y recorrieron el restaurante con la mirada, buscando a Antonio.

No estaba.

Uno de ellos sacó el teléfono móvil y marcó su número.

Esperó.

Nadie respondió.

Lo intentó una segunda vez.

Y una tercera.

El silencio al otro lado de la línea empezó a inquietarlos.

Salieron al exterior y comenzaron a inspeccionar los alrededores.

—Aquí ha pasado algo —murmuró uno de ellos.

El más nervioso volvió a marcar el número.

De nuevo, nada.

Sin perder más tiempo y mientras seguían llamándolo al móvil, decidieron rodear la zona en busca de cualquier indicio que pudiera conducirles hasta su compañero.

Cuando alcanzaban la parte trasera del centro comercial, un sonido amortiguado llamó su atención.

Un teléfono móvil.

El tono provenía del interior de uno de los contenedores.

Los tres se quedaron inmóviles.

Se miraron un instante.

Uno de ellos dio un paso al frente y levantó lentamente la tapa.

No hizo falta decir una sola palabra.

El cadáver de Antonio yacía en el fondo del contenedor.

El teléfono seguía sonando dentro de su bolsillo.

Durante unos segundos, ninguno reaccionó.

Después, el que parecía llevar la voz cantante marcó el número de Carlos.

Al otro lado de la línea, Carlos escuchó el relato sin interrumpir.

Esperó a que terminara.

—¿La mercancía ha desaparecido? —preguntó finalmente.

—Sí.

Carlos apretó la mandíbula.

Su mente empezó a encajar las piezas con la rapidez de quien llevaba toda una vida sobreviviendo en aquel mundo.

Las casualidades no existían.

Alguien había eliminado a uno de los suyos y había desaparecido con una carga de enorme valor.

Carlos guardó silencio durante unos segundos.

Su mente repasaba posibilidades, descartando unas tras otras.

Hasta que solo quedaron dos nombres.

—Solo hay dos personas con los huevos suficientes para hacer algo así —dijo al fin—: José… y su padre, Paco. A José tendríamos que haberlo molido a golpes. Haberlo dejado inválido. Nunca debimos permitir que escapara.

Al otro lado de la línea nadie respondió.

Esperaban órdenes.

Cuando Carlos volvió a hablar, su voz había perdido cualquier rastro de emoción.

Era fría. Cortante.

—Volved al coche.

Hizo una breve pausa.

—Id al restaurante de Paco y recuperad la mercancía. Si se oponen, que se atengan a las consecuencias.

No añadió nada más.

No hacía falta.

Los tres hombres abandonaron el lugar con rapidez.

Acababan de recibir una orden que solo podía significar una cosa.

El conflicto entre las dos organizaciones criminales acababa de entrar en una fase mucho más peligrosa.

21

Sandra condujo a Devan hasta uno de los barrios antiguos de Valencia. A medida que avanzaban por sus calles estrechas, flanqueadas por pequeños comercios, cafeterías y edificios de fachadas envejecidas, el bullicio cotidiano contrastaba con la tensión que ambos arrastraban desde lo ocurrido en el centro comercial.

Finalmente, Devan detuvo el escúter frente a un local cuyo exterior resultaba imposible pasar por alto. El escaparate estaba cubierto de ilustraciones de calaveras, dragones, flores exóticas y rostros tatuados, mientras un gran rótulo negro con luces de neón, anunciaba el estudio de tatuajes Frank Tattoo & Piercing. Desde fuera ya se intuía que aquel lugar era mucho más que un negocio: era el refugio de alguien que había convertido la tinta en una forma de vida.

Al entrar, una campanilla anunció la llegada.

El estudio estaba impecablemente ordenado. El aire olía a desinfectante, mezclado con un suave aroma a incienso que apenas lograba ocultar el característico olor del material de trabajo. Bajo la intensa luz blanca, varias camillas relucían perfectamente limpias y las bandejas de instrumental descansaban preparadas. Las paredes estaban cubiertas de cientos de diseños enmarcados: desde discretos símbolos y delicadas acuarelas hasta enormes composiciones de estilo japonés, dibujos hiperrealistas y figuras de inspiración tribal. Fotografías de clientes mostraban tatuajes

cicatrizados con orgullo, como si cada imagen contara una historia diferente.

Detrás del mostrador apareció el propietario del estudio, Frank, masticando chicle.

Rondaba los cuarenta años y transmitía una seguridad tranquila, propia de alguien que llevaba toda una vida entregado a su oficio. Alto y delgado, vestía una camiseta de tirantes negra que dejaba al descubierto unos brazos cubiertos de tatuajes, desde la cabeza hasta las puntas de los dedos. Los tatuajes se superponían unos sobre otros como si su piel fuera un lienzo en permanente evolución.

Llevaba el pelo oscuro cuidadosamente peinado hacia arriba, con puntas marcadas, mientras los laterales aparecían perfectamente rapados. Varias piezas de acero adornaban sus orejas y una barba corta, impecablemente perfilada, acentuaba unos rasgos duros, casi propios de un pirata. Sus manos, largas, venosas y finas, mostraban pequeñas manchas de tinta que ni los lavados constantes conseguían borrar. Eran la prueba de las horas que pasaba dibujando esbozos sobre el papel y manejando la máquina de tatuar entre los dedos.

Al ver a Sandra, soltó un grito de alegría.

—¡Sandra! Justo estaba a punto de cerrar, pero para ti tengo todo el tiempo del mundo.

Acto seguido, comenzó a cantar, divertido, el estribillo de *All the Time of the World*, de Louis Armstrong. Sandra, entre risas, le hizo un gesto para que callara.

Después señaló a Devan.

—Frank, te presento a Devan.

Después señaló los tatuajes que recorrían su brazo.

—Él es el artista que me hizo todos estos.

El tatuador recorrió a Devan con la mirada, de arriba abajo, evaluándolo en silencio como si intentara averiguar quién era y qué papel desempeñaba en aquella visita inesperada.

Devan sostuvo la mirada sin decir una palabra. Prefirió mantenerse al margen, atento a cada gesto y a cada reacción.

Sandra, en cambio, se movía con la naturalidad de quien estaba en un lugar de confianza. Rodeó el mostrador, se acercó a Frank y

echó un rápido vistazo hacia la puerta para asegurarse de que no hubiera clientes ni curiosos al otro lado del escaparate.

Acto seguido depositó la bolsa deportiva sobre la mesa.

La cremallera se abrió lentamente.

Frank asomó la cabeza y miró el contenido.

Su expresión permaneció inmóvil durante unos segundos.

Después dejó escapar un silbido apenas audible.

—Vaya...

Sandra cerró la bolsa con calma.

Frank, sin hacer una sola pregunta, caminó hasta la entrada, bajó la persiana metálica y accionó el cierre.

El estruendo del metal al deslizarse por las guías hizo que el ambiente se volviera todavía más opresivo.

—Venid.

Los condujo hasta la trastienda, un espacio que hacía tiempo había dejado de ser solo un almacén. Una cama individual ocupaba un rincón, junto a un sofá desgastado y una pequeña mesa cubierta de tazas, ceniceros y herramientas de tatuar. En unas estanterías convivían cajas de material estéril con libros de dibujo, latas de comida y ropa doblada. Una gran pantalla plana presidía una de las paredes. Delante, un amplio puf hacía las veces de sillón y, sobre él, descansaba un mando de videojuegos. Era evidente que el tatuador pasaba allí más tiempo del que reconocería.

Sandra dejó la bolsa sobre la mesa y abrió la cremallera con decisión.

Sacó uno de los paquetes y lo sostuvo en la mano, como si por primera vez empezara a sentirse dueña de la situación.

—Comprueba la calidad —dijo, intentando transmitir una seguridad que apenas ocultaba los nervios—. Es mercancía de primera.

Frank envolvió el chicle que masticaba en un trozo de papel y lo tiró a una papelera. Tomó el paquete.

Rompió el envoltorio con cuidado y dejó caer una pequeña cantidad sobre la yema de sus dedos. No se apresuró. Observó el polvo durante unos segundos, fijándose en su textura y en la forma en que se agrupaba.

Después lo frotó lentamente entre los dedos, comprobando su consistencia, y acercó a su lengua una pequeña cantidad para analizarlo con una mezcla de cautela y experiencia.

Su expresión cambió apenas.

No necesitaba demasiado tiempo para hacerse una idea.

—¿De dónde has sacado esto?

Sandra cruzó los brazos.

Su rostro permaneció impasible.

—Digamos que me la encontré en una playa.

Hizo una breve pausa antes de añadir:

—Alguien perdió el cargamento mientras huía de la Guardia Civil.

Frank la observó fijamente.

Sabía que aquella historia era una mentira mal construida.

También sabía que era mejor no hacer más preguntas.

En su mundo, cuanto menos se conocía el origen de ciertas cosas, más tiempo se seguía con vida.

Después dirigió una mirada de reojo al hombre moreno que la acompañaba. No tardó en deducir que él estaba relacionado con todo aquello.

Volvió a mirar la bolsa.

Esta vez su expresión era distinta.

Ya no había curiosidad.

Había cálculo.

—¿Sabéis realmente lo que tenéis aquí?

Sandra y Devan permanecieron en silencio.

El hombre dejó escapar una leve sonrisa, más de sorpresa que de admiración.

—Tengo contactos. Gente que sabe cómo mover ciertas cosas.

Se acercó a la mesa, volvió a abrir la bolsa deportiva y observó el contenido con detenimiento. Sus ojos recorrieron los paquetes mientras hacía sus propios cálculos en silencio.

—No es una cantidad pequeña.

Sandra dio un paso hacia él.

—¿Cuánto?

El tatuador tardó unos segundos en responder.

Volvió a mirar la mercancía, como si necesitara asegurarse de que sus propias estimaciones eran correctas.

—Es difícil calcularlo con exactitud...

Hizo una pausa.

—Pero diría que estamos hablando de una cifra entre trescientos mil y cuatrocientos mil euros. Quizá más. ¿Quinientos mil? Es una posibilidad bastante real.

Agarró la bolsa por las asas y la levantó con esfuerzo, valorando su peso.

—Pesa una barbaridad. Hay más de treinta kilos aquí dentro.

Sandra abrió los ojos.

Durante unos instantes pareció que su mente era incapaz de asimilar aquella cantidad.

—¿Tanto?

Frank asintió lentamente.

—Esto no es una carga corriente. Es cocaína de alta pureza. No es algo que se vea todos los días. La cantidad que tenéis delante podría cambiarle la vida a cualquiera.

Mientras Devan se mantenía en silencio, alerta y desconfiado, aquella información había dejado a Sandra completamente paralizada.

Durante toda su vida había convivido con las mismas preocupaciones: la falta de dinero, las limitaciones y la sensación constante de que cualquier puerta que intentaba abrir terminaba cerrándose delante de ella.

Y ahora, de repente, tenía algo distinto frente a sus ojos.

Una salida.

Una oportunidad.

La posibilidad de empezar de cero.

Una sonrisa apareció lentamente en su rostro, como si por primera vez en mucho tiempo pudiera imaginar un futuro diferente.

Sin pensarlo, se acercó a Devan y lo abrazó con entusiasmo.

Él permaneció inmóvil durante unos segundos, sorprendido por aquel gesto inesperado.

No podía compartir su alegría.

Mientras Sandra veía una oportunidad, él solo veía el peligro que ella todavía se negaba a aceptar.

Frank rompió el momento con una actitud más práctica y urgente.

—Haré unas llamadas.

Miró la bolsa y después a Sandra.

—Pero esto tiene que moverse rápido. No puedes ir por la ciudad con todo esto encima durante demasiado tiempo.

—¿Por qué?

Frank soltó una breve carcajada.

—¿Cómo que por qué, Sandra? Llevar todo esto encima es como llevar una diana en la espalda.

Sandra asintió lentamente, empezando a comprender la gravedad de la situación.

—Entonces, en cuanto consigas un comprador, nos deshacemos de todo esto. ¿Qué te parece un diez por ciento de comisión?

Frank arqueó una ceja.

—Un quince.

Sandra dudó apenas un instante.

Sonrió.

Después extendió la mano.

—Trato hecho.

Frank se la estrechó.

Él separó el paquete abierto y lo dejó a un lado.

—Me quedaré una muestra para mostrar la calidad. Estate atenta al móvil. Te llamaré esta noche.

Sandra asintió, todavía aturdida por la magnitud de la cifra que había escuchado. Nunca había imaginado que pudiera tener tanto dinero al alcance de la mano.

Devan, en cambio, siguió sin decir una palabra.

Mientras observaba la bolsa sobre la mesa, comprendió algo que llevaba intentando evitar desde que había llegado a España.

El pasado del que había huido no había quedado atrás.

Simplemente había estado esperando el momento adecuado para encontrarlo.

Quería pensar que estaba equivocado. Pero, en el fondo, sabía que los problemas no tardarían en llegar. Solo esperaba poder anticiparse a ellos antes de que fuera demasiado tarde y evitar que alcanzaran a Sandra.

22

Cuando salieron del estudio de tatuajes, Sandra caminó junto a Devan, todavía con una mezcla de nerviosismo y entusiasmo latiéndole en el pecho. Él sujetaba la bolsa por un asa y ella por la otra, compartiendo su peso entre ambos.

—Ahora podemos dar un paseo un par de horas para matar el tiempo. —Levantó ligeramente la bolsa—. Pero antes tengo que dejar esto en mi casa.

Devan se detuvo en seco.

La observó con expresión seria.

—No.

Sandra frunció el ceño.

—¿Por qué?

Él respondió sin vacilar.

—Porque es peligroso.

—Nadie sabe dónde vivo.

Devan negó despacio.

—El problema es que no tienes ni idea de quién puede estar buscándola. Has oído el valor que tu amigo le dio a todo lo que lleva dentro. Ahora mismo debe de haber gente preguntándose dónde está.

Sandra desvió la mirada.

No quería escuchar sus advertencias. Para ella, aquella bolsa representaba una oportunidad irrepetible, una que quizá nunca volvería a presentarse.

—Confía en mí.

Devan guardó silencio.

Sabía que era una mala idea. También sabía que no podía obligarla a cambiar de opinión.

—Será solo unas horas —insistió—, hasta que Frank me llame y nos diga dónde reunirnos con el comprador.

Devan dejó escapar un suspiro resignado. Terminó por ceder.

—Está bien.

Sandra esbozó una leve sonrisa.

Al llegar al apartamento, abrieron la puerta y entraron procurando no hacer ruido.

El interior estaba en penumbra.

Entonces lo vieron.

El padre de Sandra yacía desplomado en el suelo del salón, completamente ebrio, incapaz de incorporarse.

Ella cerró los ojos un instante.

No era la primera vez.

—Papá...

Se arrodilló a su lado y le dio unas suaves palmadas en la mejilla, intentando despertarlo.

Devan acudió enseguida para ayudarla. Entre los dos lograron incorporarlo y llevarlo hasta el sofá, donde lo dejaron recostado con cuidado.

El hombre apenas reaccionó. Murmuró unas palabras ininteligibles y volvió a quedar inmóvil.

Sandra soltó un largo suspiro.

Después tomó la bolsa deportiva y recorrió el salón con la mirada, buscando un lugar donde ocultarla.

Abrió un armario, apartó unas mantas viejas y varios trastos acumulados, y deslizó la bolsa hasta el fondo antes de cubrirla con todo lo que encontró.

Cuando cerró la puerta del armario, creyó que todo había terminado.

Lo que no vio fue que su padre había entreabierto los ojos. Solo unos segundos. Los suficientes para observar la escena sin que ninguno de los dos se diera cuenta. Alcanzó a ver la bolsa y el lugar

exacto donde su hija la había escondido. Luego siguió fingiendo que estaba dormido.

Sandra parecía satisfecha.

Por primera vez en mucho tiempo sentía que algo podía cambiar.

Se giró hacia Devan con una sonrisa.

—Ahora quiero enseñarte algo.

Él la miró con curiosidad.

—¿El qué?

—La ciudad.

Hizo un gesto hacia la puerta.

—Hay lugares que seguro que todavía no conoces.

Devan miró de reojo el armario donde estaba escondida la bolsa.

Seguía incómodo.

Sabía que dejar aquella mercancía allí era un riesgo enorme.

Pero Sandra parecía ilusionada. Por unos instantes quería olvidar el miedo, la amenaza y todo lo que acababan de vivir.

Una vez más, aceptó.

Salieron del apartamento y cerraron la puerta tras ellos.

Sin saber que, dentro, habían descubierto su secreto.

23

En la cocina del restaurante Paco reinaba el ajetreo propio del comienzo del servicio de cena. El calor que escapaba de los fogones envolvía la estancia, mezclándose con el aroma del ajo sofrito, la carne a la plancha y las salsas que hervían lentamente en los cazos.

Cocineros se movían de un lado a otro sin apenas detenerse. Uno picaba cebollas con una rapidez mecánica mientras otro removía una enorme olla de caldo. Junto a la plancha, un tercero daba la vuelta a varios filetes que chisporroteaban sobre el acero al rojo vivo. Al fondo, el más joven emplataba los platos con precisión mientras las comandas no dejaban de entrar.

—¡Dos arroces, una lubina y tres entrecots! —gritó un camarero al cruzar la puerta abatible.

—¡Marchando! —respondió alguien sin apartar la vista de la sartén.

Los cuchillos golpeaban las tablas de cortar con un ritmo constante. Las campanas extractoras rugían sobre sus cabezas. El aceite crepitaba, los platos chocaban unos contra otros y las voces se superponían formando una sinfonía de prisas perfectamente sincronizada. Cada trabajador conocía su lugar y sus movimientos, ejecutándolos casi por instinto.

La rutina se quebró cuando la puerta trasera del local se abrió de golpe.

Tres hombres entraron sin llamar ni pedir permiso.

No eran clientes.

Bastó un instante para que el ambiente cambiara.

Las conversaciones cesaron. Los cuchillos dejaron de moverse. Incluso el sonido de las sartenes pareció perder fuerza mientras todas las miradas se dirigían hacia los recién llegados.

Uno de los hombres señaló a los cocineros de origen chino y, con una sonrisa burlona, comentó a los otros dos:

—Mirad eso... chinos haciendo paellas valencianas.

Los tres soltaron una carcajada.

—Luego les dejaré una estrella en Google y pondré que aquí la comida es «Made in China», para que la gente esté avisada.

Y soltó una carcajada, divertido por su propio comentario.

—Y ya de paso, que añadan chow mein al menú —añadió otro con sorna.

Paco apareció desde el pasillo.

Avanzó dando un par de palmadas para mantener el ritmo de trabajo.

—¡Vamos, vamos! ¡Que esas comandas no se hacen solas!

De repente reparó en los visitantes.

Su sonrisa desapareció.

Los reconoció al instante.

Eran hombres de Carlos.

Uno de ellos dio un paso al frente.

—Sabemos que tenéis lo nuestro.

Durante unos segundos, nadie habló.

Paco sostuvo su mirada sin alterarse. Por fuera parecía tranquilo, pero en sus ojos apareció un destello de advertencia.

—No sé de qué me estás hablando. Y te aconsejo que no pongas a prueba mi paciencia. Mi hijo hizo negocios en vuestra zona. Bien. Lo reconozco. Después fuisteis vosotros quienes tomasteis la decisión de darle una paliza. No dije una palabra. Se la había ganado por imprudente; le advertí una y otra vez y prefirió ignorarme. Pero ahora os presentáis en mi restaurante, con aires de chulos, provocándome, acusándome de tener algo vuestro...

Se encogió de hombros y señaló con un gesto la cocina, donde el trabajo volvía poco a poco a reanudarse.

—Como podéis ver, tenemos el restaurante lleno y bastante trabajo. No estoy para perder el tiempo con historias que ni siquiera entiendo. Así que os agradecería que os marcharais... antes de que tenga que echaros yo mismo.

El hombre esbozó una sonrisa cargada de desprecio.

—Mientes.

Paco entrecerró los ojos.

No estaba acostumbrado a que nadie le hablara de ese modo.

—En mi restaurante nadie me habla así.

Otro dio un paso al frente, invadiendo su espacio.

—Nosotros tampoco hemos venido a perder el tiempo.

Nadie dijo una palabra.

El ambiente se tensó de inmediato.

La cocina volvió a detenerse.

Los dos cocineros de origen chino intercambiaron una breve mirada. Sabían que, si la situación se torcía, tendrían que intervenir.

La puerta se abrió de nuevo.

José entró con una bandeja entre las manos y una sonrisa distraída, completamente ajeno a lo que estaba ocurriendo.

En cuanto vio a los tres hombres, se detuvo en seco.

La sonrisa se borró de su rostro.

Dejó la bandeja sobre una mesa de acero inoxidable y caminó hasta situarse junto a su padre.

A su alrededor, los cocineros permanecían inmóviles, observando la escena.

Uno sujetaba una cacerola detrás de la espalda.

Otro aferraba el mango de una pesada sartén de hierro con tanta fuerza que los nudillos se le habían puesto blancos.

Los dos cocineros de origen chino aferraban con firmeza sus cuchillos de chef.

Ninguno apartaba la vista de Paco.

Todos lo conocían demasiado bien.

Sabían que, cuando guardaba silencio, era porque estaba valorando cómo actuar.

Y también sabían que bastaría una sola palabra... o un simple gesto... para que todos intervinieran.

Uno de los hombres de Carlos clavó la mirada en José y sonrió con burla.

—Mirar quién ha llegado.

Hizo una pausa, disfrutando del momento.

—El camello.

Otro soltó una carcajada.

—¿No tuviste bastante la última vez?

José apretó la mandíbula.

Las manos se le cerraron en dos puños.

La provocación había surtido efecto.

La cocina quedó sumida en un silencio absoluto, tan denso que el chisporroteo de una sartén al fondo parecía el único sonido capaz de romperlo.

Durante un instante nadie supo quién daría el primer movimiento.

José reaccionó rápidamente: cogió un cuchillo de cocina y se lo clavó en el hombro al que acababa de hablar.

Los otros dos se llevaron las manos a la cintura, buscando sus pistolas, pero ya era demasiado tarde.

Los cocineros reaccionaron de inmediato. Blandiendo sartenes y cacerolas, descargaron una lluvia de golpes sobre la cabeza de los dos matones hasta dejarlos inconscientes. Los chinos se acercaron y los remataron con sus cuchillos, con tanta naturalidad como si fueran animales de corral.

Paco se agachó frente al primero, que había quedado sentado en el suelo, herido y apoyado contra un frigorífico industrial. La sangre le empapaba la ropa y se extendía lentamente por las baldosas.

—Puedes morir aquí desangrado. Pero, si me cuentas todo lo que sabes, te dejaremos a las puertas de un hospital.

El hombre respiraba con dificultad.

—Por... favor... No quiero morir.

Paco lo sostuvo por la barbilla para obligarlo a mirarlo a los ojos.

—Entonces habla. ¿Por qué habéis venido? ¿Qué creíais que tenía yo?

Con la voz entrecortada, comenzó a contar cuanto sabía.

Les explicó que un nuevo contacto les estaba enviando desde Marruecos una mercancía de gran valor. Uno de los suyos, Antonio, era el encargado de entregársela a Carlos, pero alguien lo interceptó antes de que pudiera hacerlo. Lo habían asesinado y abandonado su cuerpo en el interior de un contenedor de basura de un centro comercial. Además, el alijo, oculto en una bolsa deportiva, había desaparecido. Creían que José y sus compañeros estaban detrás de aquello, ya que Carlos dijo que nadie más podía haber hecho algo así.

Al escuchar las palabras «centro comercial», Paco se irguió de inmediato.

—¿En qué lugar exactamente?

—Junto al Platoon Burger.

Cuando terminó de hablar, comprendió por la expresión de Paco que nunca había tenido intención de cumplir su promesa.

No tuvo tiempo de decir una palabra más. Ni siquiera de gritar.

Paco actuó con rapidez. Le sujetó la mandíbula con una mano y la cabeza con la otra, y con un movimiento seco terminó con él, partiéndole el cuello.

Después levantó la vista y cruzó una mirada con su hijo.

Paco ya conocía la respuesta. En el fondo, ambos habían llegado a la misma conclusión, pero necesitaba escuchar el nombre en voz alta.

—¿Quién crees que sería capaz de matar con esa sangre fría y tirar un cadáver a un contenedor en un centro comercial?

José mantuvo la mirada fija en su padre durante unos segundos.

—Devan... —murmuró finalmente.

La sospecha quedó confirmada entre ambos.

Dedujeron que, al trabajar como repartidor en el centro comercial, Devan había tenido la oportunidad de ver al correo de Carlos con la mercancía, seguir sus movimientos y aprovechar el momento oportuno para arrebatársela.

Paco le dio una palmada en el hombro y señaló con la cabeza los cuerpos tendidos sobre el suelo de la cocina.

—Deshaceos de ellos... y después acaba de una vez con ese extranjero.

24

Devan conducía el escúter por las calles de Valencia mientras Sandra lo abrazaba por la cintura.

La ciudad había cambiado con la llegada de la noche. Las luces de los edificios, las terrazas seguían llenas de clientes, y el murmullo constante del tráfico se mezclaba con la música que escapaba de algunos locales.

Las calles del centro, iluminadas por farolas y escaparates, parecían mucho más tranquilas que durante el día, como si la ciudad mostrara una versión diferente de sí misma cuando el sol desaparecía.

Mientras avanzaban entre las avenidas y las calles más estrechas, Sandra señalaba de vez en cuando algún edificio emblemático, una plaza escondida o un rincón de la ciudad que guardaba un recuerdo especial para ella.

—Ahí está uno de los sitios más antiguos de Valencia —le explicó, levantando la voz para que pudiera escucharla por encima del ruido del motor—. Y ese barrio... antes era muy diferente. Mi madre me contaba historias de cuando era joven.

Devan no estaba acostumbrado a que alguien compartiera con él cosas tan sencillas. Durante años había vivido rodeado de secretos, órdenes y desconfianza. Su mundo siempre había estado marcado por la necesidad de sobrevivir, por mirar por encima del hombro y no confiar en nadie.

Pero aquella noche era distinto.

Después de recorrer varias calles, dejaron atrás el bullicio del centro y llegaron hasta una zona cercana al mar.

El sonido de las olas sustituyó al ruido de los coches. La brisa nocturna traía el olor salado del Mediterráneo mientras las luces de la ciudad quedaban a sus espaldas, formando un reflejo lejano sobre la oscuridad del agua.

Se sentaron sobre unas rocas con un helado en la mano, observando cómo las olas rompían suavemente contra la orilla.

Cuando terminaron de tomarse las tarrinas, permanecieron mirando el horizonte en silencio.

Por unos minutos, ninguno de los dos necesitó decir nada.

Ella parecía imaginar una vida diferente.

—Cuando tengamos el dinero, me iré a Francia.

Devan giró la cabeza para mirarla.

—¿Francia?

Sandra sonrió, con la mirada perdida en algún punto del horizonte.

—Sí. Allí vive mi abuela. En Antibes, una ciudad junto al mar, entre Niza y Cannes. Tiene un pequeño local vacío, cerca del museo Picasso, que lleva años esperando que alguien le dé vida. Cuando mi madre murió de cáncer, hace tres años, me pidió una y otra vez que me fuera allí. Pero nunca encontré el valor para hacerlo.

Hizo una pausa y bajó la mirada.

—No podía dejar solo a mi padre. Desde que murió mi madre, se refugió en el alcohol y nunca volvió a ser el mismo.

Hizo una breve pausa antes de continuar.

—Pero ahora las cosas pueden cambiar. Podrá entrar en una clínica de rehabilitación y, si después quiere quedarse, tiene la opción de ir a una residencia de ferroviarios. Él fue maquinista durante muchos años. Y podrá vender el apartamento o ponerlo en alquiler y vivir de lo que saque.

Sonrió levemente.

—Y si consigue recuperarse de verdad... quizá pueda irse a vivir con mi abuela. Sé que a ella le haría mucha ilusión. ¿Sabes a qué se dedica?

Devan negó con la cabeza.

—Trabaja en la biblioteca Albert Camus de Antibes. Tiene más de setenta años y, aun así, le permiten trabajar media jornada como bibliotecaria. Es una excepción. Hace años donó más de cinco mil libros a la biblioteca; por lo visto, muchos eran primeras ediciones de bastante valor. Desde muy joven ha sido una lectora voraz. En agradecimiento, el ayuntamiento le ofreció ese puesto para que pudiera mantenerse activa y hacer algo que siempre le ha apasionado.

Sonrió.

—Creo que estoy hablando demasiado.

Después volvió a sonreír con más entusiasmo, como si por fin se permitiera imaginar la posibilidad de viajar hasta allí.

—Pero cuando tengamos el dinero, lo haré. Me iré a Antibes. Abriré una cafetería en el local de mi abuela. Prepararé mi propia repostería, mis cruasanes... Ella me enseñó el secreto para hacerlos caseros. Será algo pequeño, sencillo, pero mío.

Sus ojos brillaron y levantó la mirada hacia un punto lejano, como si ya pudiera verlo.

—Mi cafetería será conocida por sus cruasanes. ¿Te das cuenta? Al final, todo se reduce a algo sencillo: café y cruasanes.

Por primera vez en mucho tiempo, hablaba de un futuro que no parecía imposible.

Hizo una pausa y lo observó con curiosidad.

—¿Y tú? ¿Cuál es tu sueño?

Devan se quedó pensativo durante unos segundos.

La pregunta parecía más difícil de responder que cualquier otra que le hubieran hecho.

Finalmente, una pequeña sonrisa apareció en su rostro.

—Trabajar contigo en la cocina.

Sandra soltó una carcajada.

—¿Tú? ¿De cocinero?

—Podría aprender. Quizá le caiga bien a tu abuela y termine enseñándome el secreto de sus cruasanes.

Los dos rieron.

Durante unos instantes parecían dos personas normales hablando de un futuro que podía hacerse realidad. Sin

persecuciones, sin secretos, sin miedo. Solo dos personas imaginando una vida distinta.

Sandra lo miró con una expresión soñadora.

—Todo está conectado.

Devan frunció ligeramente el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—Tú, yo, esta oportunidad, el dinero... ¿No te das cuenta? Es como si estuviéramos viviendo una versión real de Frankie y Johnny: tú eres Al Pacino y yo, Michelle Pfeiffer. No creo que todo esto sea una casualidad. Está pasando por alguna razón.

Asintió suavemente con la cabeza, convencida de sus propias palabras.

—Estaba escrito.

Devan sonrió.

—No creo en eso.

—¿No?

—No. El destino no está escrito. Lo construimos nosotros con las decisiones que tomamos.

Sandra lo observó durante unos segundos.

Después sonrió.

—Entonces decide algo.

Se acercó un poco más a él.

—Ven conmigo a Francia —Sonrió y añadió—. Podemos ser socios.

Devan no respondió de inmediato.

Volvió la mirada hacia el mar.

—Vamos, Devan —lo animó Sandra—. Atrévete. Demuéstrate que todo esto no es una coincidencia. Toma una decisión, ahora mismo.

Él pensó en todo lo que había dejado atrás. En las personas que había perdido. En todo aquello que llevaba años intentando olvidar.

Por primera vez, la idea de empezar de nuevo no parecía una fantasía.

Finalmente, asintió.

—Pero nos iremos de aquí en cuanto consigamos el dinero. Si lo tenemos esta noche, mañana cogeremos el primer tren a Francia.

Una nueva sonrisa se dibujó en el rostro de Sandra.

Y, sin decir nada más, se acercó a él y lo besó.

25

En una de las salas acristaladas de la planta superior de la discoteca La Florida, Frank permanecía sentado frente a Carlos. Mateo se mantenía de pie junto a su jefe, mientras varios hombres contemplaban el movimiento del local a través de los ventanales.

Desde aquella posición dominaban la pista, bañada por luces de colores, los neones que se reflejaban sobre las copas y el constante trasiego de clientes.

La noche ya había tomado el control del lugar. La música golpeaba con fuerza desde los altavoces, decenas de personas bailaban entre risas y vasos en la mano, y el ambiente de fiesta contrastaba con la tensión que reinaba en aquella sala de la planta superior.

Frank dejó sobre la mesa una pequeña muestra.

Carlos la observó durante unos segundos.

Después la probó.

Su expresión cambió de inmediato.

No necesitó más.

Reconoció la calidad. Alzó la vista y sostuvo la mirada de Mateo durante unos segundos. Después la desvió hacia el tatuador, observándolo con suspicacia.

—Esto es nuestro.

Frank frunció el ceño, confundido.

No entendía a qué se refería.

—¿Cómo?

Carlos se irguió en el asiento y levantó una mano con gesto firme, imponiendo silencio antes de continuar.

—Que esto es nuestro, joder. No hay duda. Una calidad así solo puede proceder de un cargamento que hemos perdido. Nadie en la calle podría haber tenido acceso a ella antes que nosotros.

—No, no es posible…

Carlos soltó una carcajada, pero se puso serio al instante. Miró primero a Mateo y después al tatuador.

—¿Hace falta que te lo tatúe en la frente para que lo entiendas?

Su tono fue seco, cargado de amenaza.

Mateo dio un paso al frente y permaneció de pie junto a su jefe, atento a la espera de cualquier orden.

Los hombres que permanecían alrededor dejaron de prestar atención al exterior y se centraron en la conversación. Conocían bien a su jefe y sabían interpretar cualquier cambio en su voz.

Frank tragó saliva.

Por primera vez comprendió que aquella reunión no iba a terminar en una simple negociación.

Había acudido a Carlos porque, entre camellos y distribuidores, tenía fama de ser uno de los narcotraficantes más importantes de la zona, alguien con los contactos y la capacidad necesarios para hacerse cargo de una cantidad de droga tan grande como la que contenía aquella bolsa deportiva.

Pero ahora empezaba a comprender que había cometido un error.

Levantó las manos.

—Te juro que no sabía nada. No soy tan gilipollas como para meterme en algo así.

Carlos se inclinó hacia él.

—¿De dónde lo has sacado?

La pregunta salió como una orden.

Frank comenzó a explicar todo.

Habló de Sandra, de la bolsa, del encuentro en su estudio y de la mercancía que ella había llevado hasta allí.

Cuando terminó, Carlos permaneció unos segundos en silencio.

Había algo que no encajaba.

Una camarera de Platoon Burger no podía haber organizado aquello.

No por iniciativa propia.

—Mientes.

—No, no... Por Dios, no miento. ¿Por qué iba a hacerlo?

Carlos lo observó en silencio durante unos segundos.

—Esa chica no ha podido hacer esto sola. Cargarse a uno de mis hombres, meterlo en un contenedor y tener los suficientes cojones para largarse con una bolsa llena de droga...

Hizo una pausa y miró a los hombres que permanecían a su alrededor.

—No tiene sentido, ¿verdad chicos?

Ellos negaron con la cabeza y cruzaron miradas, dejando claro que compartían la misma opinión.

Frank abrió la boca para hablar. Iba a mencionar al extraño que acompañaba a Sandra, el hombre de piel morena que había estado con ella.

Pero antes de que pudiera decir una palabra, Carlos intervino.

Golpeó suavemente la mesa con las yemas de los dedos.

—Esto es obra de José.

Frank guardó silencio.

No sabía quién era aquel tal José ni qué relación tenía con todo aquello, pero comprendió que no era el momento de decir nada más. Su única prioridad era salir con vida de aquél lugar.

Si Carlos quería culpar a otra persona, él no iba a interponerse.

Cuanto menos hablara, mejor.

Solo quería marcharse de allí.

Carlos continuó hablando, como si las piezas del rompecabezas empezaran a encajar delante de él.

—Debe de ser su novia. José le robó la mercancía a nuestro contacto, ella se la quitó a él y después intentó vendértela. O… también… cabe la posibilidad de que José le haya mandado a ella vendértela.

Una sonrisa cargada de desprecio apareció en su rostro.

Mateo intervino:

—Conociendo a José, estoy convencido de que está haciendo esto a espaldas de su padre. Paco nunca ha querido enfrentarse directamente a nadie.

Señaló con la cabeza al tatuador.

—La chica debió de hablarle de Frank. Por eso han intentado deshacerse de la droga a través de él.

Carlos asintió.

—Ella no tiene ni idea de dónde se ha metido.

Sacó el teléfono del bolsillo y revisó la pantalla una vez más.

Desde hacía horas intentaba ponerse en contacto con los hombres que había enviado al restaurante Paco para que hicieran pagar a José por lo ocurrido y recuperar la mercancía.

Ninguno había respondido.

Y Carlos sabía perfectamente lo que eso significaba.

No estaban ignorando sus llamadas.

Ya no podían contestarlas.

Alzó la mirada y la clavó en Mateo, manteniendo el móvil en alto, como si quisiera hacerle comprender la gravedad del asunto.

—Están muertos —dijo finalmente.

Hizo una breve pausa, sin que la noticia pareciera provocarle la menor emoción. Después guardó de nuevo el móvil en el bolsillo.

—De José ya nos ocuparemos después. Y de su padre, también. Paco habrá intervenido, aunque no apruebe lo que hace su hijo. Ahora mismo, lo único que importa es recuperar la mercancía.

Se inclinó hacia Frank, que permanecía aterrado, tratando de ocultar el miedo.

—Ahora vas a decirles a mis hombres dónde vive esa chica. Porque la mercancía está con ella.

Complacido al comprobar el terror que había despertado en él, añadió:

—Pero antes vas a llamarla.

Frank asintió sin atreverse a discutir.

Poco después, Mateo abandonó La Florida acompañado por varios de sus hombres.

Su destino: el apartamento de Sandra.

26

En el centro comercial, uno de los empleados de Paco levantó la tapa del contenedor con cuidado y alumbró el fondo con la linterna de su teléfono móvil.

En cuanto el aire del interior escapó, el hombre apartó ligeramente el rostro, incapaz de evitar la reacción ante el olor que desprendía.

José se acercó y se asomó también al interior.

No necesitó más que unos segundos para comprender lo ocurrido.

—Joder...

Se apartó de inmediato.

—Ciérralo.

El hombre bajó la tapa rápidamente.

José sacó el teléfono móvil y marcó el número de su padre.

—Sí, papá. Lo hemos encontrado. Está muerto... y es uno de los hombres de Carlos.

Escuchó en silencio la respuesta al otro lado de la línea.

Su expresión cambió.

La mandíbula se le tensó.

—Entendido.

Permaneció callado durante unos segundos.

—Lo encontraremos.

Colgó.

Paco había sido claro desde el principio.

Si conseguían la mercancía antes que Carlos, se quedarían con ella.

Y, para él, solo había una persona con los conocimientos, la oportunidad y la sangre fría necesarias para hacer desaparecer la mercancía sin dejar ningún rastro.

Devan.

José salió del callejón y regresó a la zona de aparcamiento del centro comercial.

Allí encontró a dos repartidores sentados sobre sus escúteres, descansando mientras esperaban nuevos pedidos. La noche seguía su curso con normalidad.

José se acercó. Y dijo sin más:

—Necesito encontrar a Devan.

Los dos jóvenes se miraron entre ellos.

Uno negó con la cabeza.

—No sé quién es.

El otro, en cambio, sonrió al escuchar el nombre.

—Yo sí.

Se apoyó despreocupadamente sobre el manillar de su escúter.

—Un tío con suerte.

José frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir?

El repartidor soltó una pequeña risa.

—Que llega nuevo, sin conocer a nadie, y de repente acaba saliendo con la chica de Platoon Burger. El otro día incluso le dejé un casco para que pudiera llevarla en su escúter.

Hizo un gesto con la cabeza hacia el restaurante.

—Es la camarera guapa que trabaja ahí. Pero esta noche no los he visto a ninguno de los dos.

José permaneció serio.

—¿Sabes dónde puedo encontrarlo?

Hizo una breve pausa, buscando una excusa convincente.

—Tengo que darle un recado urgente de su familia. Su madre está hospitalizada y necesitan localizarlo.

El repartidor frunció ligeramente el ceño mientras pensaba.

—No estoy seguro.

Se encogió de hombros.

—Aunque quizá esté en casa de ella.

José lo miró fijamente.

—¿Por qué?

El joven sonrió con cierta picardía.

—Porque la última vez que los vi fue hace unas horas y estaban bastante juntos.

Soltó una pequeña carcajada ante su propia insinuación.

—Además, iban en dirección a su casa. O eso parecía por el camino que tomaron.

José mantuvo la mirada fija en él.

—¿Sabes dónde vive ella?

El repartidor asintió lentamente.

—Sí. Una vez la llevé hasta allí. Estaba lloviendo a mares y no tenía cómo volver. Es un sitio un poco complicado para llegar.

Tras escuchar la dirección, José dio la conversación por terminada. Ya tenía la información que buscaba.

27

Sandra y Devan estaban en un pub del centro de Valencia.

Duel (Dim Zach Remix), de Sophie Ellis-Bextor, hacía vibrar el local con su ritmo envolvente. Sandra se movía por la pequeña pista de baile al ritmo de la música, completamente entregada al momento, como si cada compás consiguiera borrar, aunque solo fuera por unos minutos, la bolsa, el peligro y todo lo ocurrido aquel día.

Desde la barra, Devan la observaba con una mezcla de fascinación y preocupación.

Sandra era impulsiva.

Vivía cada instante como si el mañana no existiera.

Dos jóvenes se acercaron a ella bailando, intentando ligar. Sandra sonrió sin dejar de moverse al ritmo de la música y, ante la sorpresa de Devan, lo señaló con un gesto. Los dos muchachos se volvieron hacia él, intercambiaron una sonrisa cómplice con Sandra y, comprendiendo el mensaje, se alejaron hacia otro extremo de la pista de baile.

Sin dejar de contonearse, Sandra cruzó una mirada con Devan desde la distancia. Ambos sonrieron, compartiendo una complicidad que no necesitaba palabras.

De pronto, una vibración en el bolsillo la hizo detenerse.

Sacó el teléfono y miró la pantalla.

Varias llamadas perdidas.

Su expresión se tensó apenas un instante.

Sin perder tiempo, devolvió la llamada.

Era Frank.

—¿Dónde estás? —preguntó él nada más contestar—. ¿Estás en casa?

Su voz sonaba impaciente.

Sandra se alejó unos metros de la música para poder oír con claridad.

—No. Estoy fuera.

—¿La mercancía está contigo?

Ella dudó una fracción de segundo.

—No... La he dejado... —Se interrumpió, consciente de que acababa de decir más de la cuenta—. La he dejado en casa.

Al otro lado de la línea se hizo un breve silencio.

—¿En tu casa? ¿Estás loca? Escúchame bien: necesito que vengas ahora mismo a mi estudio con la mercancía. Tengo un comprador esperando.

Sandra recorrió el pub con la mirada.

—¿Ahora? Estupendo.

—Sí, ahora. Y date prisa. Ve a tu casa, coge la bolsa y te vienes. No puedo hacer esperar a alguien que mueve esa cantidad de dinero.

La llamada terminó.

Sandra guardó el móvil y regresó junto a Devan.

—Tenemos que irnos.

Él leyó la urgencia en su rostro al instante.

No hizo preguntas.

Simplemente la siguió.

Al salir del pub, Sandra y Devan se perdieron entre las calles iluminadas del centro de Valencia. El bullicio de la noche los envolvía mientras caminaban con paso decidido.

A cierta distancia, un coche avanzaba despacio, casi deslizándose entre el tráfico. No parecía diferente de los demás, pero sus ocupantes no estaban disfrutando de la noche.

José ocupaba el asiento del copiloto. Desde que el repartidor del centro comercial les había facilitado la dirección del apartamento de Sandra, llevaban varios minutos recorriendo las calles del barrio.

Estaba convencido de que se habían equivocado de zona; quizá el repartidor les había dado en castellano una dirección cuyo original en valenciano tenía otro significado. Habían intentado localizar la dirección en Google Maps, pero la búsqueda los había llevado hasta un pequeño supermercado Consum.

El coche avanzaba despacio mientras José examinaba el nombre de la calle.

Su mirada recorría los portales con la paciencia de un cazador.

Estaba a punto de ordenar que regresaran al aparcamiento del centro comercial para pedirle al repartidor la dirección correcta cuando, de pronto, algo captó su atención.

Dos figuras avanzaban por la acera con paso decidido. José las siguió con la mirada hasta reconocer al extranjero.

Entrecerró los ojos.

—Devan...

No esperaba encontrarlo allí. Y mucho menos acompañado por una joven de gran atractivo que caminaba a su lado con total naturalidad.

Una sonrisa fría se dibujó en su rostro.

—Ahí está. Y esa de ahí debe de ser la empleada del Platoon Burger.

Los dos hombres que viajaban con él giraron la cabeza y, casi al mismo tiempo, llevaron la mano hacia las puertas del coche, dispuestos a salir.

—¿Vamos?

—No.

La respuesta fue seca.

Los dos hombres soltaron las manillas de las puertas.

—La tía no está mal, ¿eh?

—¿Qué habrá visto en él?

José continuó observándolos unos segundos más antes de añadir:

—Si ese idiota está con la chica, significa que ella también sabe dónde está la mercancía. Dejemos que sean ellos quienes nos conduzcan hasta el apartamento.

José señaló discretamente hacia la pareja.

—Mantened la distancia. No quiero que sospechen. En cuanto lleguen... actuaremos.

El conductor asintió y aceleró con suavidad.

El coche se fundió con el tráfico nocturno y comenzó a seguirlos sin levantar sospechas. Unos metros por delante, Sandra y Devan caminaban ajenos al peligro.

Cuando estaban a punto de llegar al escúter, aparcado junto a la acera, Sandra se detuvo en seco frente a una pequeña pizzería.

—Espera un momento.

Sin añadir nada más, se dispuso a entrar en el local.

Devan la observó desde la puerta, extrañado.

—¿Qué haces? ¿Ahora te ha entrado hambre?

Sandra esbozó una leve sonrisa y negó con la cabeza.

—No es para mí. Quiero llevarle algo de cenar a mi padre.

A pesar de todo lo ocurrido durante aquel día, seguía preocupándose por él.

—¿Pero tu amigo no te ha dicho que están esperando?

—Que esperen.

Pidió una pizza para llevar y aguardó junto al mostrador mientras la preparaban. Durante la espera sacó el teléfono varias veces y comprobó la pantalla con impaciencia.

Ignoraba que, con cada minuto que transcurría, el cerco a su alrededor se estrechaba un poco más.

28

En el apartamento de Sandra, su padre había recuperado parcialmente la conciencia. Aturdido y todavía bajo los efectos del alcohol, trataba de ordenar los recuerdos de las últimas horas. Poco a poco, una imagen se abrió paso entre la confusión: la bolsa que había traído su hija con aquel extraño hombre tan moreno.

Recordó el lugar donde Sandra la había escondido.

Con esfuerzo, se incorporó del sofá y avanzó tambaleándose hasta el armario del salón. Abrió la puerta, apartó varias prendas de ropa y, al fondo, la encontró.

La bolsa deportiva.

La sacó con cautela y la dejó sobre la mesa de comedor.

Durante unos segundos permaneció inmóvil, como si dudara de si debía abrirla.

Finalmente, movió la cremallera.

Al contemplar su contenido, sus ojos se abrieron de par en par.

No comprendía qué significaban aquellos paquetes ni por qué Sandra los había escondido. Lo que más le desconcertaba, sin embargo, era pensar que su hija había entrado en el apartamento acompañada de un hombre de aspecto tan raro y había dejado allí aquella bolsa deportiva. ¿Por qué lo ocultaba con tanto cuidado? ¿Era aquello droga? ¿Así era como se empaquetaba? ¿Y qué contenían los paquetes? ¿Cocaína? ¿Hachís? Le resultaba difícil contener la tentación de abrir uno y descubrirlo.

Pero ¿qué demonios estaba haciendo Sandra con todo aquello? No conseguía encajarlo. Fuera lo que fuese lo que contenían aquellos paquetes, tan bien envueltos en plástico, había visto suficiente mundo a lo largo de su vida para comprender que aquello podía valer mucho dinero.

Y que ese dinero podía cambiarlo todo.

En ese instante sonó el timbre.

El hombre levantó la cabeza sobresaltado.

La bolsa permanecía abierta frente a él.

El timbre volvió a sonar.

Esta vez con más insistencia.

Quien estaba al otro lado de la puerta no pensaba marcharse sin entrar.

Unos minutos después, Mateo y sus hombres permanecían en el salón del apartamento, frente a la bolsa deportiva que habían recuperado.

El cuerpo del padre de Sandra yacía muerto en el suelo.

Mateo sacó el móvil y marcó un número.

—La tenemos —informó a Carlos—. La bolsa está aquí. La mercancía está intacta.

Al otro lado de la línea, él respondió sin titubear:

—Bien. Mantened vuestras posiciones. Esa chica está a punto de llegar.

PARTE TRES
LA LEY DEL GORILA

La conducta honorable otorga grandeza; por eso debe protegerse incluso más que la propia vida.
—Sabiduría tamil

29

Devan aparcó el escúter junto al edificio. Él y Sandra bajaron de inmediato y entraron en el portal.

A unos cincuenta metros de allí, José y los suyos detuvieron el coche sin apagar el motor.

Sacó el teléfono y llamó a su padre.

—Los tenemos, papá. Devan acaba de entrar en el edificio con una chica. Está muy buena, la verdad. Por lo que hemos averiguado, trabaja en el Platoon Burger del centro comercial. Creo que ella también está metida en esto.

Al otro lado de la línea apenas hubo un instante de silencio.

—Acaba con los dos y recupera lo que robaron.

José colgó sin responder.

Se volvió hacia los hombres que lo acompañaban.

—Vosotros quedaos aquí. No salgáis del coche.

Los dos asintieron.

José abrió la guantera, sacó una pistola y comprobó el cargador con un movimiento automático. Después ocultó el arma bajo la chaqueta, cerró la puerta del vehículo y se dirigió hacia el edificio con paso firme.

Mientras tanto, Sandra y Devan ya habían llegado al rellano del apartamento.

Ella le pasó la caja de la *pizza*.

—Toma un momento.

Con la otra mano sacó las llaves del bolsillo, encontró la correcta y la introdujo en la cerradura.

Nada más entrar, Sandra recibió una puñalada a la altura del corazón, que resultó mortal. Al mismo tiempo, Devan fue sorprendido por la espalda y cayó al suelo tras un fuerte impacto en la cabeza.

Mateo y sus hombres habían ido allí por Sandra, así que apenas prestaron atención al hombre moreno que la acompañaba. Lo registraron con rapidez, buscando cualquier indicio que lo relacionara con el robo de la mercancía.

No lo mataron al pensar que no había tenido nada que ver con el robo, ya que había entrado con la *pizza* en la mano y en su monedero leyeron su tarjeta de identificación de repartidor a domicilio.

Escucharon ruido de pisadas procedentes de las escaleras: alguien subía en dirección a ellos.

De repente, José apareció en la entrada del apartamento con la pistola preparada.

No llegó a dar un solo paso más.

Los hombres de Carlos, que estaban alerta y esperaban cualquier movimiento, reaccionaron de inmediato. En cuanto asomó por la puerta, se abalanzaron sobre él y lo golpearon hasta dejarlo inconsciente en el suelo.

Al acercarse y ver quién era, comprendieron la verdad.

Las piezas encajaron.

Mateo sacó el teléfono y llamó a Carlos para informarle de lo ocurrido.

—Ya lo tenemos confirmado —dijo—. José fue quien eliminó a Antonio y se llevó la mercancía. Y, encima, se creía intocable. Había pedido una *pizza* para cenar tranquilamente con su novia y el padre de ella.

—Escúchame bien, Mateo. Coged la bolsa y salid de ahí inmediatamente.

En ese momento, los gritos de los vecinos comenzaron a escucharse en los descansillos. El ruido de puertas abriéndose y voces alarmadas les indicó que no tenían tiempo que perder.

Tras colgar la llamada, cogieron la bolsa y abandonaron el apartamento a toda prisa.

Desde el interior del coche, los compañeros de José observaron con sorpresa cómo varios miembros del grupo rival salían del portal con una abultada bolsa deportiva.

No entendían qué estaba ocurriendo. ¿Dónde estaba José? ¿Qué le habría pasado?

Sin pensarlo dos veces, bajaron del vehículo y se precipitaron hacia el interior del edificio. Una vez dentro, subieron a toda prisa por las escaleras.

En el apartamento encontraron a José tumbado junto a Devan, a la chica en medio de un baño de sangre y a otra persona mayor, presumiblemente también muerta.

Al escuchar a los vecinos hablar de que iban a llamar a la policía, huyeron despavoridos escaleras abajo.

30

Devan recuperó lentamente la conciencia. Los vecinos comenzaban a hablar en voz alta en el descansillo. Uno de ellos hablaba con la policía; otro lo hacía con el servicio de ambulancias.

Durante unos segundos permaneció desorientado, sin comprender dónde estaba ni qué había ocurrido.

Los recuerdos regresaron de golpe.

Se incorporó con dificultad y buscó a Sandra.

Se acercó a ella y le tomó el pulso.

Nada.

Sandra estaba muerta.

El mundo pareció detenerse a su alrededor.

Años de guerra en Sri Lanka le habían enseñado a convivir con el dolor, pero nunca a dejar de sentirlo. Había visto morir a demasiadas personas, y la muerte de Narayan, su mejor amigo, justo cuando estaba a punto de casarse y empezar una nueva vida, le dejó una herida que jamás cicatrizó. En España creyó que, por fin, el destino le ofrecía una segunda oportunidad junto a Sandra: la posibilidad de recuperar la esperanza, formar una familia y dejar atrás su pasado. Pero verla muerta destrozó la última esperanza que aún conservaba.

Después, con la mirada perdida, recorrió el apartamento y vio los cuerpos de José y del padre de Sandra tendidos en el suelo.

Entonces se dio cuenta de algo.

La bolsa había desaparecido.

A lo lejos se escuchó el sonido de unas sirenas cada vez más próximas.

Se acercó de nuevo al cuerpo de Sandra. La besó en la frente, en la nariz y, por último, en los labios. Después le acarició el rostro con delicadeza.

Igual que en su día tuvo que abandonar el cuerpo de Narayan en la selva porque no tuvo elección, ahora dejaba atrás el de Sandra, con el mismo peso insoportable oprimiéndole el pecho.

Al igual que en el pasado, dejaba atrás a la persona que más quería.

Al igual que en el pasado no huía para sobrevivir: se marchaba con la firme determinación de encontrar a los responsables y hacerles pagar por todo lo que le habían arrebatado.

Salió del apartamento. Pero, apenas cruzó el umbral, un vecino le cortó el paso y lo sujetó del brazo.

—Eh, tú. No puedes irte de aquí.

Devan lo miró durante un instante, incapaz de procesar la situación.

—Suéltame.

El hombre no cedió.

Devan, dominado por la ira, se zafó de un manotazo y bajó las escaleras a toda prisa, mientras el sonido de las sirenas se hacía cada vez más cercano.

Mientras tanto, los compañeros de José llegaron al restaurante y encontraron a Paco. Le informaron de lo ocurrido con su hijo.

La noticia lo dejó paralizado durante unos segundos. Después, salió precipitadamente hacia el apartamento de Sandra, incapaz de aceptar lo que acababa de escuchar.

Cuando llegó, los sanitarios ya estaban trasladando los cuerpos hasta las ambulancias. Un agente de policía se acercó para tomarle los datos, pero Paco apenas podía articular palabra.

Al ver a su hijo inconsciente, se derrumbó. Se arrodilló junto a él y lo abrazó entre lágrimas.

—¡Por favor! ¡Déjenme ir con él! —suplicó a gritos, con una desesperación desgarradora—. ¡No pueden llevárselo sin mí!

Su voz resonó con tal fuerza que estremeció a todos los que presenciaban la escena. Algunos se quedaron inmóviles, conmovidos ante la desesperación de aquel padre, mientras Paco seguía aferrado a su hijo como si soltarlo significara perderlo para siempre.

Solo cuando los sanitarios le aseguraron que podría acompañarlo hasta el hospital consiguió apartarse de él.

31

Devan entró sin hacer ruido en el estudio de tatuajes Frank Tattoo & Piercing.

Le sorprendió encontrar la puerta sin echar el cierre a esas horas de la noche. Durante unos segundos permaneció inmóvil, alerta, preguntándose si alguien lo estaba esperando.

Una tenue luz escapaba de la habitación contigua.

Avanzó con cautela y se asomó.

Frank estaba tumbado en el sofá, completamente drogado, con la mirada perdida y apenas consciente de lo que ocurría a su alrededor.

Antes de que pudiera reaccionar, Devan lo agarró por la camisa y lo empujó contra la pared.

Frank abrió desmesuradamente los ojos al reconocer al amigo de Sandra.

—Yo no quería hablar —balbuceó él, con la voz rota—. Te lo juro. Yo no quería...

Devan lo sostuvo con la mirada.

—¿Dónde puedo encontrarlos?

Frank tragó saliva. El miedo se abrió paso entre la niebla de las drogas.

—Si te lo digo... me matarán.

Devan lo observó en silencio, sin apartar la mirada.

—Dime dónde puedo encontrarlos.

Frank negó lentamente con la cabeza.

—No sabes dónde te estás metiendo. No puedes hacer nada contra ellos. Vete.

Hizo una pausa, tragando saliva.

—Déjalo... Olvídalo y vete de aquí. Carlos te matará.

—¿Quién es Carlos?

Frank hizo ademán de soltar una carcajada irónica.

—¿Que quién es Carlos? El hombre con más poder en la calle. Vete de aquí. No vuelvas. No vuelvas nunca.

De repente, Frank entrecerró los ojos y dejó caer ligeramente la cabeza, como si estuviera a punto de perder el conocimiento.

Ahora lo comprendía: la mercancía que se habían llevado pertenecía al líder de la banda rival de Paco. Ambos se disputaban el control del negocio de la droga. Por eso había encontrado a su hijo José tendido en el suelo del apartamento de Sandra: los sicarios de Carlos los habían estado esperando, utilizando la vivienda como cebo. Y quien les había proporcionado la información sobre Sandra era aquel despojo de hombre que tenía delante.

La paciencia de Devan se agotó. Sabía que, en aquel estado, la única forma de evitar que perdiera el conocimiento era provocarle dolor para mantenerlo despierto.

Su mirada recorrió una mesa de trabajo y se detuvo en una máquina de tatuar eléctrica.

La tomó.

Frank apenas tuvo tiempo de comprender lo que iba a ocurrir. En un movimiento rápido, Devan le sujetó un brazo contra la pared y, con la otra mano, clavó el instrumento de tatuaje en su muñeca, atravesando la piel hasta dejarla fijada contra la superficie.

Frank se quedó paralizado. Su cuerpo reaccionó antes que su voz; abrió la boca en un gesto de dolor y terror, pero apenas consiguió emitir sonido.

Las lágrimas comenzaron a recorrer su rostro mientras permanecía contra la pared, temblando, atrapado entre el terror y el efecto de las sustancias que había consumido.

—Última oportunidad —dijo Devan con frialdad—. ¿Dónde está Carlos?

32

Devan recorría las calles en el escúter cuando, de pronto, un coche se cruzó en su trayectoria y le cerró el paso. Antes de que pudiera reaccionar, tres hombres bajaron de un salto.

Su primera reacción fue instintiva. Giró el manillar y frenó junto a la acera. Bajó del escúter con rapidez, con el cuerpo tenso y preparado para enfrentarse a quienquiera que estuviera esperándolo.

Pero los hombres del vehículo no avanzaron hacia él.

Se mantuvieron a cierta distancia. Uno de ellos, de origen chino, levantó las manos lentamente, dejando claro que no buscaban un enfrentamiento.

—Paco quiere hablar contigo —dijo.

Devan lo observó en silencio durante unos segundos, intentando descubrir si aquello era una trampa.

Finalmente, bajó la guardia lo justo para confiar en sus palabras. Dejó el escúter aparcado junto a la acera y subió al coche con ellos.

Poco después llegaron a un hospital privado.

Paco se encontraba en una sala de espera, visiblemente afectado, esperando noticias.

—Ahora mismo está en quirófano —comentó a Devan—. Gracias a Dios, su vida no corre peligro. Ha sufrido una lesión cerebral. Los golpes que recibió en la cabeza estuvieron a punto de matarlo.

Devan permaneció inmóvil, asimilando la noticia.

El silencio que siguió fue absoluto.

—Habla. Dame una razón para no matarte. Mis hombres están esperando una orden.

Finalmente habló.

Le contó a Paco quiénes eran los responsables de todo lo ocurrido.

Le habló de Sandra, de la bolsa y de cómo todo había empezado. Le explicó que uno de los hombres de Carlos había intentado apuñalarla, que él había intervenido para salvarla.

También le contó la advertencia que le había hecho a Sandra: aquella bolsa solo le traería problemas.

Finalmente, le reveló que había sido el tatuador quien le había hablado de ella a Carlos, poniendo en marcha una cadena de acontecimientos que habían terminado en tragedia.

Cuando terminó de contarle lo sucedido, le dejó claro que necesitaba su ayuda.

No solo quería encontrarlos.

Quería acabar con ellos.

—No voy a iniciar una guerra contra Carlos porque la responsabilidad de todo esto es tuya.

Los hombres de Paco se acercaron y rodearon a Devan, sujetándolo por los brazos.

—Si hubieras aceptado mi oferta, nada de esto habría ocurrido. No habrías robado la mercancía junto a esa chica y mi hijo no estaría ahí dentro.

Sus hombres intentaron apartarlo por la fuerza, pero Devan reaccionó con rapidez. Se liberó de ellos y avanzó hasta quedar frente a Paco.

Durante unos segundos, ninguno de los dos dijo nada.

—Déjame acabar con Carlos.

Al escuchar aquellas palabras, Paco levantó una mano, deteniendo a sus hombres antes de que volvieran a sujetar a Devan.

—Yo lo apartaré de tu camino.

Paco permaneció pensativo, valorando sus palabras. Finalmente, hizo un lento gesto de asentimiento.

—Enamorarte de esa chica te debilitó. Igual que tu intento de convertirte en alguien que no eres, de escapar de lo que realmente

llevas dentro.

Hizo una pausa, observándolo fijamente.

—Violencia. Has vivido rodeado de tanta violencia desde joven que ya forma parte de ti. La llevas incrustada en el subconsciente. Puedes intentar contenerla, enterrarla o convencerte de que has cambiado, pero siempre acaba encontrando la forma de salir. En cuanto te sientes acorralado o amenazado, despierta. Es un instinto. Un animal que llevas dentro y que, tarde o temprano, termina saltando.

Calló unos instantes, como si necesitara reunir fuerzas antes de continuar.

—Está bien. Acepto tu decisión. Pero seré yo quien te acompañe hasta las puertas de Carlos.

33

Paco hizo un gesto a su conductor, uno de los empleados de origen chino, para que detuviera el vehículo junto a la acera situada frente a la entrada de la discoteca La Florida.

La música se filtraba desde el interior del local y varios grupos de personas entraban y salían.

Paco permaneció unos segundos en silencio, observando a Devan antes de hablar.

Aquel extranjero había arriesgado su vida por una joven española. Había visto su dolor, su rabia y, sobre todo, la determinación con la que había llegado hasta allí. Devan no parecía un hombre que buscara una recompensa ni alguien que intentara demostrar algo a los demás.

Hasta hacía poco, solo había visto en él un posible instrumento. Un hombre al que podía contratar, un sicario más entre tantos otros, alguien dispuesto a hacer el trabajo sucio a cambio de dinero.

Pero ahora ya no estaba tan seguro.

Veía a un hombre marcado por un pasado de violencia, alguien que había causado mucho daño antes de llegar hasta Valencia. Tal vez aquella noche no fuera más que el último paso hacia su propia destrucción. O quizá fuera la única oportunidad que tenía de redimirse por todo lo que había dejado atrás.

—Suele estar en la planta superior —dijo finalmente Paco—. Allí recibe a la gente de confianza y celebra sus reuniones. Tendrá entre cuarenta y cincuenta años. Va siempre bien vestido. Tiene el pelo

abundante y blanco, engominado hacia atrás. No te será difícil reconocerlo. Siempre está rodeado de los suyos, dando órdenes y dejando claro quién manda. Cuando lo veas, sabrás que es él.

Devan asintió sin decir palabra.

Paco extendió la mano.

—Suerte.

Devan lo miró durante un instante y se la estrechó sin decir palabra.

Abrió la puerta del vehículo y bajó con calma. No había nervios en sus movimientos ni dudas en su mirada. Se comportaba como alguien que conocía perfectamente el precio que estaba dispuesto a pagar.

Cruzó la calle y caminó hacia la entrada de la discoteca La Florida.

Paco lo siguió con la mirada desde el interior del coche. Sabía que aquel hombre se dirigía hacia un lugar del que quizá no saldría con vida. Y, aun así, avanzaba sin vacilar.

34

Dos porteros de complexión imponente, ambos por encima del metro noventa y enfundados en trajes negros, custodiaban la entrada de La Florida con la rigidez de dos estatuas. Sus miradas recorrían la cola con fría indiferencia, evaluando a cada cliente antes de permitirle el paso.

Devan aprovechó el instante en que ambos se enzarzaron en una acalorada discusión con un grupo de jóvenes que protestaban porque no les permitían entrar al local por no cumplir el código de vestimenta. Con los vigilantes distraídos, Devan se dirigió rápidamente hacia la entrada, consciente de que tenía que hacerlo antes de que repararan en él.

Uno de los jóvenes se puso violento, y un tercer miembro de seguridad, apostado en el umbral de la discoteca como medida de contención de control al acceso, se les unió.

Sin detenerse, Devan se deslizó junto a la puerta y cruzó la entrada sin que nadie reparara en él.

Los primeros acordes de Paris 1985, de Lecomte de Brégeot, lo golpearon con la intensidad de la música electrónica que inundaba el local.

Un bosque de focos móviles barría la sala con destellos blancos, púrpuras y azul eléctrico que cortaban la oscuridad como relámpagos. Láseres verdes dibujaban figuras efímeras sobre una neblina artificial impregnada del olor dulce de los perfumes, el alcohol y el humo de las máquinas de efectos.

El local estaba abarrotado de gente atractiva y bien vestida. Copas de cristal rebosantes de cerveza y elaborados combinados circulaban de mano en mano entre risas estridentes y conversaciones que apenas lograban sobreponerse a la música.

En plataformas circulares repartidas por la inmensa sala, varias bailarinas de pole dance, vestidas con diminutos conjuntos, giraban alrededor de las barras cromadas con una elegancia hipnótica, arrancando aplausos, silbidos y miradas de admiración.

Desde los reservados elevados, separados del bullicio por barandillas de cristal y sofás de cuero blanco, los clientes más exclusivos contemplaban el espectáculo mientras camareros impecablemente uniformados descorchaban botellas de licor de precio desorbitado. Algunos, inclinados discretamente, esnifaban una raya de cocaína sobre la palma de la mano o sobre pequeñas mesas de cristal. Todo destilaba lujo, ostentación y exceso; era un mundo donde el dinero parecía no tener límite.

Devan tuvo la extraña sensación de haber entrado en otro mundo. Por un instante llegó a preguntarse si aquello existía de verdad o si estaba contemplando una escena sacada de una película.

Lo que más lo descolocó fueron las mujeres. Nunca había visto tantas juntas, tan llamativas, con vestidos que apenas ocultaban sus cuerpos y una seguridad que parecía desafiar todas las miradas. Al ritmo de la música se contorneaban entre la multitud como si fueran dueñas del lugar, ajenas al efecto que provocaban. Él no sabía dónde posar los ojos sin sentirse fuera de sitio.

Se abrió camino entre el mar de gente hasta que, de repente, quedó atrapado en un círculo de cuerpos que bailaban de forma frenética. Una mujer rubia y alta se cruzó en su camino, moviéndose con una sensualidad que lo dejó desconcertado. Al ver que Devan no reaccionaba, otra mujer soltó una carcajada y, entre risas, acercó una pequeña pastilla a los labios de su amiga.

Luego, la rubia sujetó el mentón a Devan y, antes de que pudiera apartarse, introdujo su lengua en su boca. Él, paralizado por la sorpresa y la incomodidad, se quedó inmóvil y tragó la diminuta pastilla de manera automática.

Ella se separó de él con una sonrisa pícara y volvió a bailar junto a su amiga. Ambas se movían con una provocación descarada, rozándose al ritmo frenético de la música, como si escenificaran un acto sexual. Devan continuó avanzando entre la multitud, intentando abrirse paso, hasta que los efectos de la pastilla comenzaron a hacerse notar.

De pronto, las luces dejaron de parecer simples destellos de una discoteca. Se transformaron en focos de un campamento militar. El estruendo de la música se convirtió en el sonido de morteros cayendo a su alrededor. Las imágenes se mezclaban, el presente y el pasado se confundían.

Un instante después, estaba en el suelo. Había tropezado con alguien. Levantó la mirada y vio una mano extendida hacia él.

Todo a su alrededor era borroso, pero consiguió distinguir el rostro de quien intentaba ayudarlo a levantarse. Era Narayan. Su amigo lo miraba con una sonrisa.

No podía ser real.

Estaba alucinando.

Agarró la mano que le tendían y, mientras se incorporaba, la imagen se desvaneció. No era Narayan. Era un desconocido entre la gente quien lo ayudaba a ponerse en pie.

—Venga, hombre —le gritó para hacerse oír por encima de la música—. Lleva cuidado por dónde vas.

Devan necesitaba despejarse. En aquel estado sabía que no tendría ninguna posibilidad de enfrentarse a Carlos y sus hombres. Buscó alrededor hasta encontrar la señal de los baños de hombres y se dirigió hacia allí.

Al entrar, metió la cabeza bajo el grifo y se lavó la cara con fuerza. Después se echó el pelo hacia atrás, se peinó con los dedos y se secó el rostro con varias toallas de papel.

Aunque todavía sentía el intenso efecto de la pastilla recorriendo su cuerpo, estaba algo más despejado.

Levantó la mirada hacia el espejo del baño. Durante unos segundos permaneció inmóvil, contemplando su propio reflejo como si intentara reconocerse en aquel rostro. Inspiró profundamente y apretó la mandíbula.

Entonces ocurrió. Frente a él apareció Narayan, reflejado en el cristal. Devan parpadeó, pero la imagen no desapareció. Un instante después, el rostro de Sandra surgió junto al suyo, sonriéndole desde el espejo.

Devan cerró los ojos con fuerza. No podía permitirse dudar. Había sobrevivido a cosas mucho peores y no iba a dejar que aquellas visiones lo quebraran ahora.

Volvió a abrir los ojos y se obligó a mantener la mirada fija en su reflejo. Reunió las fuerzas que le quedaban y respiró profundamente.

De repente, la puerta se abrió de golpe. Un grupo de personas irrumpió en el baño y el ruido de sus voces rompió la escena, disipando las imágenes que habían tomado forma ante sus ojos.

Devan parpadeó. Narayan había desaparecido. Sandra también. Solo quedaba su propio rostro reflejado en el espejo.

Salió del baño.

Ya no avanzaba como un hombre perdido entre la multitud, sino como alguien que había recuperado el control, aunque solo fuera en parte. El ritmo de la música electrónica retumbaba en sus sentidos como tambores de guerra. La pastilla que minutos antes había tragado empezaba a hacer efecto por completo. Una descarga de energía le recorrió el cuerpo, acelerándole el pulso y tensándole los músculos. La confusión se disipó y su mente se volvió más fría, más rápida. Sentía que podía reaccionar a cualquier cosa que ocurriera a su alrededor.

Cada paso era decidido y en su rostro se había instalado una determinación fría e inquebrantable.

Avanzó serpenteando entre la multitud, esquivando cuerpos que bailaban al ritmo frenético de la música. Cada paso lo obligaba a abrirse camino entre la gente con copas alzadas y destellos cegadores por encima de las cabezas.

Sin detenerse, localizó la escalera iluminada que conducía a la planta superior y comenzó a subir.

35

En la planta superior, protegida por amplios ventanales de cristal que dominaban la pista de baile, se controlaba cada rincón de la discoteca. Desde allí, el bullicio quedaba amortiguado y el espectáculo se contemplaba como si fuera un tablero sobre el que mover las piezas.

Carlos discutía con cuatro distribuidores de estupefacientes. La bolsa de deporte que tomaron del apartamento de Sandra estaba encima de la mesa, siendo custodiada por Mateo.

El acceso a aquella zona privada estaba vigilada por dos hombres. Uno era un auténtico gigante, de espalda descomunal y cuello de toro; el otro, un miembro del equipo de seguridad con el auricular transparente asomando tras la oreja y la mirada alerta. En cuanto vieron a Devan aproximarse, ambos se cuadraron, cerrándole el paso incluso antes de que pudiera abrir la boca.

El hombre de seguridad salió a su encuentro y él, con fuerza, le golpeó en la entrepierna, le quitó una pistola de la pechera, lo agarró y lo lanzó escaleras abajo.

Inmediatamente el gigante se abalanzó sobre él, pero Devan le propinó repetidos golpes sobre el rostro con la culata de la pistola hasta que cayó desplomado al suelo.

Entró en la sala y recorrió con la mirada a todos los presentes. Su atención se detuvo en uno de los hombres, sentado frente a cuatro personas. No lo había visto nunca, pero algo en su porte, en la autoridad que desprendía y en la breve descripción que Paco le

había dado bastó para que supiera que había encontrado a quien buscaba.

Aquel era Carlos.

El líder del grupo criminal.

Su principal objetivo.

Carlos apenas tuvo una fracción de segundo para comprender lo que ocurría. Echó mano al cajón del escritorio, sacó una pistola y comenzó a levantar el brazo. No llegó a apuntar:

Devan le disparó en el pecho y en la cabeza.

Un hombre corrió hacia la salida, intentando huir, pero Devan lo agarró y le golpeó el rostro contra el cristal de la pared una y otra vez hasta dejarlo inconsciente. Otro hizo amago de abalanzarse sobre él, recibió un impacto de bala en la cabeza.

Mateo intentó coger la pistola de Carlos, pero Devan le disparó en el pecho y el tipo cayó fulminado sobre unas sillas.

Otro le lanzó una botella, pero Devan la esquivó y disparó dos veces: una bala le impactó en el pecho y otra en la cristalera, que se rompió en pequeños trozos, como un puzle. El hombre se precipitó al vacío hasta caer contra el suelo de la planta principal donde la gente bailaba.

Y un sexto hombre aprovechó para atacarle por la espalda, pero Devan se giró en redondo y le machacó la boca con la culata de la pistola hasta que se derrumbó.

En la planta principal la música continuó junto al estruendo de gritos. Durante unos segundos, muchos permanecieron inmóviles, incapaces de comprender qué estaba ocurriendo.

Después llegó el pánico generalizado.

Hubo gritos y la gente comenzó a desplazarse hacia la salida.

La multitud estalló en una estampida. Copas y botellas se hicieron añicos contra el suelo mientras hombres y mujeres se empujaban desesperadamente en busca de una salida. Tacones rotos, chaquetas abandonadas y teléfonos móviles quedaron esparcidos entre los cristales. Algunos tropezaban y caían, solo para ser arrollados por quienes corrían sin mirar atrás. Las bailarinas descendieron precipitadamente de las plataformas, buscando refugio en medio de la confusión, mientras los miembros de seguridad

intentaban, sin éxito, contener una marea humana dominada por el terror.

En la planta superior, ajeno al caos que se desataba unos metros más abajo, Devan limpió la pistola con la camisa de Mateo y la dejó caer junto al cadáver. Abrió la bolsa deportiva, comprobó su contenido y volvió a cerrar la cremallera. Se la cruzó al hombro y abandonó la sala sin perder un segundo. Después se dirigió hacia las escaleras.

En la planta superior, ajeno al caos que se desataba unos metros más abajo, Devan limpió la pistola con la camisa de Mateo y la dejó caer junto al cadáver. Abrió la bolsa deportiva, comprobó su contenido y volvió a cerrar la cremallera.

Sabía perfectamente que la bolsa solo podía traerle problemas y que lo más sensato habría sido dejarla allí. Sin embargo, su sola presencia le recordaba a Sandra, y no estaba dispuesto a permitir que un recuerdo ligado a ella se quedara en aquel lugar. No pensó siquiera qué haría después con la bolsa; simplemente sintió que tenía que llevársela.

Pero había algo más, algo que no llegó a formular conscientemente y que permanecía oculto en algún rincón de su subconsciente. De niño, en Sri Lanka, cuando comía un caramelo o cualquier alimento envuelto en papel, su amigo Narayan tenía la costumbre de guardarse el envoltorio en el bolsillo. Devan se reía de aquella manía, pero Narayan incluso recogía y guardaba los que habían estado en manos de su amigo, llevado por una superstición infantil: no quería que nada relacionado con él terminara abandonado en cualquier parte.

Narayan nunca dejaba aquellos envoltorios en la calle ni en una papelera cualquiera. Tenía que llevárselos hasta la habitación del orfanato, aquel pequeño espacio que, pese a su pobreza, sentía como propio. Allí podía guardarlos o arrojarlos a su papelera, dentro de un lugar que consideraba seguro y que, de algún modo, estaba bajo su control.

Años después, sin saberlo, Devan repitió aquel gesto. La bolsa era, en cierto modo, el envoltorio de un recuerdo que no estaba dispuesto a abandonar allí. Y aquella vieja superstición de Narayan,

enterrada en lo más profundo de su memoria, fue la chispa invisible que transformó un impulso emocional en una acción inmediata: llevársela consigo.

Devan se colgó la bolsa deportiva al hombro y abandonó la sala sin perder un segundo. Después se dirigió hacia las escaleras.

36

Paco y su conductor permanecían dentro del coche, con la vista fija en la entrada de La Florida. De pronto, las puertas se abrieron de golpe y una riada de personas irrumpió en la acera. Corrían despavoridas, algunas llorando, otras gritando, muchas empujándose entre sí. Unos tropezaban y caían, mientras otros miraban hacia atrás con el rostro desencajado, como si temieran que alguien los persiguiera. Desde el interior de la discoteca llegaban gritos y el estruendo de la música, ahora mezclados con el ruido de los cristales rotos y el golpe de las puertas al abrirse y cerrarse sin control.

Paco permaneció inmóvil, atónito, observando la escena.

El conductor esbozó una sonrisa torcida y lo miró de reojo.

—Jefe... la noche se pone interesante.

37

Antes de llegar a las escaleras, el gigante con la cara ensangrentada le bloqueó el paso y se abalanzó sobre él. Pero Devan contraatacó con un puñetazo en el estómago seguido de un codazo en el rostro. Luego lo empujó con fuerza contra la barandilla y lo lanzó al vacío.

Bajó con rapidez las escaleras, manteniéndose precavido ante cualquier peligro.

Ya en la planta principal, enfiló hacia la salida cuando un fornido portero trajeado apareció por un lateral y lo agarró del brazo. Devan se giró instintivamente y le asestó un fuerte codazo detrás de la oreja. El hombre se tambaleó, pero trató de sujetarlo de nuevo. Devan se zafó de un tirón y le propinó una patada en la entrepierna e inmediatamente un puñetazo en la mandíbula. El portero perdió el equilibrio, retrocedió un par de pasos y acabó desplomándose pesadamente al suelo.

En ese instante, otro hombre de seguridad le lanzó un derechazo que lo hizo trastabillar hacia atrás. Cayó sobre una mesa llena de botellas y copas.

La música seguía atronando mientras los clientes corrían despavoridos hacia la salida. Nadie sabía exactamente qué estaba ocurriendo, pero los gritos y el estruendo bastaban para comprender que sus vidas corrían peligro. El pánico se había apoderado del público, que se había lanzado hacia la salida en una huida desordenada.

El portero se acercó confiando en que ya lo había derrotado. Pero Devan se levantó, se desprendió de la mochila que le colgaba en bandolera, se dirigió contra él y le golpeó en los riñones. El hombre se dobló tras el impacto, momento que aprovechó Devan para agarrarlo del pelo y, con el canto de la otra mano, le atizó repetidas veces en la cara antes de dejarlo caer como un pelele al suelo.

Otro hombre de seguridad le bloqueó el paso antes de que pudiera avanzar unos metros. Era enorme, de hombros anchos, orejas de coliflor y cuello grueso, el físico compacto de un luchador de MMA.

—Tú. ¿Adónde crees que vas?

Devan no respondió.

El hombre intentó agarrarlo por el brazo para inmovilizarlo, pero Devan se irguió con rapidez y le golpeó el antebrazo, obligándolo a soltarlo. Entonces el tipo reaccionó de inmediato. Se lanzó sobre él con una embestida que habría derribado a cualquiera.

Devan retrocedió lo justo para esquivarlo. El hombre perdió el equilibrio durante una fracción de segundo, y Devan aprovechó el instante para golpearlo en el estómago. El impacto le hizo doblarse ligeramente, pero apenas consiguió vencerlo.

El hombre volvió a la carga. Esta vez consiguió atrapar a Devan y cerró los brazos sobre él, inmovilizándolo con una llave de jiu-jitsu. Ambos chocaron violentamente contra una mesa, que volcó bajo el impacto. Cayeron al suelo entre copas y botellas.

Devan sintió cómo el hombre lo apretaba con una fuerza brutal, cortándole la respiración. Trataba de inmovilizarlo contra el suelo, entrelazando las piernas alrededor de su costado mientras le presionaba el cuello. Devan respondió con un brutal cabezazo. Después giró el cuerpo en el último instante, consiguió zafarse y le propinó un golpe seco que lo obligó a retroceder.

Durante unos segundos, ambos permanecieron frente a frente, midiéndose en silencio.

El hombre respiraba con dificultad, sorprendido de que aquel desconocido siguiera en pie y, sobre todo, de que lo desafiara con la mirada.

Devan apenas apartó los ojos de él.

El portero volvió a abalanzarse sobre él.

Esta vez, Devan estaba preparado. Su mano alcanzó una botella de vidrio. La agarró con fuerza y, en un movimiento rápido, se la estampó contra la cabeza.

El hombre cayó de bruces al suelo y quedó inmóvil. Devan ni siquiera se detuvo a mirarlo.

Continuó. Estaba al borde del colapso. Cada músculo de su cuerpo le dolía y sus pulmones ardían con cada respiración. Aun así, volvió a colgarse la mochila al hombro con un gesto torpe y doloroso. No podía detenerse. Todavía no.

Alzó la vista. La salida estaba allí, a escasos metros. Tan cerca... y, al mismo tiempo, tan inalcanzable.

Obligó a sus piernas a avanzar. Cada paso era una batalla contra el agotamiento. El estruendo de la discoteca se desdibujaba a su alrededor, reducido a un zumbido lejano. Todo su mundo se resumía en aquella puerta.

En ese instante el pie le resbaló sobre un cristal. Perdió el equilibrio y su cuerpo se precipitó hacia delante. Consiguió apoyarse en una mano antes de caer por completo, apretó los dientes y, haciendo acopio de las últimas fuerzas que le quedaban, logró incorporarse de nuevo.

Volvió a fijar la mirada en la salida y reanudó la marcha, tambaleándose, decidido a alcanzarla aunque el cuerpo ya no pareciera dispuesto a obedecerle.

Por detrás, un hombre sangrando profusamente por la nariz se aproximó hacia él con una pistola en la mano. Estaba dispuesto a matarlo. En el último instante, Devan se giró, lo desarmó y le disparó en la cabeza.

Salió a la calle con el arma en la mano.

Sonaban sirenas a lo lejos, cada vez más cerca.

Avanzó a duras penas, arrastrando los pies como si cada paso le robara las últimas fuerzas que le quedaban. Sabía que no llegaría muy lejos. ¿Dónde podía esconderse? ¿Adónde iba a huir en aquel estado? La mochila pesaba sobre su hombro como una condena y el cuerpo había dejado de obedecerle.

En breve lo detendrían

Todo parecía perdido.

Apenas había cruzado la calzada cuando las piernas cedieron de golpe. Trastabilló, intentó recuperar el equilibrio con un movimiento desesperado de los brazos, pero fue inútil. Cayó de rodillas sobre el asfalto con un golpe seco. El impacto le arrancó un gemido ahogado. Durante unos instantes permaneció inmóvil, jadeando, incapaz de reunir las fuerzas necesarias para volver a levantarse.

Desde su posición, Paco vio cómo un portero salía de entre la multitud y avanzaba hacia Devan. A pesar del caos que reinaba alrededor, aquel hombre no parecía dispuesto a detenerse. Tenía la mirada fija en él y caminaba con la seguridad de quien sabe que su víctima apenas puede defenderse.

Devan apenas se sostenía en pie. El portero lo sabía. Se acercó despacio, preparado para derribarlo, inmovilizarlo contra el suelo y acabar con él de una vez por todas.

Pero antes de que pudiera alcanzarlo, una figura apareció a su espalda.

El conductor de Paco actuó sin dudar. Dio un paso al frente y descargó un golpe seco contra el portero con una porra. El hombre se desplomó pesadamente sobre el asfalto y quedó tendido junto a la acera.

Paco corrió hasta Devan. Le sujetó el brazo, retiró el arma de su mano y le quitó la bolsa deportiva que llevaba colgada al hombro.

—Ya acabó todo —dijo con calma.

Devan intentó mantenerse consciente, pero su cuerpo había llegado al límite. La tensión acumulada, el dolor y el agotamiento terminaron por vencerlo. Cerró los ojos y perdió el sentido.

El conductor de Paco se agachó, lo cargó sobre sus hombros y lo llevó hasta el coche. Lo acomodaron en la parte trasera del vehículo y abandonaron el lugar justo antes de que llegaran los primeros coches patrulla.

Durante el trayecto, Paco se giró en su asiento y observó a Devan, inconsciente, con el rostro marcado por la lucha y el cuerpo agotado por una noche que parecía imposible de sobrevivir.

Al principio lo había visto como el hombre que había salvado la vida de su hijo. Después, como una posible pieza útil, alguien con

las capacidades necesarias para convertirse en un aliado, incluso en un hombre a su servicio como matón. Más tarde, cuando descubrió que conocía demasiado sobre el negocio del narcotráfico y que jamás aceptaría trabajar para él, pasó a verlo como un problema, una amenaza que debía controlar.

Finalmente, tras el asunto del robo de la mercancía de Carlos, Devan se había convertido en un objetivo. Alguien que debía desaparecer antes de que pusiera en peligro todo aquello que Paco había construido.

Pero aquella noche había sido testigo de algo que jamás había esperado.

Había visto a un hombre enfrentarse a una situación imposible, resistir cuando cualquier otro habría sucumbido y seguir avanzando cuando todas las opciones de salir con vida parecían haberse agotado.

Paco vio a un hombre con una determinación inquebrantable, una resistencia fuera de lo común y un instinto de supervivencia casi animal.

Bajó la mirada hacia la bolsa que descansaba junto a Devan y después volvió a observarlo.

Sí, aquella noche había visto algo que iba más allá de la violencia, del poder o de los intereses enfrentados. Había sido testigo de alguien que luchó hasta el límite de sus fuerzas y se negó a rendirse cuando todo estaba en su contra.

Por primera vez, Paco vio a alguien digno de respeto.

Y, contra todo pronóstico, sintió admiración por él.

38

A primera hora de la mañana, Fernando llegó al garaje como hacía cada día.

Pero algo llamó de inmediato su atención.

El escúter de Devan seguía allí, perfectamente estacionado. Sobre el asiento estaban las llaves, colocadas encima de una lata de cerveza. Al lado estaba el smartphone que le había prestado, junto con el cargador.

Se acercó despacio.

No pudo evitar sonreír.

Recordó aquella conversación, cuando, al terminar una larga jornada, había invitado a Devan a una cerveza. Luego, Devan le había dicho que, si algún día decidía marcharse, le devolvería la invitación. Era una forma de despedirse sin dramatismos, un pequeño pacto entre dos hombres acostumbrados a decir mucho con pocas palabras.

Recogió las llaves y acarició la lata con la yema de los dedos.

—Así que al final lo has hecho... —murmuró.

No había una nota. No hacía falta.

Aquella cerveza era un gracias, un adiós y una promesa al mismo tiempo.

Llamó al centro de acogida para preguntar por Devan.

La respuesta no tardó en llegar.

Le confirmaron que había abandonado el centro a primera hora de aquella mañana. Se había despedido con educación, había dado

las gracias por todo... y se había marchado sin revelar su destino.

Fernando colgó.

No le sorprendió.

Devan nunca había sido de los que miran atrás.

Levantó la vista y contempló el garaje. Durante un instante imaginó a Devan alejándose de Valencia, dejando atrás no solo el trabajo, sino también una vida que nunca había terminado de pertenecerle.

Sonrió de nuevo, esta vez con una mezcla de nostalgia y alivio.

Devan no se había quedado anclado al pasado. Había tenido el valor de seguir hacia adelante, de buscar un lugar donde empezar de nuevo, aunque el destino fuera incierto.

Porque algunas personas se resignan y acaban convirtiéndose en árboles, inmóviles, aferrados para siempre al mismo suelo. Como le pasó a él.

Devan no. Él había elegido seguir siendo un hombre que camina.

Fernando cogió la lata de cerveza, la sostuvo unos segundos entre las manos y asintió para sí. Aquella era la mejor despedida que Devan podía haberle dejado.

—Buena suerte —murmuró.

Después entró en su oficina, dispuesto a comenzar una nueva jornada laboral.

39

Unas horas antes, después de hacerse cargo de los gastos de una clínica privada donde curaron a Devan de las heridas que había sufrido durante la noche, Paco lo llevó al centro de acogida.

Bajo la camiseta, los vendajes que le ceñían el costado eran un recordatorio constante de lo cerca que había estado de morir. Sin embargo, caminaba erguido, con paso firme y una seguridad que no nacía de la fuerza física, sino de la certeza de haber sobrevivido.

Aquella visita no era un regreso, sino una despedida.

Recogió las pocas pertenencias que aún conservaba, guardó en la mochila el dinero que había logrado ahorrar durante aquellos meses y se despidió discretamente de quienes se cruzaron en su camino. Consideraba que algunas etapas terminan mejor sin demasiadas explicaciones. Después pasó por recepción, donde firmó unos documentos y devolvió las llaves de su habitación.

Luego condujo el escúter hasta la empresa de reparto, lo dejó cuidadosamente aparcado en el garaje y colocó las llaves sobre una lata de cerveza. Era la promesa cumplida. Fernando comprendería el mensaje. También le devolvió el smartphone con su cargador.

Tal como habían acordado, Paco pasó a recogerlo en la acera de enfrente, conduciendo él mismo.

Paco apenas conocía a Devan desde hacía unos días, pero la experiencia que habían compartido había creado en él un vínculo inesperado, casi paterno-filial. Sentía por él un afecto profundo, una

mezcla de amistad y protección, y de ahí nació la necesidad de llevarlo personalmente en coche hasta la estación de tren.

Ahora, sentado en el asiento del copiloto, Devan contemplaba cómo la ciudad de Valencia empezaba a despertar mientras Paco conducía.

Durante unos minutos, ninguno de los dos habló.

Finalmente, Paco rompió el silencio.

—Tengo que confesarte una cosa. Después de lo que ocurrió con mi hijo... he tomado una decisión.

Desvió un instante la mirada hacia Devan.

Continuó.

—Voy a dedicarme únicamente a mi negocio legal. Cuidaré a José como debería haberlo hecho desde el principio. —Hizo una breve pausa antes de añadir con una sinceridad que nunca antes había mostrado—. Estuve a punto de perderlo. Esto me ha hecho comprender que el cariño de mi hijo vale infinitamente más que todo el dinero que he ganado durante estos años.

Devan respondió con un leve asentimiento y una sonrisa apenas perceptible, suficiente para suavizar la dureza su rostro.

Paco levantó una mano del volante para subrayar la importancia de sus siguientes palabras.

—El contrabandista, el narcotraficante, el gánster... ese hombre se acabó. He vivido demasiado tiempo creyendo que el poder y el dinero podían comprarlo todo. Me equivocaba. Quiero enterrarlo para siempre. Quiero convertirme en alguien de quien mi hijo pueda sentirse orgulloso... y de quien algún día también puedan sentirse orgullosos mis nietos.

Devan permaneció callado unos segundos antes de responder.

—Me alegra oír eso. Todo el mundo merece una segunda oportunidad, siempre que esté dispuesto a cambiar de verdad.

Miró por la ventanilla mientras las luces del amanecer teñían de naranja los edificios.

—Espero que José se recupere pronto. Dale un abrazo de mi parte.

Paco asintió.

—Lo haré.

Volvió a concentrarse en la carretera. Carraspeó antes de añadir:

—Anoche llevé la bolsa a la comisaría. Les dije que alguien la había abandonado frente a mi restaurante, probablemente un narcotraficante que intentaba deshacerse de ella tras lo sucedido en la discoteca La Florida, por miedo a represalias del crimen organizado. No sé si se tragaron la historia...

Esbozó una sonrisa resignada.

—...pero, sin testigos ni pruebas, poco podrán hacer. Además, según mi contacto en la Policía, con ese alijo van a sacar rédito mediático, presumiendo ante los medios de comunicación de su lucha contra el narcotráfico, especialmente tras la repercusión de lo sucedido, que han atribuido a un enfrentamiento entre bandas criminales.

Rió mientras tomaba un desvío y se internaban en un túnel, para salir de nuevo a la superficie poco después.

—Si supieran que, en realidad, todo fue obra de un solo hombre, no se lo creerían.

Devan volvió la cabeza hacia él.

—Has hecho lo correcto.

Paco respiró hondo. Hacía apenas unas horas, aquellas palabras le habrían parecido una muestra de debilidad. Ahora, en cambio, le proporcionaban una paz que hacía mucho tiempo había olvidado.

—Es una lástima que te marches sin haber probado mi arroz a la valenciana. ¿Quién sabe? Quizá algún día vuelvas.

Devan negó despacio con la cabeza.

—No... No lo creo.

Paco detuvo el coche frente a la estación de tren. Durante unos segundos ninguno de los dos dijo nada. El motor permanecía al ralentí mientras el ir y venir de viajeros llenaba la entrada de movimiento.

Devan llevó la mano a la manilla de la puerta.

Paco lo sujetó del brazo.

—Espera un momento.

Se inclinó hacia el asiento trasero y recogió una bolsa que descansaba en el suelo. Se la tendió.

—Toma. Es tu parte.

Devan la sostuvo sin abrirla.

—Hay mucho más de lo que puedas pensar —continuó Paco con una leve sonrisa y le guiñó un ojo—. Quiero que lo aceptes. No es dinero de la droga, ni del contrabando, ni de la extorsión. Sale de mi negocio legal. De mis ahorros. Es limpio.

Hizo una breve pausa antes de añadir:

—No lo veas como un pago. Considéralo un regalo... o, si lo prefieres, el primer gesto de una amistad que nunca imaginé que pudiera existir. Quiero que este dinero te ayude a empezar de nuevo y a llegar tan lejos como te lleven tus sueños.

Devan bajó la vista hacia la bolsa y volvió a mirar a Paco.

Asintió lentamente.

—Gracias, Paco. Te prometo que sabré darle un buen uso.

Los dos se estrecharon la mano. No hacía falta decir nada más. Habían empezado aquella historia en lados opuestos, desconfiando el uno del otro. Ahora se despedían con el respeto que solo nace después de haber compartido el peligro y haber sobrevivido a él.

—¿Y ahora qué?

Señaló la bolsa.

—Con el dinero que hay ahí dentro puedes empezar la vida que quieras.

Devan permaneció unos segundos en silencio.

—Abriré una cafetería.

Paco arqueó una ceja.

—¿Una cafetería?

Una leve sonrisa afloró en el rostro de Devan.

—También elaboraré mi propia repostería. Quizá cruasanes.

—Vaya, no sabía que podías hacerlos.

—De momento, no sé. Por eso emprendo este viaje hacia un lugar donde alguien me enseñará a hacerlos.

Paco sonrió con sinceridad. No quiso preguntarle adónde iba ni a quién iba a ver. Había preguntas que era mejor no hacer.

—Quién iba a decir que dos tipos duros como nosotros acabaríamos nuestras vidas trabajando en la hostelería.

Devan sonrió.

Paco extendió la mano por segunda vez.

—Te deseo toda la suerte del mundo.

Devan la estrechó de nuevo con firmeza.

—Y yo a ti.

Abrió la puerta, descendió del coche y, sin volver la vista atrás, echó a andar hacia la entrada de la estación.

Paco permaneció observándolo hasta que su figura se perdió entre los viajeros. Acto seguido apartó la vista, engranó la marcha y se incorporó de nuevo al tráfico.

40

El interior de la estación de tren de Valencia bullía con el movimiento constante de viajeros.

Entre los andenes, los trenes aguardaban con las puertas abiertas, preparados para llevar a cada pasajero hacia un destino distinto.

Había algo hipnótico en aquel lugar: la sensación de que cada persona que caminaba por la estación llevaba consigo una historia. Personas anónimas, desconocidas entre sí, que se cruzaban durante unos segundos sin llegar a saber nada unas de otras, pero que cargaban a sus espaldas una vida entera de experiencias: ilusiones cumplidas y sueños frustrados, encuentros que habían cambiado sus vidas, relaciones que se habían roto y otras que habían vuelto a empezar, pérdidas, reencuentros, decisiones acertadas y errores de los que quizá todavía se arrepentían.

Devan subió al vagón del tren con destino a Barcelona. Desde allí continuaría su viaje hacia Francia.

Buscó su asiento y se acomodó junto a la ventana.

Sin saber por qué, las palabras de Sandra volvieron a su memoria.

Sonrió levemente al recordar aquella conversación en la que ella le había dicho que se parecía a un gorila.

La comparación le había parecido absurda en aquel momento, casi divertida. Ahora, sin embargo, empezaba a comprender que

encerraba algo de verdad. Sandra había sabido ver más allá de su manera de comportarse cuando lo conoció.

Había comprendido algo de él que ni siquiera él mismo había sido capaz de reconocer. Aquella comparación con un gorila, que al principio le había parecido absurda, adquiría ahora un significado distinto: la verdadera fortaleza no consistía en imponerse mediante la fuerza, sino en tener el valor de utilizarla solo cuando era necesario y la sabiduría de elegir la calma siempre que fuera posible.

El tren comenzó a moverse lentamente, alejándose de la estación e iniciando su viaje.

Pero para Devan no era solo un viaje.

Era el comienzo de una nueva vida.

La guerra le había enseñado a sobrevivir. El amor le había enseñado por qué merecía la pena hacerlo. Y esa sería la única batalla que nunca estaría dispuesto a perder.

NOTA AL LECTOR

La mayor recompensa para mí como escritor es saber que has disfrutado de la lectura de GORILA.

Si la novela te ha gustado, te agradecería enormemente que dedicaras unos minutos a dejar una opinión honesta en Amazon, en la misma tienda donde la adquiriste. Tu valoración ayuda a que otros lectores descubran la novela y es un apoyo muy valioso para un autor.

Y, si deseas conocer mejor el conflicto entre cingaleses y tamiles, así como la historia real de Antonythasan Jesuthasan, niño soldado y posteriormente actor protagonista de la película *Dheepan*, dirigida por Jacques Audiard y ganadora de la Palma de Oro en el Festival de Cannes, te invito a leer mi novela NIÑO, TIGRE Y SOLDADO.

Muchas gracias por tu tiempo y por acompañarme en esta historia.

Alfredo

Puedes descubrir otras de mis novelas aquí:

SERIE DAVID RIBAS
ALERTA ROJA EN ZONA CERO
CIUDADANA MARTÍNEZ
HASTA MAÑANA SI DIOS QUIERE



AGRADECIMIENTOS

Ninguna novela se escribe completamente a solas. Detrás de cada página hay conversaciones, lecturas, consejos, correcciones y, sobre todo, personas que en algún momento deciden dedicar parte de su tiempo a una historia que todavía está tomando forma.

Por eso, quiero comenzar agradeciendo a todos aquellos que acompañaron el proceso de *Gorila* desde sus primeras versiones. A quienes se enfrentaron a los primeros borradores con paciencia y generosidad, compartieron sus impresiones y señalaron aquello que podía mejorarse. Y también a quienes aportaron ideas, sugerencias y observaciones que, en muchos casos, terminaron siendo decisivas para que esta historia encontrara su forma definitiva.

Quiero hacer una mención muy especial a Cristina Suárez, amiga y lectora apasionada. Su apoyo constante, su entusiasmo y sus aportaciones han sido fundamentales para revisar y pulir numerosos aspectos de esta novela. Haber contado con su mirada durante el proceso de escritura ha sido un verdadero privilegio.

Quiero agradecer especialmente a David Rodríguez su dedicación y el magnífico trabajo de maquetación de esta novela. Su atención a cada detalle y el cuidado puesto en la composición y presentación de las páginas han contribuido de manera decisiva a dar a *Gorila* el acabado que merece.

A Javier Meléndez quiero expresarle una gratitud especial. Como guionista profesional y profesor de cine, puso generosamente a mi disposición su tiempo, su experiencia y su criterio. Fue editor de contenidos en *Fox Life Magazine*, ha participado como ponente invitado en festivales de cine, como el Festival de Cine Europeo de Sevilla, y prestigiosas universidades españolas, y es autor de

diversos largometrajes y proyectos televisivos. Es también el autor del blog *La solución elegante*, dedicado al desarrollo de guiones, cuyo trabajo cuenta además con la recomendación de la Universidad Carlos III de Madrid. Sus comentarios y su perspectiva sobre la construcción de la historia fueron de enorme valor durante la creación de *Gorila*.

Y, por supuesto, gracias a vosotros, los lectores. Sois quienes dais sentido último a todo este esfuerzo. Vuestra curiosidad, vuestro interés y vuestra pasión por las historias son el verdadero motivo por el que merece la pena sentarse frente a una página en blanco y empezar de nuevo.

Gracias también a Ariam y a Dino, por estar ahí y formar parte, de una manera u otra, de este camino.

Y dejo para el final a mis dos compañeras más fieles de cuatro patas, Siva y Nadia. Ellas no han leído una sola página ni han hecho una corrección, pero han permanecido a mi lado durante incontables horas de escritura, siempre pacientes, siempre presentes y siempre dispuestas a recordarme que, incluso en medio de una historia llena de tensión, persecuciones y batallas, a veces basta una mirada para hacer una pausa.

Gracias, Siva y Nadia, por vuestra compañía.

ÍNDICE

Créditos
Nota preliminar
Prefacio

I. EL INSTINTO DE SUPERVIVENCIA

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15

II. LA FUERZA DE LA MANADA

Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28

III. LA LEY DEL GORILA
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40

Nota al lector
Agradecimientos